



sergio valenzuela calderón
de oráculos dispares

BIBLIOTECA * FERNANDO
PESQUEIRA *
PQ7297
V346D4



3/7722

Valenzuela Calderón Oráculos dispares

Periodista profesional desde 1963, el escritor mexicano Sergio Valenzuela Calderón amplió sus estudios en España. Durante dos años radicó en Roma, donde trabajó en la Embajada de México. Actualmente es miembro de la Asociación de Periodistas y Escritores de América. Editorial Planeta, en su Serie Latinoamericana, publicará próximamente «Erocidio de Piotr Ilich». Ha escrito también una serie de relatos, «Llorona en Sonora», mientras trabaja en su tercera novela titulada «Las Calderonas».

En «De oráculos dispares» existimos al deslumbramiento de una adolescente judeocatalana que busca, entretejiendo su lesbianismo inconsciente, el resentimiento social, un desdoblamiento neurótico, su gestación y su muerte, encerrada en un dedalo sin tiempo ni forma.

Exacerbada y obsesiva, Diana hereda la voraz confluencia de tres pueblos: México, España e Israel, sucumbiendo a la transmutación y vorágine de su genealogía, clavando las uñas de un remoto erotismo en la caótica irrealidad, en la vocación literaria como venganza: me hago y me destruyo yo misma. Es una experiencia aiucinante.

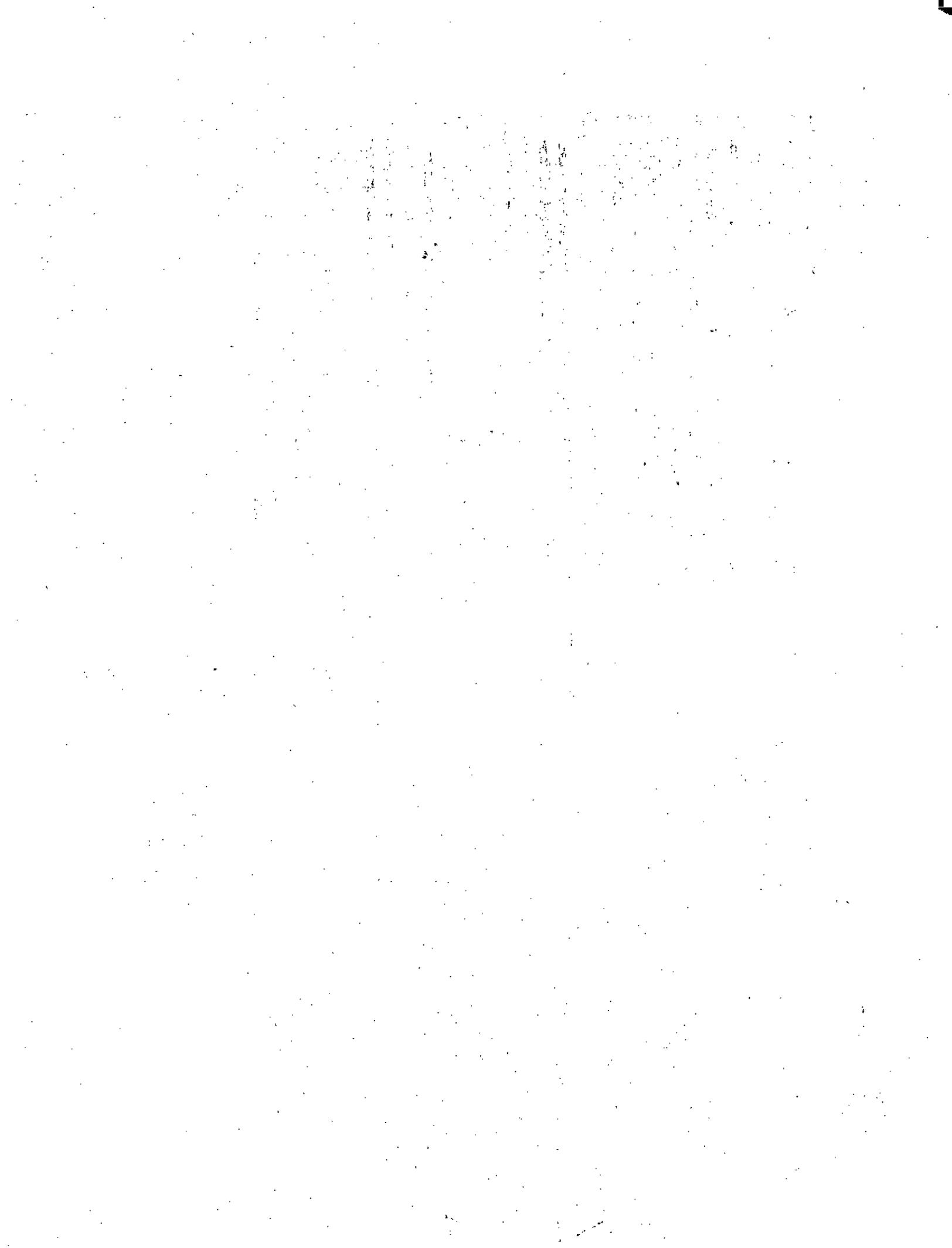
PQ7297
V346D4

EDITORIAL PLANETA



De oráculos dispares





... Es la gran esquizofrenia de siempre: «Nosotros los artistas y ustedes los demás.» Yo no creo en eso. Yo soy como los demás, me levanto a trabajar todos los días, me duele la cabeza en las mañanas, tiendo a cometer muchos errores, a seguir el curso de mis pequeños descos idiotas, y después, así por casualidad, me pongo a escribir. No puedo llamarme «artista» ni me atrevo a verme como un proveedor de artículos de consumo. Ésa es una equivocación muy en boga: creer que la literatura se consume o que los escritores se han vuclto productos de consumo; ni siquiera pienso que deban tener relevancia en la sociedad. No lo digo desde una posición marginada baudelaireana, sino que quiero vislumbrar algo más allá: que todos volvamos a ser, si es que alguna vez lo fuimos, seres *humanos*, antes de ser escritores o vendedores de salchichas, antes de tener una ideología. Y es que la literatura no tiene ninguna importancia, salvo la que pueda obtener en un momento dado, así como vender salchichas no tiene más importancia de la que la gente le otorgue al hecho de comer salchichas. Yo sólo me tomo muy en serio cuando estoy dándole a la máquina de escribir, y en ese momento lo único que me interesa es escribir. Cuando estoy haciendo el amor, lo único que me importa es hacer el amor, y cuando camino o como, lo único que me interesa es caminar o comer. Considerar la literatura como una cosa revolucionaria es falsear los criterios que norman toda discusión, porque es igualmente revolucionario, o más, salir a la calle y besar a alguien que escribir una novela revolucionaria o de «vanguardia»; las veinte personas que lo vean, y que nunca leerán mi novela, reaccionarán al menos visualmente...

Barcelona, siempre

Sergio Valenzuela Calderón

De oráculos dispares

Editorial Planeta Barcelona



P07297
V34604

TIT. 6170
PUB. 7722

© Sergiò Valenzuela Calderón, 1975
Editorial Planeta, S. A.
Calvet, 51-53, Barcelona (España)
Cubierta: Martínez Aránega
Depósito legal: B. 17673 - 1975
ISBN 84-320-6252-9
Printed in Spain - Impreso en España
Talleres Gráficos «Duplex, S. A.»,
Ciudad de la Asunción, 26-D,
Barcelona-16



EL SABER DE MIS HIJAS
HARA MI GRANIR

BIBLIOTECA
FERNANDO PESQUEIRA

Reg. 89863
D/29 Jun/99

A mi hija Lara

FUISTE AL CAMPESTRE

a compadecerte de los nouveaux riches y a sumirte en la amargura de tronados, raza de arruinados, pero te salvó la muchacha del ghetto pitiqueño. Diana escuchaba música a retazos, gatita judía, fumando un rubio y bebiendo whisky rebajado: cuando me emborracho pierdo calidad, corrientita, pero embriagarse en el club es de mucho mundo lo hacen los literatos; me contradigo con ridiculeces, la cabeza se hunde en el cuerpo, avestruz refugiado en el tórax agitado, qué cosas digo, Paco! La gran pachanga de la bragueta tácita, señoras cromosómicas bípedas con maridos próstata diners, jovencitas alta braga, rózame el leño tapón de rosca, nótese cómo caminan: me encanta. La piscina iluminada fuentes alcaloides mesas acolchadas, portátiles, centros epicúreos con rosas etiquetadas en febrero, así de simple. Camareros pajarita alquilada hasta mañana al mediodía y babilónico maître, medio lisandro, dirigiendo la escalada con acentos circunflejos: cóctel de mirlos nonatos, minué de langosta y crêpes al cointreau, lo pronunciamos mal pero lo servimos bien, con llamitas alcoholizadas y ostras en remojo en el champán saliendo a borbotones de la kilométrica manguera del país de Nunca Jamás. Barra grand prix bebidas importadas con sellito fiscal y jefe barman chaqueta

granate bigote garciamárquez, ya se han roto tres docenas de copas, qué vaina.

Lo que dirán los offset mañana en sus ecos de sociedad: escalinatas alfombradas, no escupir por favor, parecen orientales, para que la Nena posara sus 89 kilos ante la dietética mirada del Señor. El Te Deum parecía misa concelebrada obispo contestatario del último sínodo, guardia suiza: la iglesia no es infalible, es solamente indefectible, altar fallas valencianas e incienso made in Gaspar. Padrinos sinatrisimos cuello alargarrugas con botoncitos de concha nácar, no faltaría más, y espigados chambelanes brindando bíceps fornido Charles Atlas, pida presupuestos gratis, a las catorce damas azul y rosa, colores pastel, majorettes freudianas entre flashes intermitentes, marabunta de sílfides y sátiros en el escenario mariológico, cógeme una mariposa y te concedo la sinfonía número cinco segundo movimiento andante cantabile con alguna licencia-moderato con anima, de Tchaikowsky. Los aspirantes a Von Karajan canitas en las sienes, intentaron cazar alguna libélula al menos, pero recordaron que con el duodeno en cuarentena no podían permitirse el lujo de chacotear.

La hija de don Prudencio Bergas anda caliente, está lista para la arboleda. La corte de la Nena lanzada al viento, afrodisíacas desesperadas risas nerviosas; niñas planas a régimen para que el crac de la desvirgada quede registrado para futuras generaciones: yo estudié inglés en Canadá pero con la indiada se me olvidó. Muñecas aterciopeladas que confunden la mantequilla con la vaselina, porque soy de la crema, pertenezco al Círculo despedidas de soltera en pijama, canastilla pro navidad del niño pobre, cómo apestan, y sonrisas fumigantes cada

jueves en la heredada y muy espontánea visita al asilo de ancianos: una tacita de tila para el vejete ya no está para ver ositos de peluche, con la prisa se me olvidó la braga, se mean los abuelitos. El papi de la Nena frac holandés por el tulipán en la solapa observa el panorama y haciendo números se le funde el foco. Millones de pesos personificados bajo las enramadas de plástico, chanel 5, parejas tridentinas, sociedades convencionales que compiten para alcanzar la sublimidad del ridículo, caspientos. Fuera de la capilla se unen, forman una valla Sissi emperatriz, para que la Nena, botando de bote en bote, haga su recorrido triunfal hasta el mercedes matrícula oficial: la de blanco es pata, peta, pita, pota y puta. Pero no importa, María Cristina, el offset lo pagan ellos.

Rapsodia XXVI, página 42: tienes que suprimir eso de tortillera hija de perra, Diana. Córtalo; no tiene sentido tal vulgaridad. Tienes calidad, una profunda sensibilidad, demuéstalo sin morbo. Sicoanaliza a tus personajes no los colectivices: son tus amos desde ahora, desde que los plantaste en el papel. Piensa, judía pinche, que escribes un libro, tu primer libro, lo que te condena al sufrimiento de la inexperiencia. No tienes derecho a prostituir la literatura, no corras prisa, ella te prostituirá a ti. De acuerdo pero no puedo dejarme dominar, mi piel, nuestras pieles, sus pieles. Yo los he creado y ahora me devoran, antropófagos, cuervos. Mitifícalos, Diana, desdobra con arte su intimidad, no los lastimes, defiéndelos del mundo, de tu mundo. Los adjetivos, Zanahoria, son hijos de lenguas viperinas, madres del rencor, la injuria, la droga del lector. Primera escena: doctor, mi hija tiene la cosa al revés. No puede ser.

En el Campestre a orillas de la ciudad. Muy cerca de los plantíos de algodón, los esclavos aspirantes a chicanos redimidos trabajan sobre el olor a tierra tratada de usted. El horizonte prometedor con sus motas reventonas, sinvergüenzas, anuncia que la fibra pronto irá a parar a una textilera extranjera. En este país, prieta del alma, venden hasta cáscaras de callos a Usa, detrás del gallinero. En el club la Fam. Escalona del Río recibe a los invitados en un podium para primates considerados, besitos en las mejillas: qué amargo el rímel de doña Rosita, se le fue la mano hasta el bisoñé. Bien venidos damas y caballeros a la fiesta de la cerda quince cañonazos, y observaste a los campesinos abriendo compuertas, preocupados por nada, con el ceño pautado. La noche era buena. Buena para regar la planta y para cazar coyotes. Orquesta casinera de catorce maestros de sopla y rasca, y conjunto de onanistas pantalón pata ancha, cinturitas, alternando música y ruidajo hojalata para alegrar a la concurrencia que, dispuestísima, le hacía caravana a la quinceañera doble tracción. Recuerden, gays, que el viejo no quiere música burdelera, rascuacha: nada de rumbas, muchachos, esto no es pero ya será. Claro don Julio, no se preocupe en inglés, los invitados no están pero estarán, y las damas de la Cruz Roja agradecieron el detalle anunciando las ganancias del último desfile de modas pro misiones africanas. Entre los invitados hemos podido anotar a los señores Icazbalceta, los mismitos, no pueden confundirse Luis XV 1/2; a doña Jeniffercita de la Cuadra qué cuero está su hija, Cuadrita, dos apendicitis en un año; a doña Carmenchu nieta de Pimientel y Guerrero le apesta el aliento a dinosaurio congelado; a miss Trini Garvey, cuatro condominios cruz a la virginidad perdida

y recuperada, es calva; a Pipi línea del ecuador, se vino pitando de las Antillas por miedo a la peste bucólica; a don Richard Thomé con acento en la e que se descolgó de los Monterreyes avión particular seis plazas oreja y rabo; a míster Graham Hill y su wife de un metro noventa y pico eyaculación IBM, qué gringota tan salada, de plástico; al self made men Eloy and Corporation se trajo la BBC en su séquito, y lamentamos no poder citar el resto de la selecta concurrencia, ha caído a última hora un anuncio oficial y primero es Dios y luego los santos.

Diana from the terrace descuartiza visualmente al Campestre con sus salas de juego triples y jacobinas, pistas de baile, billares para los magnates y boliche para adelgazar. Circunspecto, olor a naftalina, el salón de los 60, moqueta dorada con la entrada estrictamente prohibida a los bragueta angosta. Sabes que están allí, judía, y no te atreves a dar la cara por temor a reflejarte en ellos. El aire transporta el sudor de piel curtida, sudores de fatiga de hambre, mudos mudas. El aire también viene impregnado de quejas y, adivinas, los lamentos que tú solo escuchas. Ahora corren la puerta principal docenas de manos de revolución frustrada y la tierra se abre, putísima. Sabes que están enfermos de esto y estotro. Sabes que su mugre es crónica y que la ignorancia, ni te cuento, más congénita que el racismo, demasiada mugre para protestar contra el frijol de tercera mano, todo usado. Trabajo irracional, pero eso sí, muy seguro con la borrachera ni se nota, cuasi. Se levantan al amanecer masticando aún las pesadillas atoradas por la mala noche y sonámbulos guardan bajo el sobaco el par de tortillas que les toca, un chilote para las bilis y un trago de café calcetín sudado que sorberán al filo del mediodía.

La espalda se acostumbra o se te parte en dos: aquí no queremos huevones, y crece la joroba algodone-
ra, suben los precios, las vértebras se deshacen y la
cotización estalla: tienes la columna hecha mierda,
qué asco, y los negreros bailan en el Campestre tra-
gando manjares desproporcionados, eructan. Pero
vuelves todas las temporadas, desgraciado. Vuelves
para arrodillarte ante la planta que ríe, que se car-
cajea ante tus testículos jadeantes. Te contratan pro-
metiéndote eso del salario mínimo, jornal estipulado
por charros sindicalistas, y las palabras aparecen
igual que las enfermedades contagiosas, huyes de
ellas, y te rindes cogiendo un lápiz para garrapatear
estreñidamente una equis difícil de imitar. Con esto
basta, el siguiente, te abrochas los pantalones pues
ya estás contratado, ¿por dónde?, y cuando las co-
midas se evaporan en el calor de la cláusula c, el
trabajo se reproduce pero el sueño no muere: a un
paso, al otro lado, te esperan los Unites States don-
de pagan con muchos pesos en uno. Te llevan enton-
ces con las costras de socro en un camión para ga-
nado only: okey, así muy bien, paraditos caben más,
y los kilómetros son tan oscuros que los dedos no
te alcanzan para contarlos. Se pegan los pelos ties-
sos los mocos verdes los pedos acedos y el aliento
te falta cuando por desgracia estornudas y te violan
inmisericordemente. Bajan al campo de gallinas eléc-
tricas donde un míster color nabo fumando pipa
príncipe albert te echa polvos, de los otros, para ma-
tarte los parásitos y demás hierbas. Entonces es
cuando sientes que tu tierra, la abandonada por los
rizos de Jefferson, te tira de los huevos, de la piel,
y ya estás con el llanto alquilado, extrañando el te-
quilita con sal y limón, salucita, las velas a la Gua-
dalupana, por allí ni te metas, compadre. Paco, quie-

ro llorar. Paco no sabe lo que piensas, está lanzado,
en órbita, fumando mostaza de la corriente y pen-
sar que empezó con supositorios. Arrojaste con fu-
ria peliculera el whisky rebajado remojando de es-
cocés el film que se proyectaba en tu imaginación,
pichona.

Entraste al salón principal de murmullos abani-
cados donde las parejas bailaban algunas sentadas,
snobíssimo y otras sin tocarse siquiera, de perfil. Las
chicas simulaban orgasmos melódicos, arsénico y en-
caje, y los viejos se despellejaban en la sala de jue-
gos: ruleta bingo dados parchís. Se apagaron las lu-
ces a la una, a las dos y a las tres, para cantar co-
reando el happy birthday to you, y las manos se me-
ten en los escotes, revolotean en el to you, se me
atascó la cremallera, idiota. No te pongas pesada,
mamy, los hombres ya están en su sitio, y lindísimo,
jugaban a preguntarle al doctor si la hija tiene o no
la cosa al revés, no puede ser. Pediste al camarero
otra bebida, el caso era tener las manos ocupadas,
mientras que la Nena altanera y dueña del reajo, su-
fre cumplidos bilingües y desenvuelve regalos, para
ti, para siempre: un reloj de platino para Flo de su
Junior con fecha grabada, pero no se ve. Los fotógra-
fos offset azotan a los pajarita alquilada, mariconci-
tos toditos todos, estos periodiqueros van a arruinar
a don Julito Julio, el chivas no les dura nadita nada.
La cronista de moda memorizó los apellidos de
siempre, para no confundir los compuestos con los
subastados, y pensó en las fotografías que ilustrarían
la edición dominical, pero habrá que retocarlas con
pinceles chejovianos: la Nena tiene mucho bigote y
con tanto apretujón y beso de congratulations, pa-
recía Moby Dick en ayunas dentro del sistema métri-
co decimal.

Flora llevaba una diadema de esmeraldas en sus sienes. Era para mi secretaria pero me salió decente: soy señorita todavía, señor, me arruinará la braga y además dicen que duele mucho; dolía, de parte de papá con las propinas de mamá, la misma fecha escondida, qué casualidad. Botellita anfitriona te prometió sobriedad ley seca, de regalo, pero sólo hasta que la muchachada se largue a la arboleda y los climatéricos a jugar a fornicarse los pies bajo la ruleta: cuarenta y cinco rojo, señoras caballeros. Luego me encierro en el salón de los 60 y me chupo media botella de ginebra, cuando menos, para eso la pago yo. Sortija de brillantes de una sorpresa, y ahora tienes que rendirle pleitesía, adorarla: hola Flo, hola Diana. Te preguntaré si te diviertes, claro, es una juega de escándalo, y escondes el escupitajo que le habías almacenado en la muela del juicio. Estás guapísima prima, es modelo Balenciaga, pero las llantas no te las disfraza ni la Metro: cerda eres y en cerda te convertirás, convertiste si te da lo mismo. La faja no te deja respirar, sientes la carne en protesta, la explosión de la grasa, la caída del ombligo romano. Pero, ¿recuerdas tus quince años, Diana, tus únicos quince? Carlos II te regaló un beso y Sarah Rostiers Pierloni una estrella de David de plata antigua.

Quisiera mi bikini, zambullirme en la piscina markspitz, mandar a los invitados a la mierda, ya vienen de allí, darling; dejar de dar gracias no hay de qué como en el manual de Carreño. No te vayas a emborrachar, mamá, darías la nota gordons. No, hija, te lo prometo, y llegaron a tu recuerdo los ecos

de aquella charla vomitiva que por suerte habías escuchado, a este paso tendremos que grabar hasta los besuqueos de la cocinera con el lechero, intervenir los teléfonos. Cuando la Nena conoció los planes de su padre putativo, no sólo le mentó la madre sino que le recordó su pasado trashumante vende pantuflas de Damasco, libanés de padres desconocidos y putativa tu abuela! El jefe de los 60 comprendió que la primogénita sabía el lío, que a él también le habían fallado los plomeros. Entonces no podías alegar enajenación mental, no está en sus cables, señor juez: dipsómana perdida, y tú, Julio, quedas legalmente con el control de toda la plata. Flo te recordó que Cleodomira Escalona del Río, Cibeles de por medio, tenía el 95 por cien de las acciones de las fábricas de acero, monopolios montados para pagar el exilio de los republicanos, y yo soy la heredera única y directa, sin putativar a nadie, la hija de la misma borracha que quieres internar en una clínica, no mencionen nombres, el notario ya tiene instrucciones para en caso de. La Nena es la obra, y para ti, carcacán, la presidencia vitalicia de los 60. Antes las órdenes en la cama, ahora te han sustituido por la botella, agítenlo antes de usarlo, posiblemente salga ganando, los inspectores de Hacienda piden cada día más y ahora vivo como el Sha. Nada, Julito Julio, sabes que tarde o temprano te quedarás en la calle, en la vil street. La gachupina de tu mujer alcohólica tiene más carácter que un miura, de los de antes, catalana tenía que ser. Ella misma revisa la bolsa de valores entre bloodys marys para la resaca, y cada semana te pide cuentas más derecha que una vela. El algodón sube, sigue subiendo; el acero tres puntos, la construcción es la inversión del futuro, liquida, compra, evade im-

puestos, vende, transa, despabila, amor, pero la que firma es ella y para el Sha la mensualidad del botones conyugal. Sufres esa sobriedad financiera, su autosuficiencia, pero acatas sus órdenes porque al fin y al cabo te escogieron ellas, Cleodomira y Flora, por lo Del Río que luce padrísimo en las tarjetas de visita y por obtener de paso la definitiva ciudadanía mexicana, sin tanto jaleo ni mordidas. Matrimonio braguetta estoica, ¿tiene usted la licencia? En Nueva York, para casarse, hay que sacarla. Se la saqué y se la metí en aquel apartamento, cuando la niebla de la ciudad te anunció que no volverías a tu antiguo empleo del banco, a las farras sabatinas con cerveza, a los burdeles de gonorreas esporádicas, consulte a su médico, ya que habías encontrado la piedra filosofal en grageas, plata suficiente para estrellar el sí señor de todas las mañanas en aquella jaula donde los cheques de tres cifras en adelante eran para ti como las bulas concedidas a los Reyes Católicos. Mejor, mejora y mejoraste, pero sólo cambiaste de collar. Tu perra vida era la misma de siempre, diciendo cuando quieras, Cleo, cuando ni ganas tenías de eso. Ni ganas ni fuerzas, ya que la ama tenía en su bitácora carnal un organigrama sexual que no permitía las líneas descendentes de todo buen cristiano.

La fiesta continuó pesada, abrumadora. Perfumes enlatados y maquillajes sioux, no vayas a estornudar fuerte, love, se te cae la tetiza, me encanta. El viejo y tradicional Campestre construido por un arquitecto español que a la hora del teodolito se encontró con los tentáculos de Botellita catalana, con servicios exclusivos para socios e hijos de nos reservamos el derecho de admisión, rodaba por la juerga que duró hasta que la perrada se trasladó

a la arboleda, costumbre pitiqueña para adorar al nuevo día, mordiscos a medias y ahora con la lengua, please. Preservativos en bandeja de plata, de flor en flor, y la alborada llegaba con los espasmos de sílfides y sátiros con ojeras añidadas. En el campo algodouero el agua seguía corriendo por cauces impermeables. Había sido una buena noche, aunque los coyotes machos habían escapado y las zorras tenían la trampa hasta el cuello, corazón. La Nena, encabezando el ejército de sus amibas estolíticas, se deshizo de su tortura y corsé en mano buscó, veo, veo, al hijo de J. J. editor que dormitaba escuchando jazz. Paco, quiero llorar. Pitic, la ciudad de motas blancas al ras del suelo, contempla a los hijos del calor, mi bikini, algo bestial.

El tema es la verdad. Simplemente. El triunfo de un escritor llega cuando nadie sabe lo que dice pero todos comprenden, sic, lo que quiere decir. Mi cabeza resbala en la estepa de las palabras errantes, formas antagónicas que luchan por integrarse al estilo, molto vivace creativo que no puedes dominar, pelo verde. Escribir es una evasión, necesidad por vocación, me liquido. La inspiración puro cuento y en cuanto a la técnica cagarme en ella dos veces me parece poco. Sintaxis, prosodia, verbos intransitivos, tanta jaculatoria por la pureza y la virtud del lenguaje: definitivamente me fallan los gerundios. Los folios pasan del horror a la blancura, paliduchos de porquería, y se multiplican para obligarte a tutcar a la neurastenia, después de todo es parte del teatro, y para que después de las puñaladas hamletianas venga un señor académico, virtuoso forma-

do pero no informado, opinando qué barbaridad, cuánto barbarismo, toneladas de galicismos, y de los americanismos la academia dice, claro, de conquistados a conquistadores cualquiera sabe, puta modalidad de moda, cuenta la redundancia, para que el escritor termine por hipotecar su cabeza, lo que no tiene pero que presume, y su estómago que cuelga de los talones: somos escritores por la desgracia de que no podemos ser otra cosa, pues las minorías no cuentan, judía, como la gangrena no puede curarse con agua de colonia. El escritor tiene la obligación de zaherir a la sociedad, esta sociedad de dioses menores, idolátrica, que ya no adora al becerro de oro sino al oro del becerro.

Tu cabeza cae o la escondes, avestruz, piensas que nadie te va a editar por hija de la Biblia en verso. ¿Por qué escribes, Diana from the terrace? Si tuviera huevos te lo diría, véase doctor Barnard. No hagas preguntas estúpidas o reflexiones sobre la realidad irreal o la realidad real tan cacareada de Vargas Llosa, la chola está muy buena. ¿Acaso escribir es una delicia? La estupidez de los principiantes, prologuitos así y asá, todo para continuar en una corriente estancada, caer en descripciones montadas, rebuscadas y desniveladas, planteando a voz en cuello lo que no rebuznan porque no saben la tonada, (buscando en el Larousse) cuántos orificios tiene la mujer en la entrepierna, el caso es escribir de sexo: pues yo hubiera apostado que veníamos al mundo por donde mamá hace pis, monísimo!

Boca amarga por los soporíferos y el sueño del insomnio. Los nervios del sistema que traiciona, demencial, para que luego digan que escribir es una fuga contra la locura, interesantísimo, de bohemios, de buenos para hacer nada, con pedestalitos, con

derecho a la fama de burro totémico, de vaca echada, de gato egipcio; con tickets para el cinismo, dipsomanía, autodestrucción, infidelidad, sadismo, amoralidad, camisas, camisetas, triciclos y tricicletas, cuánta palabrería obsesa, qué afán de coleccionar adjetivos. Y los folios continúan allí, azuzando tu cobardía, estableciendo su prioridad, elaborando el suicidio, tu aniquilamiento, mucho antes de haber salido a circulación, muchísimo antes de dar las nalgas al editor-padre; antes, pues, de conocer tu identidad. Folios burlones que te incapacitan para: discutir, asociar con salero una b con una i, con sentido artístico, con creatividad, como si la perrada de libros-dentífricos conociera la diferencia entre una balada de Shirley Bassey y el ulular de la ambulancia de urgencia. Son lectores de antes del diluvio, que menosprecian a Wilde por inmoral, cuando el pobre Oscar fue y será un incomprendido de las masas, un fuera de su tiempo que en un éxtasis menor de edad dijo, contando los lunares de su amado: *a veces, el concubinato se ha visto corrompido por el matrimonio, y todos se horrorizaron.* Esos son los lectores de quienes deberás huir, judía, o te quedarás en el método Ogino. Son ellos los fans de los políglotas de diccionario, de los que viajan a París para pasar hambre simbólica que después usarán en entrevistas, si las hay, una plaga verdaderamente. ¿Y los folios? Usurpando tu capricho, vengándose de la servidumbre que escondes y que te corroe las entrañas, ras ras ras, las pútridas entrañas que subastas, tus sesos irrisorios licenciados en represión, todo en la mochila de tu novatada, del afán de hacer algo diferente. Como Spain en verano.

Descubrí después que el editor de los 60 tenía ¿razón? Dársela completa hubiera sido el desembarco, la rendición: siempre existe la posibilidad del harakiri. J. J. vivió algún tiempo en Europa, huyendo de las matanzas de una revolución cuyos frutos ahora aprovechaba él y sus señores, para su personal enriquecimiento. En el viejo mundo sin petróleo se enteró de que la literatura era un negocio como cualquier otro, sólo que con protagonistas con sempiternas guerras íntimas, lo que hacía más rentable el asunto. Era en lo que te superabas día a día, J. J., era la moneda de tu despecho. Es mi primer libro, Paco, y no tengo otra alternativa: crucificarme o el garrote vil. La redención, la demostración de mi pseudocapacidad, el triunfo de un premio, o ahogarme en el Sena. Muy trillado el temita, no vendes detergentes, ni pastillas para la tos, sino un artículo de poder adquisitivo, comercial, el sexo es el gran mercado. Comprendí, pues, por qué J. J. tenía papada, barriga, baja estatura y asesores literarios a manta. Entró en el mundo intelectual, no por anhelos de superación, sino como intermediario entre la bisutería social de Pitic y la zona sagrada de la creación, autopublicándose un besamanos final, un folletín de versos todos terminados en ar y er y dedicados a su mujer, muerta en acto de servicio, y a su hijo/s, naturales, artificiales e intermedios, porque J. J. sería un cabrón pero la familia, su familia, era como la patria: todos saben que existe, pero nadie cree en ella, y los negocios los cerraba en el nombre de su esposa arrinconada entre cuernos de la vida y dolores de vísceras deshechas y de

su hijo reconocido y confeso, el Junior, delfín patentado. Así, heredando machismo y sublimidad como rosa de los vientos, J. J. montó la red despotricadora con cuatro linotipistas que los offset habían abortado. Ustedes que odian a Russell por reaccionario y adoran a Sartre por su existencialismo, llevan la contra para fastidiar al prójimo, a la sociedad, a los hijos-micos, escribiendo mamadas amorfas, lucubraciones barbitúricas que no justifican el tiempo perdido, los buenos tiempos perdidos, creyéndose intocables, tritesticulares, llegados del plasma literario, saliéndose de la mecánica cervantina tan fácil de plagiar, la cuestión es cambiar caca por mierda. Yo no escribo para vender, J. J.: el que vende es usted y en cuanto a Sartre es la coña, no le entiendo. Cogiste las galeradas que el corrector de estilo había pasado por el ojo de la cerradura, y no tiraste a la basura el rollo de tu novela galardonada, porque sabías que el editor tenía que haberse quedado en feto tipográfico y que el sermón no venía a cuento, Russell y ese señor Sartre, y que el viejo lo que te miraba eran las piernas, osito de peluche, todo pensando, luego existiendo. Ahora comprendías lo de sus múltiples asesores. Y también lo de su papada, etcétera.

Muy estereotipado, página 58. Flora llegó a su residencia, venía del Campestre. Falso. La ecuménica se dirigía a una cabaña de El Retiro cuando se le atravesó el indio: ya no puede frenar, qué emoción! De lo que se deduce que la Nena iba en su descapotable a mil por hora, ¿es así? Pero en la página 203 describes al individuo de marras bastante guapetón, casi bragueta para servir a usted. Era un carpintero, darling: hay que amputar. Indio padroton o carpintero, tienes que especificar, luchar con-

tra las contradicciones, no por incongruentes que resulten sino por absurdas al régimen social. Cuando la zepelínica llegó al motel, el Junior brillaba por su ausencia: me dormí, no encontraba taxi, disculpa, es que. La Nena ya estaba desorbitada, también se había dormido esperando como flan selvático, y soñando, soñándose, en un hermoso jardín donde crecían las patas de palo, los muñones de chorizo y las piernas pendulares de mortadela triturada. Pero ¿lo dejaste abandonado, agonizando? Ya era tarde para regresar por la bazofia: la Nena desvistió a su macho, qué práctica, pone rueditas en las íes, y el hijo de J. J. editor se quedó en pantaletitas masculinas, transparentes. El Junior implora castidad y casi se te escapa por el recuerdo de transeúnte vulgar y corriente que resultó ser un carpintero y de segunda. La Nena danza siete velos cúbicos, no quiere entender la idiosincrasia del prójimo, y la ambulancia llegó tarde, desganadona, sin el escándalo que pone a sudar sangre. Han atropellado a un borracho, así cómo vamos a prosperar, y cubrieron rápidamente el charco rojo lleno de moscas verdes para que el ministerio público se hiciera de la vista gorda, qué calor. Sí, cómo no, lo planchó en seco la hija de don Julio, no hagan pedo, qué desagradable historia para la Fam. Escalona del Río. El macho se quitó el triangulito verde, la mongólica ya le había roto dos docenas con los dientes, y se acordó de su pobre padre, cogido a su pene como el naufrago a esos maderos que flotan porque flotan: hijo, si le haces el favor a la gordita, me quitarás muchos dolores de cabeza. Pero es un tonel sin fondo, papá, a este paso urgenín a los 30 años. Cumplidor cubriste el expediente, foja 2347, después de todo estamos en cuaresma. Te ahogó con

sus besos estratosféricos y como cartujo sobreviviste al remolino de sus ventosas. Se nos muere, doctor, no tenemos sangre de este tipo con diabetes, el colmo, enfermedad de tronados, la raza de arruinados que llegaban enroscados al Campestre donde la Nena te brindó la mejor sonrisa en su presentación de sociedad: ya se han roto seis docenas de copas, carajo, como si los muy bueyes supieran la calidad entre el cristal de Bohemia y los jarritos de Tlaquepaque.

Julio Escalona del Río conoció a Cleodomira Pablos en una resaca vespertina del Tooth Shor's de Nueva York. Llegaste a la cúspide de los rascacielos retorcidos, qué cansancio, con tu traje corte texano para impresionar, impresionarte, exhibiendo figurita, eras esbelto. Entonces tenías 28 años, soltero, lector eros girl, aficionado al béisbol y a los sorteos, por lo que acertaste concurso gillette asista usted a la Serie Mundial enviando sobrecitos con nombre y dirección a. Viaje ida y vuelta gastos pagados a los Nuevas Yorkes: aquí recibimos a perros y a mexicanos, tren second class y el resto del trayecto en autobús air conditioned. Llegarás a tiempo para comprarte un banderín de felpa de los Indians, tu equipo favorito, y enviar post cards a los envidiosos del banco: ¿cómo les quedó el ojo, huevones?, y si hace falta, hasta una fotografía de 10 centavos frente al Madison Square ese. Conocerás al fin el Yankee Stadium con sus jardines colgantes, palco para el presidente que a la hora de lanzar la primera bola se acuerda de la cita que tiene esa noche con Marilyn, puras calumnias. El deporte

de las multitudes, como la coca-cola o el chicle double-bubble con chistitos; el clásico de otoño que enfrenta a los mejores, a los ídolos que muy pronto tendrán su lamparita votiva en el Salón de la Fama junto a Babe Ruth, Joe Brovia, Stan Musial y Edward G. Robinson, no, ése no cabe. El ambiente tan radiado por Buck Canel, pecas con mil caras hot-dogs, donde Casey Stangel se hizo viejo de tanto ganar partidos. Cruzaste tantos estados que juraste que había más barras que estrellas o viceversa: qué brutos, aquí las desvirgan recién nacidas. Paisajes prefabricados, sol con varias temperaturas, y en esta cabaña se firmó la Declaración de los Derechos Humanos con Jane Fonda y Robert Mitchum; aquí mataron a catorce enfermeras en un tiempo récord de dos minutos, tres segundos; por acá David Copperfield hizo pis y nació el Día de Acción de Gracias, y viajabas engrasando la deodorizada ventana ahumada del Greyhound, releiendo a cada instante las instrucciones para cambiar travellers checks de 10 Dlls. para que abultaran más. Recuerdos a Bobby Avila y a toda la mexicana de los Indios: dile que no se olvide que nació en Veracruz, Ver., donde todos son mal paridos pero bien hablados, al revés, con tanto trago de despedida ya estoy un poco dope, a lo mejor vomito las niagaras falls. Pasajeros ladies and gentlemen por favor la vacuna contra la fiebre aftosa, ni que fuéramos vacas, míster, era una broma. El gringo tiene que recalcar que los mexicanos curios están mejor en su tierra, no dejan divisas, y según la encuesta gallup, ocho de cada diez van a robar lo que pueden a los grandes almacenes o a meter el choclo en las escaleras mecánicas, y cuando hacen el gran desembolso, compran una pa-

letita pop de uva, guardan la envoltura por si tiene premio y, ¿el palito?

New York en english no me entiende ni el taxista y eso que llegó ayer de Nigeria, pero hace setecientos años. Muy señor nuestro: la compañía gillette, fabricantes de las hojas de afeitar que dejan la piel en su sano juicio, tiene a bien comunicarle que gracias a su preferencia ha ganado usted el viaje ida y vuelta gastos totalmente pagados, para asistir a la Serie Mundial 19otoño, y perdieron los Indios of Cleveland con cuadrangular de Yogi Berra, quinto bat, y malhumorado despilfarraste doce dólares respaldados por el Manhattan saboreando cerveza alemana, fortísima y dulce, pero le echaste sal y la cagaste toda, literalmente abrazado a la barra donde regalan aceituras rellenas, palomitas de maíz, peces disecados picantes, para que la cerveza de Munich entre al píloro sin necesidad de, y el gigantesco estadio deliró con el jonrón del orejón Berra cuando apareció miss Pablos, dándoselas de call girl arrepentida, hablando en inglés cantinflesco, como sirviendo el té de las cinco con tostadas: es que estudié en Londres pero soy española, me dicen Botellita porque me gustan mucho los helados de plátano. Qué chiquito es el world, ¿eh? En su apartamento cerca de Greenwich Village continuaron la parranda echando pestes de México y España, tal para cual. ¿Conoces en Pitic a los Pablos Rostiers? Son parientes míos pero no tienen un centavo: su puta religión; qué raro, serán los únicos. Estábamos sumergidos, deshidratados, tanta ginebra y media-noche en Moscú. La desnudaste film Bertolucci, y Botellita refugiada Pablos que estaba en plena forma, se encaprichó contigo y te habló con las piernas, sobre ellas, bajo ellas con almohada, encima y para

morir, pidiéndote que te quedaras, que si te querías mudar de apartamento, en los hoteles de aquí alguien se suicida a diario, además a esta hora no hay yellow cab es fácil perderse. ¿Dónde?

Se adueñó de ti cuando pagó la cuenta de martinis secos en el Tooth Shor's y amaneciste o te amanecieron en una habitación de ciencia ficción, con la lengua volteada y sin voluntad: tú que eres uno y eres muchos hombres. Cuando lograste despegar los párpados recorriste el museo de tinieblas 5: había bragas sucias entre tenedores y platos, sujetadores en las perchas, botellas vacías o casi por el suelo, colillas doradas en los rincones, budas de cabeza, pestañas postizas en el frigorífico, tubos de desodorante íntimo en la frutera con las manzanas a medio morder, periódicos con direcciones y números de teléfono, támpax con vaselina, pan tostado, preservativos desinflados y la televisión haciendo tip, tip, tip. Y mucho champán en la nevera: acabo de salir del hospital, tengo, *tuve* una niña hace poco, cesárea resplandeciente, sí, una primorosa niña que duerme ahora en una cajita de cristal, por si las moscas. Se llama Flora, sí, es una nena monísima, y se le quedó lo de Nena con mayúscula para quedar bien. No, no preguntes nada, Julito Julio. Si te haces el víctima se te espanta el Fort Knox y llenabas copas y copas de la famosa viuda cliquot. Boda triangular entre biberones templaditos y burbujas al aire, después de todo sólo habían sido once días de incubadora: allí incubaste al cubo, y Julia-zón se olvidó del desenlace de la Serie Mundial, al fin que todos los años la repiten. Honey moon en Long Island donde se la pasaron visitando centros gastronómicos internacionales, comida oriental cuello redondo polvos de arroz, canelloni al horno, fa-

bada de ya saben, hasta que se me acabaron los cheques, amor, pero no te preocupes yo me tuteo con los Rothschild, son judíos pero ni se nota. Volvieron al snack del primer encuentro por nostalgia mientras que la Nena, lloroncísima, te orinaba cada vez que la tomabas en brazos, parece la talega de Judas Iscariote, pero de seguro que es el bigote, Julius. Regresaron a México City, vuelo directo azafatas sobonas, y de allí a Pitic donde te exhibió de lo lindo, con una poca de imaginación parecías Jorge Negrete pasado por lejía. Para darte importancia, Cleo te inventó el cuento del club de los 60, círculo de facinerosos financieros que bailaban al compás de la señora, la misma que te compró el reloj de oro macizo en la sucursal omega de la Quinta Avenida, no amor, eso es de Beethoven.

El primer presidente de los 60, el único en toda su rancia historia, ordenó moqueta dorada hasta en las escupideras, muy rechiflante, no niega la cruz de su parroquia. Y con la Nena al cuidado de nanas interesantes, inútil presentarse sin referencias exigimos inglés, aprendiste a vivir a lo grande, como en La Ponderosa pero sin tantos caballos. Botellita vivía en su fábrica, entre ordenadores japoneses y télex en rosario, y tú, sietesuelas, desayuno en la cama a las once de la mañana, que suba la Queta, la nueva, con los huevitos pasados por agua. No muy novata la tal Queta, pues al cuarto huevito se metió en la cama de los señores, pero sólo con el señor que es tan tentón: *una es probe pero no degenerada*. Así tuviste tu segunda luna de miel con la morena bajada a tamborazos de la sierra, cuyas tetas confundías con las toronjas que chupabas para adelgazar y mantener la línea. Por la noche, en el patíbulo, oliendo a francos belgas y a sopa de ajos,

con tu mujer y su more more more, parecido a un reloj cucú pero muy adelantado. Algo se debió oler la patrona, fallaste un more o algo así, el caso es que sin explicaciones y con acento de my fair lady, dijo a la sirvienta que entre toronjas y naranjas a ella le hacían las mandarinas: Henrietta get out here, y la Queta Quetoneta se largó muy campante con un cheque de cuando aún firmabas y un botón de tu pijama cinturón negro, Julito Julio. Cambió tu vida con gillette y jamás volviste al banco, siempre diciendo sí señor, a sus pies señor, pegado a un escritorio tras las rejas, siempre sonriendo al señor, y dándole la enhorabuena, señor, quedamos de usted afectísimos y atentos, compañía gillette (rúbrica y sello).

Ubícate, judía: Flora Escalona del Río es el personaje central, el eje redondo. En tus notas preliminares sigues perfectamente los consejos de Irving Wallace: pintar ambiente, esquematizar, concretar situaciones, definir protagonistas, no es necesario que los bautices inmediatamente, al principio puedes manejar números, v. g. la Nena podría ser el siglo MXXIII, no profundizar. Por otra parte, Pitic es lo más fácil de describir, ¿te acuerdas de aquel verso?: cerros bichis y pelones / cequias llenas de cagada / una punta de cabrones / y un calor de la chingada: Pitic; y en cuanto al desarrollo, a la temática, déjala que caiga por su propio peso, no presiones, no te presiones. La ropa sucia se lava en casa, remember, y no tienes derecho a fiscalizar la moral de los pitiqueños que no hacen como los cacacoles porque no les llega. Ah, judía, confirmas que

la genialidad puede depender exclusivamente de un particular estado fisiológico, de una singular sensibilidad nerviosa, que puede revelar características directamente morbosas: vamos, vamos, algunos escritores pintores o escultores, presos de la imaginación, llegaron a veces a cometer inconscientemente actos de difamación y de lujuria. Ni Dios tiene el poder, soberano y terrible, de administrar la perfecta justicia: le falla en la misericordia, ¿comprendes, judía? Para producir no es necesario razonar demasiado. Nunca es demasiado.

Volvamos: la Nena murió repentinamente, cero sospechas, muy glotona, ayer se comió un cebú. No hubo autopsia, qué necesidad, circulando el bulo de que una hemorroides cerebral acabó con su vida. Entonces el Te Deum se transforma en un sonado funeral de mucho bigote. Lloran a lo mexicano, exprimiéndose las narices con pañuelo prestado, siempre pasa lo mismo, y lo devuelven con la grasa de las espinillas, besando la foto amarillenta mohosa y con caca de ratón de armario: vida mía, aquí estabas queriendo defecar al fotógrafo, mientras que se prepara la misa gregoriana con bendición papal para la Nena urbi et orbi. Lo siento muchísimo tan jovencita tan educadita, hablaba inglés y sabía tocar el piano al revés, con lo difícil, lo del piano acostado, reciba usted mi más sentido pésame y el de mi fina Fam., Dios sabe lo que hace, y tanto: el duelo se recibe en el Campestre, mi bikini, no enviar ofrendas florales hacen un efecto de entierro sindical, y no se repartieron esquelas, ni mechones de la difunta, ni chocolate, ni rosquillas, ni abanicos de colores. Nadie se lo esperaba, quién iba a pensarlo, tan llena de salud, tan llenita de todo, poco pesada de genio, tomaba quina santa catalina.

Con las banderas del campo de golf a media asta, el green se veía horrible. Así lo ordenaron los Escalona del Río pero se olvidaron de la participación luctuosa en el periódico de su propiedad. Con tanto dolor, María Cristina, no me extraña, no todos los días se pierde un jamón. El director del matutino desplegó su ingenio y redactó la cosa unas veintitantas veces, doña Cleo con esto es muy exigente y el consorte un tigre volador, y hasta que las palabras tuvieron ritmo diez días antes y otros tantos después, tituló la nota necrológica que iría a ocho columnas en recuadro negro, igualito que cuando mataron a Kennedy: VESTIDA DE TUL SUBIÓ AL CIELO AZUL. La información continuaba, con gran alarde de offsetomanía, que la muerta había emprendido el viaje sin retorno auxiliada reconfortada y animada por bendiciones de cuarenta y dos capillas vaticanas, incluyendo la Sixtina y sus turistas. Y cuando terminó la redacción con aquello de que la difunta era llena de gracia como el Ave María, el linotipista de turno se cagó de la risa, y fue despedido, ipso facto, sin tres meses ni cartas de recomendación.

Se había pedido una hora de silencio en memoria de Flora Escalona del Río por radio y televisión, cuando recibiste la noticia de J. J. Editorial que te anunciaba que pese al duelo pitiqueño por tan irreparable pérdida, se te había otorgado (horas antes del gordicidio) por unanimidad y bajo protesta de decir verdad, el premio, no hay que olvidar que es una Pablos al fin y al cabo, y en la sexta página de la edición mortuoria que regalaron en señal de resignación católica, leíste tu biografía insipidona y escrita por alguna araña del oficio. Recortaste las dos columnas DIANA PABLOS R., el nombre no es muy

literario no todo va a ser Françoise Sagan, GANÓ EL PREMIO LITERARIO. En el ángulo derecho estaba tu fotografía que sacaron del archivo del colegio, la superiora seguía siendo la alcahueta de siempre: mañana tienen que venir muy peinaditas, niñas, para la fotografía anual, niñas, son tres pesos por adelantado, niñas, uno para la luz eterna del Santísimo, por adelantado o no hay examen, niñas: la superiora era medio lesbiana y a cada niñas tenía un cosquilleo. Descubriste entonces tus años idos, épocas remotas, cuando le tenías miedo a los cocodrilos, y las pecas infinitas del rostro asustado parecían cráteres lunares con el offset sincronizado. Te dejaron en R. el apellido materno y te dolieron los ovarios de coraje: es Rostiers, pendejos, Rostiers como los pollos rostizados pero más complejo. Carlos II lloró de felicidad y fue cuando se preguntó que si eras ya una escritora ¿en quién o en qué creará? Por su parte Julio Juliacho se quitó un peso de encima, ochenta y nueve exactamente, todos y cada uno de los gramos cogidos por una lengua revoltosa: yo soy la heredera, encanto, me compré la paternidad en Nueva York. Llamaste al camarero, pajarita me hundo, y le pediste otro whisky rebajado el caso era tener las manos ocupadas para vencer la tentación de tocar el féretro colocado en el salón principal y custodiado por miembros del Ejército Simbiótico de Liberación. En un incensario de libros obligatorios, la Nena flotaba en la utopía de su bikini, con las manazas cruzadas, no te comas las uñas que te dará empacho, maquillaje revlon y empaquetada contra reembolso para el mausoleo de san Agustín, cuidado con las alfombras, please.

Después del vals criollo, complejos hasta la muerte, el padre de Flo anunció un brindis por su hijita

EL ODI0 ANTISEMITA

nació el octavo día. 1492: los judíos salen de España la verdad es que fueron expulsados; como siempre, no importa. Persecuciones desde que Adán despertó de su menopáusico sueño de opio; echados de todos los continentes, en todas las edades de la tierra, hasta el establecimiento de un estado de más de cuatro mil años: el mundo se liberta con nuestra libertad, hasta que encontremos la respuesta, ¿qué ganas Tú con reducirnos a polvo? 1931, cuando los hebreos preparaban el Yom Kippur, nació la república española. Años después, guerra tras guerra, para poder encontrarnos con las miradas apagadas las manos vacías los besos amargos; con preguntas inconclusas por falta de aire limpio, y es que esperar cuatro milenios es absurdo para que aún el futuro vacile con nuestra suerte. Vidas aprisionadas por el mismo odio: muertos de desesperación de hambre de pasión de dolor: dolor divino pedagogo. Ustedes los españoles fueron más afortunados ¿lo fuimos? Vivir en paz es construir, edificar ¿para quién? Ahora comprendo por qué perdieron la guerra, ¿te apellidas? Rostiers. Yo me llamo Carlos Pablos y soy catalán. Ni lo jures.

Interminables aquellos recuerdos. Cambios de miradas de palabras de dedos. Huérfanos, desarrai-

gados por; qué más da. Bajo puentes improvisados en jardines de villas aristocráticas hundidas, abandonadas, por el mismo miedo de las paredes carcomidas, bombardeadas. La promiscuidad del ambiente, cabezas paralizadas por el terror, el eco de la perorata fanática del líder, las jaurías. Empalizadas de restos humanos camufladas por la abstracción de la muerte. Para mí, catalán, es anticipo del final: los judíos nacemos con la muerte, y lloraban juntos intercambiando la sal de sus lágrimas. Paseaban moribundos por la malgastada Roma, donde las botas fascistas flotaban en las fuentes. Se encontraron con una primavera estafada, llovía, diluviaba, y los soldados descansaban de la pesadilla envueltos en sus impermeables verdes: aquí el Templo de las Vestales, niñas de once años ofreciendo sexo por media lira; el Arco de Tito engalanado con banderas extrañas, hasta el suelo y el Coliseo convertido en una monumental letrina de postal, hasta la fecha. Conocías la historia de la loba capitolina, el proceso imperial y su derrumbe, y con el orgullo de raza lo demostrabas a aquella infeliz judía que aprendía fácilmente el español, espátula desaliñada que dormía con los ojos abiertos, bañada en sudor. Una desconocida que arrastraba algo, a ella misma: te estabas enamorando, catalán, eras feliz con su desgracia y con el privilegio de protegerla, sucumbiste a su pasado. Los judíos siempre desconfiamos, y supiste su nombre Sarah Rostiers Pierloni, más falso que los billetes de a mil liras que entonces circulaban como alfombras voladoras. Lejos, las obreras salían de las fábricas llevando el alma en la espalda. Y por la noche, con la misma espalda pateada por el tiempo, ofrecían su cuerpo lleno de carbón y sudor, mientras que los filisteos

vociferaban en piazza Venecia y el mundo, compungido, se compadecía. Lejos, en Caracalla, espaldas romanas, frente a la ciudad fálica de gatos y gatas que hacen tratos.

Meses y años de coexistir en la peste de la incertidumbre, de alquilar días a plazos cortos, resbaladizos. La ansiedad vencida por la culpabilidad humana o el agua que en el agua se perdía. Desconocían el rumbo de la guerra conscientes de que no era su guerra en modo alguno sino la guerra de todos, los desconocidos, y que después de este enfrentamiento sin rostro vendrían otros otros y otros para lavar el anterior genocidio: Bergen-Belsen, Treblinka, Auschwitz, y se besaron buscándose las bocas con los dedos, se amaron cuando el sol anunció el ferragosto que afortunadamente los liquidaría de calor. No fue así. Soportaron también el tórrido verano donde los cuerpos se vendían para no quedarse untados en las piedras del imperio. Pensaste en Castelldefels con nostalgia, las gaviotas sobre los balandros, el cubo de Nuria para recoger arena, las olas que no llegaban y el barruntoso viaje de tu padre exiliado, Carlos I, que te esperaba en México exclamando collons por todo.

Los judíos, amor, sois la monda. Y los españoles, Carlos sin traducción: teníamos que coincidir en Roma, los dos huyendo de su sangre y aplastados por la sangre de los culpables. Su melancolía te obsesionó y te lavó con un sentimiento extraño: eres de los míos. Sin prejuicios aceptaron el sentimiento que renacía entre escombros, como una semilla olvidada que no pierde la fertilidad. Cásate con un siciliano, si es tu gusto, o con un sueco o un español, menuda diferencia, pero sin abandonar nuestra religión. Ésa era tu madre, Sarah, una de

107. 6170
Pis 7722

tra casa en ¿en dónde vivíamos antes, madre? Repite mañana y tarde: Escucha Israel, el Eterno nuestro Dios es el Eterno Uno. Se embarcaron en Venecia y la travesía duró casi una profecía, perdimos la cuenta, quizá lo que buscamos es Itaca. Los barcos aliados cazaban submarinos nipones para refregarlos en el fondo del mar: la guerra è finita, casi nadie se lo cree. Algunos puertos estaban cerrados al tráfico, en sus muelles ondeaban banderas del cólera, lepra o escorbuto, según la distancia que los separaba de Nagasaki e Hiroshima, mon amour: tengo sed. Sarah Rostiers Pierlona, Pierloni, Carlos, estaba amarilla. ¿Te arrepientes; te arrepentirás de nuestro matrimonio simbólico? Simbólico lo serás tú, republicano de pacotilla: disculpa, estoy mareada, ni que estuvieras esperando un crío, no lo estoy. Pero, ¿insinúas algo? Nada, sólo que hace once horas y catorce minutos que nos hemos casado, ¿recuerdas? en aquel ático de la vía Appia, una botella de vino blanco, flores silvestres, rostros al sol, qué sed! Se desvistió a la judía en aquel camarote de buque carguero, pero no se te levantó. En la litera, preparándose para recibirte por primera vez y cubierta de marisma asfixiante, la esposa de Carlos II vomitaba a mares.

Salieron ganando con tanto rodeo luna de mil aguas. Catorce días en Estambul muchas zonas están minadas, otros japoneses se rindieron, éstos no. Sarah dejó de vomitar y santificaron el sábado con un acoplamiento de alta fidelidad, y esto no es simbólico, hijo mío: la Torah establece la prohibición absoluta y universal de comer carne con san-

gré, pero no mucho. Perfecta, hija de Israel. Tu pureza conquistó para siempre al catalán, yo creía que. Así son todos los españoles siempre creyendo que. No exageres: después de tentar la serpiente a Eva, Dios la maldijo entre todos los animales domésticos y salvajes, condenándola a arrastrarse por el polvo durante el resto de sus días, antes había serpientes voladoras, ¿eh, Sarah? Demasiados traumas tiene la raza para que sus mujeres resultásemos, claro, hay de todo. Tú eres diferente: les habla el capitán del barco; por razones de seguridad (carraspeo) el servicio eléctrico queda interrumpido a partir de las tantas perdonen las molestias pura precaución, gracias; te lo digo de verdad y así educaré a mis hijas: adelantos en los burdeles. El deseo es libre, se satisface con amor y esto, Diana, no es chocolatito derretido, pupita que se te quitará mañana: es menstruación con acento en la o, y no te vas a morir, serías la primera. Cuando Diana conoció su cuerpo, muchos años después, Sarah le regaló el Libro de Ruth, pero yo no estoy convencida, mother. Nadie lo está, esperamos la Tierra de Promisión, selah.

Nunca estuvo convencida de nada, Carlos. Con el premio nos quedamos sin ella jamás la hemos tenido perteneció a. Diana es arrastrada por su destino, nacida en México, de padre catalán madre judía, los nietos saldrán samurai. Los paseos por la borda también quedan suspendidos hasta que salgamos de la zona: hay más minas que bacalao, creí que habían explotado todas. Explotaste tú con la luz roja clandestina. Tus cabellos anidaron en mi pecho, en mis costillas. Y recordando en alta mar aquel destartado tren lleno de militares, dijiste adiós a Roma, aquí el Templo de las Vestales, allá

Campo di Fiori, donde la babel de las manadas sembraban olor a carne humana, sol en cuarto menguante, el ocaso de la esquizofrenia. Venecia empantanada, la primera etapa. Habías preparado el viaje con tantos meses de anticipación, Carlos, que a última hora te olvidaste de san Marcos, plaza de palomas que te recordaba Barcelona. Sarah no se sentía bien, ya desde entonces, teníamos que esperar la celebración del Yom Kippur. Te despediste con tristeza catalana del país que recogió tu pena, en donde transcurrieron los cinco años más alucinantes de tu juventud, hasta que apareció ella, bajándote a la tierra, traspasando la motivación, refugiándote en su vientre inverosímil. Con suaves vientos del norte, hebrea y catalán cruzaban cruzados aguas ensangrentadas, exóticas, buscando los oráculos dispares pero unidos por el amor. Con recuerdos menos evocadores que fueron afinándose con otros ya enterrados, te fue contando la historia directamente al cerebro, relatada de golpe a tu oído, por la deidad que tenías siempre a tu lado, recostada en tu pecho. Fue la realización del hombre frente a la mujer que conociste vagando por una escalera empinada, con la cabeza gacha: es que tenía una sed espantosa, pero no bebías agua, judía, comías agua tres veces al día. Por fortuna no te gustaban los caramelos. Estaban verdes.

La primera cita con aquella rareza delgada, la hermosa unión espiritual encadenada sin cadenas, que no aprobaría tu padre, catalán, por más republicano que sea. Su amor que te humanizó el alma y que te arrastró al ghetto, al Sabbath y al ayuno corporal, demostrándote que Dios está en todas partes y en ninguna. La huérfana del tiempo que te enseñó a digerir las causas perdidas; criatura de

personalidad intangible, integrándose a la fuerza de tu sangre, al bullir del raciocinio, apoderándose del remolino enraizado, conquistó sin lucha el arrebatador aleteo del destierro. A este paso nos despertaremos en Lloret de Mar, qué pesado eres navegante, pero si la que estás encima eres tú. Recordabas las imágenes bronceadas y borrosas de la borrasca: vomitaste, lo siento, los pulpos en su tinta, no en mi cama, casi dos meses después de: nada de pupita, nada de chocolatito derretido. No puede ser otra cosa, ¿estoy? ¿estaré? siempre con misterios, y espantado ante la posibilidad del primer antojo, compraste a precio de heroína una cajetilla de pitillos perfumados para que se te olvidaran las fresas con nata: con el tabaco se te pasa el espejismo, si al menos hubieras pedido una butifarra, y fue la revelación: lo estás desde los pies hasta el cráneo y serán gemelos: uno para el Ayuno y otro para la Expiación. O con un Carlos III, vale. No llegó el tercer tomo. En tierra firme, oliendo a fresas volatizadas, nació Diana con cara de gaviota asustada, las minas japonesas, confirmación lasciva de tu desorbitada melena que subía y bajaba sobre mi pecho; que subía y bajaba.

Es una pena, madre, que no estuvieras presente aunque no hubo circuncisión, nada, fue una niña. Después de una cadena de dolores nació Diana, tu nieta mexicana: aquí no hay hambre sólo miseria. Los refugiados se están forrando, y a lo pendejo, a lo pendejo, organizaron su republiquita, gaitas, su junta permanente de estado, gazpacho, y se nombraron a ilustrísimos presidentes de los países Vasco, agur, y Catalán, no fotis. Maldita nostalgia, vicio español tan grande como la envidia, mi mujer está más gorda que la tuya. Compadeciste a Car-

los I, padre del oasis masculino imbuido en besos de corriente alterna: la guerra se perdió, nos fallaron los rusos, pero seguimos con nuestros ideales, copa y puro: cada pueblo tiene el gobierno que se merece, y pensaste que la compasión era lo más terrible que puede motivar un hombre, pero ¿qué sabes tú de las Ramblas ardiendo, judía pensativa? Miembros de la FAI corrían con antorchas en la mano...

Nada. Ana Frank perdió su libro en Auschwitz catorce años morena. Mi madre me arrancó de Varsovia a esa edad, casi. Mi padre se quedó allí: huye a Italia con la niña, pronto nos reuniremos, viviremos en paz viviremos en. Cerraban tiendas hebreas apedreaban sinagogas boicoteaban fábricas judías, son páginas imborrables, Sarah, y después conducidos a hornos crematorios, de setenta a noventa cadáveres diarios. Tienes que conocerlo todo, Carlos, el viaje terminará pronto o el barco saltará por los aires: pero antes habían sido despojados de los aparatos protésicos, monturas de gafas, relojes, alianzas matrimoniales, objetos que eran destinados al Tercer Reich, y que al final de la guerra se develó en un estadiño de Reichbank, un promedio de 230 relojes, 2 204 pendientes y 746 sortijas enviadas a Berlín cada veinticuatro horas. Cada veinticuatro horas. Cada.

Volviste a vomitar en aguas de Mamaia, estoy enamorada de un español que rodea al mundo para encontrar el camino más largo a las Indias: nunca fui como te amo, el mundo eres tú, frases de poetas futuros, y esperabas la noche para poseerme, siempre te gustó mi cuerpo en tinieblas, sin rumbo fijo, no fumar por favor, con la luna desfasada sobre la espalda: muertos en los campos de concentración,

siguen los números, lo haces con arte. Jamás conocí sensación parecida, tu vientre tirante tragaba fórmulas carnales transformándolas en estallidos internos, viscerales, que suben y bajan. Ustedes los españoles se quedaron en el Tenorio, con las monjas cualquiera puede: recuérdalo siempre, con tus Ramblas y la fuente de Canaletas, que el coito judío es el resultado de estoicos sufrimientos, de heroicas hazañas, nace cada vez y nunca muere. ¿Yo?, encima para poder besar tu manzana, chupar tu mentón partido; encima para que sientas por fuera, y encima para que por dentro tengas el valor necesario de llegar al clímax laberíntico, a los hornos embravecidos y regulados por arios descompuestos: alemanes 195 mil, 67 mil checos, 255 mil franceses: Berlín, línea directa, lo haces con arte. Lo sé no especifiques voy a vomitar. Creí que la embarazada era yo, y Carlos se estremecía con el relato que, como vicioso lo prefería a ignorar a ignorarte a ignorarlos y 765 mil rusos con la estrella de David. Entonces la besaste como si la culpa hubiese sido tuya. No podías unir su amor con su odio. Una gran tormenta de huesos te advirtió que no era precisamente odio personal, sino el odio de todos los hijos de Israel, de siglos y siglos de, antes y después de nada. Besaste su cuello, el largo y huesudo cuello con concavidades y trampas, y Sarah Rostiers Pierloni, nombre falso y verdadero, dejó de llorar. ¿Cuándo llegaremos a México? Allí estaba el olvido, aunque no lo pensabas realmente. Te pasaste la travesía meses y meses pidiendo disculpas, despabillándome en la cama con calamares en su tinta, haciendo números redondos: y 78 mil belgas también fueron masacrados, polvo somos, polvo seremos,

quedando atentamente suyo, Martin Bormann (es-
vástica).

Mañana llegaremos a Veracruz, ¿cómo lo sabes? Lo huelo lo intuyo. Aquí desembarcó, sí Carlos, Cortés, ya me lo contaste, y el lío de doña Marina, Malinchita, mucho bautizo, mucha nalga, pero la india fue la primera de la conquista en caer en los robustos brazos del concubinato. Cortés le puso su casa chica, tuvieron hijos, comieron perdices, pero jamás fueron felices. El aventurero del reino tenía a su dama en la vieja Castilla. Doña Malinche tuvo buen ojo, después del plantón, pues el hombre blanco y barbado le regaló un caballo enano a cambio de que sobornara a la querida de Moctezuma y conocer las entradas secretas del palacio azteca, ¿cómo lo sabes? Todo está escrito, desde el huevo de Colón que por cierto llevaba sangre catalana: eso Carlos, era lo único que me faltaba oír! ¿Has visto las gaviotas, Rodrigo de Triana? Y don Hernán desembarcó en la costa azul, llena de guacamayas con gafas para el sol, y como tenía complejo de san Juan, bautizó la nueva tierra con el nombre de La Villa Rica de la Vera Cruz, en representación de don Fernando y doña Isabel, que después de todo habían pagado el affaire, cambiamos oro por religión, perlas por avemarías y el capitán quemó sus naves pues la india no tenía prejuicios. ¿Español? Hágame el favor de firmar este papelito y presentarse mañana por la mañana en la oficina de gobernación. ¿Y esa señora es su vieja? Pos también que se persone y que firme este otro recibito. En este país, judía del alma, todo lo dejan para mañana, y Cortés dio órdenes a los misioneros de que no mirasen a las nativas desnudas, se inventaron taparrabos, cambiaron plata por chocolate en barras, los

cocodrilos cogieron forma de zapato y la canela se convirtió en vals, con copia para el gobernador de la isla, ante Dios que seguramente nos guardará muchos años, don Diego de Velázquez (corona y cruz).

Lleva huesos en la espalda pasado intacto, adoro su alma ósea, frágil, que sabe resistir la tragedia de hebrea dividida. De huesos calcificados lágrimas esqueléticas de pubertad de adolescencia de maternidad, pelvis completa y soleada y soldada por el único hombre. Huesos espontáneos escurridizos cristalinos. Espalda sabor a tuétano dulcificado por horas de reposo, calma sacrosanta de esperar, cordillera de montañas taladrantes convexas cóncavas. Collar de huesos que cuelgan intactos, racimos de huesos erizados por el panal de huesos dúctiles irrelevantes invisibles sin peso. Me complacía aspirar huesos, romperlos, arrinconarlos en mis brazos, sobre mi sistema, bajo el sopor de la piel ósea. Me extasiaba escuchándolos crujir masticar aletear chapotear entre pechos imprescindibles, pezones de piedra que caen en el centro de un lago sin orillas. Lamer una a una tus costillas infladas por la maternidad de humo; judía entera de huesos melódicos acompasados que me enseñaron, que me encumbraron, que me realizaron en el infinito de mi masculinidad alestargada. Huesos cerebrales proféticos caóticos místicos purificados y guardianes de hembra poca carne, la necesaria para que jamás olvides que besar su sombra, sus pasos o su cepillo de dientes, es besar la espalda ontológica donde se inicia la red del cuento del mito, la leyenda de un conjunto ar-

monioso que sabe cerrar los ojos a tiempo, pasar de la hora al siglo, del año al segundo, con huesos unigénitos color de vino. Huesos de arriba abajo, de izquierdas a derechas, para pasear dormir comer nacer morir y volver a nacer en huesos de huesos y con huesos de judía aplastante y voraz que se te enrosca como gatita, catalán.

Conociste a esa mujer a bordo, a la de siempre, y desde entonces le quemas incienso. Conociste y descubriste la fuga maravillosa que derrota el costumbrismo conyugal y que mantiene los huesos encima de la carne anhelante a través de los huesos. Vislumbraste una estepa interminable donde apacentaban amores desmoronados que van y vienen sin cansarse nunca. Ésa sería la unión, vuestra unión, concierto de huesos inexplorados y recorridos por lenguas y manos, por piernas y cabellos, sin peso alguno sin presión sin tiempos verbales. Entre pastor de rebaños óseos y figura que bajaba por la escalerilla del barco endemoniado, te quedaste en el camarote, en pastor, pues el tacto de la realidad era insoportable: recuerdos de una guerra separatista, tú también aprendiste a llorar. Llorar significa sonreír por dentro, metáfora para no hacer drama líquido, ladrillos salados, somos de teatro. Sufriste y deseaste al mismo tiempo un ramo de claveles de las Ramblas, casi llegando a la calle Tallers, cuando te dijo vomito pero no de eso: de lo otro. Recorriste el florilegio de sus venas de sus arterias y de sus vasos capilares, y escucharon no sólo el canto de las sirenas que está más escuchado que el ruido de las hojas secas, sino el trote nervioso de los caballitos de mar. ¿Otra vez? Pero si acabamos de comer, Carlos, nos está haciendo la digestión el jugo gástrico y el semen, bolo alimenticio,

que aproveche. Lo siento, no hay flores, tendrá que encargarnos para mañana, aquella mañana de apuestas en el fondo del océano donde los caballitos de mar saltaban los obstáculos de los galeones entusiastas, hipódromos marinos donde las algas perdieron hasta las nalgas en las dos primeras carreras, cuentista.

La bautizaron Sarah y lo de Rostiers vino por lo del rabí Samuel de lo mismo murió en 1384, ayer. Nació en Polonia, varsoviana, tierra materna de fechas remotas. Padre apátrida quiso ser pintor en su juventud y terminó con distintivo verde hasta que lo sumergieron en un tonel de agua congelada, temperatura irracional, experimento científico para investigar las reacciones del pene y aplicarlas a la merluza para exportación. Desnudo moribundo agónico entre polacas ardientes que le incitaban la merluza, mientras que un aparato registraba las sensaciones, altas y bajas, altas, altas, hasta caer en el abismo del placer ártico. Su mujer había huido con Sarah, que no cesaba de preguntar cosas, hasta que se dio cuenta, soñando con los ojos desmesurados, que un nuevo éxodo, la continuación del sempiterno, estaba siendo protagonizado por la misma raza, por idénticos motivos. A escondidas, viajando siempre de noche, entre excrementos de ganado y desertores, tragándose su maldita identidad y pretendiendo alcanzar la libertad que nunca había poseído, sumergiéndose en la sangre delatora y respirando a medias, cruzaron varios países recorrieron miles de kilómetros al doble filo de la muerte, hasta que se encontraron vagando por un túnel al que no habían entrado conscientemente y cuya salida no existía. Le desnudaron para afeitar su masculinidad judía: me untaron ¿yodo? en los testículos para dis-

tinguir la reacción del derecho con respecto a la del izquierdo. Doctor, ¿me los van a cortar?, sólo a desinfectar, la inyección esperaba, cuatro cm³ vial, véase prospecto adjunto, en tanto que la noche iniciaba la ronda de reflectores, las alambradas estaban azuzadas, los socavones tintineaban: me masturbaron con un metal frío en forma de cono, mezclar la esperma con la del caballo, y las luces del campamento científico se azulaban con el hielo nocturno y vertical que caía por ventanas y puertas: mezclarlos e inyectarlos a estos recién nacidos. Con ello averiguaremos algo, ya lo creo. Crecieron así niños con conjuntivitis mortales, neisseria gonorrhoeae y deficiencias renales en el metabolismo. Piedad, no estoy circuncidado, pero se lo llevaron cuando Sarah, atontada, escuchaba aún las maldiciones populares, judía, largo de aquí, judianah, bastarda, aquí no admitimos hijos de perra, y la biblioteca te cerró las puertas, hebrea maltratada judianah sin infancia, desde el vientre, desde el odio fanático de Wagner y todo el aparato racista de Mein Kampf hasta hoy. Como la escalera de Mautausen. Como hoy.

Roma estaba perdida, difícil que se encuentre. Madre e hija, entre millones de familias amputadas, extirpadas como un cáncer maligno, se movían en la arena, en el fango del túnel deslimitado. Mi madre trabajó en las calderas de Monte Sacro hasta que los años la fundieron soñando que, junto con sus ovejas, caía al infierno: el rostro, su semblante de polaca desgarrada se desfiguró por el frío húmedo, nebuloso. ¿A qué se debe que yo haya encontrado gracia a tus ojos, de suerte que te dignes mirarme siendo yo mujer extranjera? Papá escribirá pronto papá no escribió nunca: me untaron

yodo! La guerra terminará mañana, duérmete Sarah y la que se dormía era ella quejándose y repitiendo en polaco aquella pregunta, gracia de tus ojos, hasta que le descubriste la enfermedad, una vergonzosa dolencia que le atacó el cuero cabelludo, se le cayeron las cejas, dejando cadavéricos los huecos que alojaban gotas azules del Jordán. Una madrugada deliró tanto que intentaste rezar frente a la Biblia: perdóname, Sarah, era tan hermoso el río, y soñaba en voz alta, en un ghetto de tantos. Fue así como te enteraste de su propia boda, en el caserío a punto de largarse: el rabino casi ciego, en una buena tarde para el amor. El esposo leyó la Torah y las caricias de sus leyes... continúa madre...! La juppa sostenida por Asher y Theodor... me moriré, hija, antes del nuevo sol. Las dos cambiaban súplicas en sus sueños intercambiados, y desesperada Sarah intentaba conocer su creación, el origen de aquella agonía mientras que su madre trataba de lavar su cuerpo, limpiar el alma, evocando la ceremonia ante Dios y los hombres: tu padre me cubrió con el tallet familiar, ¿alguien en la comunidad conoce algún impedimento? Si me olvidase de Jerusalén, olvíde-me de mi derecha, contestando el rabino: rendid homenaje al Señor que es bueno y cuya misericordia es eterna; multiplíquense los motivos de alegría de Israel, que huya todo dolor y todo sea buena suerte. Es el rito del que escapaste, Carlos II, por celos: yo no te comparto con Israel, dejé que lo hicieras a tu manera. Estoy compartida desde siempre. Cuando seamos viejos, menos jóvenes, quizá nos podamos casar, casémonos por Diana. Te remordía la conciencia de español, guión prejuicios, el qué dirán, pero ella jamás aceptó y para salir del paso se inventó una boda en alta mar, llegando

a Marruecos: como máxima autoridad de este barco os declaro, por ninguna de las dos religiones, también lo hiciste a tu manera: Diana comprenderá, no hay nada que comprender. ¿Viejos? Diana cumplirá mañana dieciséis años, la edad que yo tenía cuando me encontraste bebiendo agua en Trinità de Monti, Roma, las calderas: tú eres quien debe perdonarme, madre. Y cerrando los ojos, cerrando el estanque de sus ojos, dejaste tu juventud, frente a la Biblia, junto a tu madre. Te llegaban de no muy lejos las coplas de Curzio Malaparte: despunta il sole / e canta il gallo / e Mussolini / monta a cavallo.

Felices llegaron a las costas mexicanas, qué calor, Carlos, tu padre estará derretido. Allí estaba el viejo republicano más ancho que largo, vestido de blanco, lino catalán. Había sido portador de varios millones de pesetas en oro de la república, para los exiliados, y con la comisión pagó su propio destierro. Cuando le vi en el muelle, pelos blancos al aire, recordé todo de golpe y se me antojó un plato de escudella i carn d'olla, si hablas en catalán te cepillo en hebreo, simple cocido regional. Volviste al pasado, es tu turno, amor, y te viste arrodillado, rezando, en la basílica de la Merced, vas a convertir a ese niño en un marica, te caíste de las escaleras instantes después de haber tomado por vez primera la santa eucaristía: la monarquía por la república, y nos suicidamos con nuestra ideología. En cuanto salió el rey del país, la horda de anarquistas quemó su destino y la barbarie, la destrucción y el odio, Barcelona apasionada, campeaban por las calles incendiando lo que nada tenía que ver con el fuego y asesinando el patrimonio de un pueblo convulsionado por su propia muerte. El pluripartidismo, rémora de aquella época, ocasionó bloques

de rencor, barreras de venganzas y veneno materializado que, gota a gota, erosionaría años y generaciones, y te manchaste el traje marinero de primera comunión y lloraste cuando tu padre te vio y dijo algo de hostias: sí papá, allí está Dios.

Catalán orgulloso, de buena estirpe. Padre, ésta es mi esposa Sarah. Te besó la mano, el viejo se colaba al siglo XVI, pero minutos después, cuando le anunciaste que sería abuelo, te besó en ambas mejillas, nada de bendiciones, me mantengo en la raya: pero aliméntala bien, hijo, o al primer terremoto se te muere. No te preocupes, padre, así es de fábrica, hueso sobre hueso. Veían muy poco a Carlos I que trabajaba de capataz en una industria del corcho: hay que pringar en este país; es muy rico pero nadie lo sabe o no quieren saberlo, los listos somos nosotros, ¿sabes que conversé con Victoria Kent? El gobierno nos ha felicitado el pasado 14 de abril, aquí dicen semos. Carlos I estaba tan desafinado o más que el himno de Riego, y lo dejaron con sus ilusiones. Te enamoraste de México, judía, al sentirlo bajo la planta de tus pies. Éste es el puerto de Veracruz, yo creí que era Palermo: te cachondeabas de Carlos, y no me cuentes más lo de la Malinche y la casa chica. Aquí somos o semos refugiados, aquí nacerá lo que llevo dentro, ¿más?; y en cuanto a los republicanos que dicen estar explotando al país como en la colonia, si México los acepta muy buenas razones tendrá, con un partido único es lo natural, sin otro asunto que tratar, Sufragio Efectivo, No Reección (sello águila con nopal y tunas).

Veracruz, 19sudar: hablan graciosísimo, putean a todo el mundo, no puedo dormir, Carlos, es el calor, ¿la luna es distinta, verdad? y de día sudabas

madres, como aquí se dice, todo se contagia: vamos a comer ese pescado cocido con limón, dos ajos machacados, perejil y un pichel de cerveza. Engordabas, gatita, el calor te irritó la piel que protestaba por la inclemencia del trópico, por el embarazo que acariciabas. Pareces tienda árabe con ese vestido; ni me los recuerdes que aborto, y todas las tardes, después de la siesta soporífera, escuchaban la candente música de la selva. ¿Bamba?, ¿sardana?, qué manía con las comparaciones. ¿Te fijas que aquí nadie trabaja? Sólo ríen cantan bailan beben hacen el amor bajo las palmeras. Todo tiene su significado, carajo, y los marineros disfrutaban el eterno carnaval del mar, de la tierra, de nosotros, mientras esas pequeñas embarcaciones con nombres de mujer se largan mar adentro, cargados de canciones sensuales, tirando las redes con flojera, con desgana, pues los peces también sonríen cuando son capturados y llevados ante la sandunga, mamá por Dios.

Veracruz, demasiada vegetación para nosotros; muchas sorpresas. ¿Sabías que los nativos en lugar de decir vaya con Dios, dicen, cuídate de los ciclones, hermano? Después del primer huracán, aún sordos por la furia de las olas y el derrumbe de palmeras del malecón, se trasladaron a la capital que te adoptó, que los adoptó sin pedirles nada a cambio. La gran metrópoli multiforme y polifacética, cuyos recuerdos de otros tiempos quedaban en templos y edificios heráldicos, toques inconfundiblemente hispanos que Sarah Rostiers Pierloni desconocía. La ciudad de México, el quimérico Distrito Federal, hundiéndose a lo bestia pero próspero ante el futuro, celebraba el 1.º de mayo con concentraciones obreras y retratos gigantes de políti-

cos colgados desde las azoteas del Departamento Central, carazas rubricadas por siglas, no las entiende ni su madre: PRI, CROM, CTM, lástima de tela. Desfile de burócratas, unos de pala y pico, otros de pegar sellos, símbolos de un movimiento mundial que intentó la igualdad de derechos de, ¿y luego que los tengamos, contra quién chingados vamos a luchar?, con banderitas tricolores y estandartes LOS OBREROS CON EL PRESIDENTE, en ese orden, bigotes a reventar. Llovió esa mañana pero los sindicatos ordenaron arriba y adelante, horas y horas frente al aterrador retrato hablado del de turno, chaleco blindado: necesitamos nueve pintores más, de brocha gorda, para la calva, y con redobles de tambores, bandas de música y bomberos de colofón, Sarah llevaba y traía su noveno mes de embarazo pasado por agua, ¿recuerdas, Carlos? Lo que me gusta de ellos es que son tan machos, pero tan machos, que pegan a sus mujeres. Te besé el cuello y el secreto de tu maternidad antes de que el presidente se fuera simbólicamente con los obreros: aquí celebramos el uno de mayo chingándonos en la madre del patrón, y pensar que en Rusia aún tienen esperanzas. Escuchamos por vez primera el alboroto de una fiesta, máscaras de barro corriendo por las calles congestionadas, máscaras de mal gusto, grotescas, vociferando contra el taxista que por poco les rebana una nalga, el muy chafirete. De todas partes, sin rumbo exacto, gente limpiándose con el salario mínimo, tan mínimo, que lo ahoga hasta un gargajo. Pero aquí nacerá, judía, en este pueblo de mentiras: Diana con nacionalidad de guitarra y sombrero ancho. Y dichosos, le compraron en la Lagunilla un vestido de Adelita. La habían seguido, y conseguido, también por tierra y por mar.

Ni tanto: le enseñaste por diversión y después por nostalgia. Lo pronuncias mal, hija. Le enseñaste por herencia de judía de románticos huesos, hebrea trasplantada al valle de los volcanes, a quien amé en alta mar, en el aire, sobre minas explosivas, tierra adentro, me duele un poco pero sí; en las arenas veracruzanas, en los tipos de imprenta y en la cadena del water, también te amé. Te imagino desnuda en aquel camarote libidinoso, llegamos a Osaka, qué tonto eres, catalán, y con el lío ese del Yom Kippur practicaste con tu hija los meses del año en hebreo: Nisán, marzo-abril; Jar, abril-mayo; Sivan, mayo-junio; el calendario judaico con sus fiestas y, claro, tenía que salir el ayuno y la expiación, el Año Nuevo, Diana, que cae en Tishri, septiembre-octubre. No podías cambiar, eras la misma de siempre, y me acostumbre a tus cosas, tú a las mías, pues sonreíste cuando aquella noche recordé la musiquilla en susurros, y la letra tímidamente de: el Joan petit quan balla / balla, balla, balla / el Joan petit quan balla / balla amb el dit. Diana aprendió para siempre tu catalán infantil, y estaba monísima cuando repetía hasta cansar a manos, codos y piernas.

Menudo disgusto se llevó Carlos Pablos I con el nieto varón que no llegó. Es una niña, padre, como la que tuviste en Barcelona. El viejo sollozó ante el recuerdo, qué cicatriz tan profunda: es una nena, sí, ahogada. Se llamaba Nuria, muerta mujer, no tenía ni diez años, ahogada. Sí, se llamaba Nuria, ¿no te lo había contado? Desde entonces mi padre se envició en la amargura: no quiero ver en esta casa nada de florecitas ni hostias! Pero no le quedó más remedio que adorar a la pequeña gaviota asustada, la de Dios! La encargamos con la

aurora boreal, Alaska a estribor, por eso tiene tus ojos claros. Diana Pablos Rostiers que muchos años más tarde se convirtió en escritora y verdugo de Pitic, fue una sabra desde su nacimiento, veintisiete dolores; crecía con espontaneidad deseando, sin lograrlo jamás, alcanzar la esencia del milenarismo shalom, paz que le negó la terraza del Campestre llegada la hora tercia.

PITIC, FUNDADA

en año bisiesto, te vio llegar desproporcionada y con la mirada escuálida. Tus ojos reflejaban entonces el sello de la sorpresa ante la tierra salvaje, firma de brutal posesión. Los mestizos de la comarca, indios colgate, doblegaron su olvido y su vapuleado orgullo rebajándose a pedir crédito a la lluvia ejidal dirigida por los oportunistas y los aprovechados. Fue larga la historia, pero valió la pena: temporadas de sequía, Dante no vio nada. Barro triangular adherido a cortezas raquíticas, tierra caliza, estéril, anémica, lista para campaña Cáritas próximo domingo. Larga y cruel la leyenda de Pitic que enriqueció a cuanto hombre se sinceró con la naturaleza enferma de negligencia y que soportó las intermitentes sesiones de insolación, hija de la canícula ultrajada. Heroica aquella estirpe de desconocidos que acabó con los fantasmas: sangre ranas mosquitos tábanos mortandad de ganado pústulas pedriscos langostas tinieblas y muerte de primogénitos, las mismas plagas bíblicas que soportó el ombligo del desierto muchos años antes de tu llegada, judía.

La maldición de la sed abarcó a las misiones fundadas por franciscanos con sandalias de turistas caros, y el río ennegrecido por la descomposi-

ción de la avaricia cortó y dividió el territorio, quedando Pitic frente a Usa por eso darkness fall from the air carrier en todas las casas de ladrillo cocido wash and wear. Caravanas de colonos llegados de continentes escalonados, después de haber burlado huracanes del Caribe, barracudas corsarias del Pacífico y lanchas torpederas de los siete mares, todos atraídos por los mapas inexactos de ciudades desaparecidas, por el pájaro de los mil colores y por el market humano que nació entre reflectores de la 20th. Century-Fox y el forzado de la organización Rank. Italianos, belgas, chinos y yugoslavos, de cientos en miles, llegaron al epicentro de la calamidad, no se sabe si a expiar algún crimen o a cagarse en las negras leyendas creadas por Sergio Leone. Los recién llegados molestaron a los españoles dueños de la colonia, que últimamente estaban pasados de moda por condenar el streaking en pañales, y en sus lenguas extrañas se sentaron en parcelas diferentes no para descansar de las agotadoras peripecias, sino para ocupar la tierra de nadie. Hoy sus tataranietos, judía, son los mafufos del Campesetre donde inicias tu novela, donde enterraste tus principios pensando que si la oscuridad descende de los aires la culpa no es tuya. Es de.

Continúa escribiendo: la tenacidad venció con alto poder y, con uñas, con las uñas ensangrentadas por la vigilia, emergieron del fuego las primeras milpas de maíz, aquel grano descolorido que duraba un parpadeo, parieron las hembras y ladraron los perros de sarna líquida, mudos hasta ahora, lengua pegada. Dios vio satisfecho que aquello marchaba, los perros aullaban, etcétera, y se retiró a descansar llegado el séptimo día, el primer week end universal. Ese fue su gran error: tal lujo no

se lo permitieron los fundadores de Pitic ni cuando llovió dos veces en un año. La semana se integró al muy respetable patrimonio espiritual, pero fue calificada simplemente de impráctica. No perdían tiempo, porque el tiempo podía escapar nuevamente y para siempre, y cuando faltaba el agua, cuando las gotas de rocío se evaporaban con el aliento de las rocas, los colonos trituraban sahuaros para humedecerse la lengua esquelética. Aprendieron a desconfiar de los presagios y de las ventiscas que se levantaban llegado mayo, tolveneras de hielo seco y corrosivo. Se adaptaron a la veleidad de la arena, a su abusivo movimiento de mujer en celo, y llegaron a comer lagartos en ayunas para no sucumbir al chauvinismo. Se acostumbraron a dormir de pie para que el sol no los sorprendiera echados sobre la tierra que los hubiera devorado sin poderse despertar y se petrificaron, finalmente, olvidando su procedencia y sus apellidos trabalengüísticos. Cambiaron de piel, y cuando tuvieron tiempo de mirar al cielo cara a cara, abrieron la boca por primera vez no para dar el anhelado grito de satisfacción que hubiera significado cien lustros de retraso, sino para sacarse la arena de las mandíbulas que habían utilizado para labrar de noche en un titánico duelo al sol.

Pitic creció tanto en tan poco tiempo que los primeros escupitajos que recibió el desierto no se evaporaron, sino que se convirtieron en monumentos naturales: un cerro en forma de campana, la cueva donde santa Martha dijo sí, la barriada de Ise-la Vega, el miadero de los filibusteros de Caborca y La Cohetera. Con las mazorcas llegaron otros cultivos, las alambradas y los títulos de propiedad, papeles que cuadrícularon al desierto que cedía como

quinceañera. Con el tiempo llegaron cuatro o cinco cabezas de ganado, algunas en escabeche, raza de animales temerarios como el fierro que ostentaban en sus ancas, buscando prados que no existían pero que ya estaban encargados a intermediarios de santa Fe Springs. El algodón atrajo a corrientes humanas a la antípoda pitiqueña, planta que en sus principios era tan alta como los abedules pero con el calor se acobardó tanto que los que se jodían eran los trabajadores ocasionales que habían olfateado oro blanco, oro de pigmeos. Con las vacas agusanadas y muertas en vida, con la diversificación de cultivos donde crecía la mentira, con firmas irreales en documentos porfiristas, nacieron los herederos, los hijos del polvo, que con su presencia paradójica inspiraron el nacimiento y perpetuidad del latifundio. Eso sucedió el octavo día, cuando la manzana de los primogénitos tinieblas langosta pedriscos pústulas mortandad de ganado tábanos, ranas y sangre, quedó suspendida por falta de quórum.

Un momento, Diana, un momento: Steinbeck pertenece a otra época, después describirás el resto. ¿La Nena? Estábamos en la página 34, cuando llegó a El Retiro cabaña 12 puerta de nogal colchón absorbetodo luz tenue lubricófila. Aparcaste el desca-potable, flequillo inglés, y esperaste comiéndote las uñas esmaltadas, avon llama. El Junior, mascarita de oxígeno, te pidió disculpas por los minutos de off side: perdona, Nena, el tráfico, el taxi, los pajaritos. Flora estaba frita como calamar frito a punto de: por las prisas atropellé a un vago, los frenos me fallaron, qué emoción, y tú me salcs con los tráficos y las prisas, como la Tiqui-Tiqui-Tin, imbécil. A un kilómetro de aquí, sí un pobre diablo, yo qué sé cómo se llama, después paso a firmar lo que

sea, clic, y se te echó encima, violándote el precucio, contra el colchón hueletodo que se hundía complicando más las cosas; las cosas rechinaban con Paul Mauriat dentro, y el vago no se muere, te lo digo yo, muévete cariño, no puedo: la conciencia, son remordimientos de boy scout. Moby Dick se ensanchó por el ecuador, lanzó chillido mordió orejita y lanzó clítoris al viento, rumbo al skylab sexto, nube de hidrógeno, hongo infinito, todo con silenciador, clic!

En el quirófano faltaba el plasma. Las dogmáticas de la Cruz Roja mientras tanto celebraban el picnic trimestral en memoria del peludo tórax de William Holden: fue una fiesta horrible, la langosta era de lata, la música de bulín peruano, y la Pablos se embriagó en privado en el moqueteado salón de los 60, y se bebió tantos martinis secos, tan definitivamente secos, que terminó llorando por los andaluces de Jaén, cuántos siglos para juntar estas aceitunas. Aquí las dejo, cacatúas, con mi reputación para que la defequen; sí Cleodomirita, no tengas cuidado, nos imaginamos la tensión de estos días, los preparativos vikingos, tu hija es una flor muy bien puesto el nombre: mamonas! Los médicos estaban en órbita con smokings alcanforados, y el practicante primeros auxilios vio la pierna pendular, el caso es muy serio, al menos su dueño tiene esa cara, una radiografía es lo conveniente, ¿quién la pagará? ¿alguien responde aquí por el presunto inválido? No es necesario: amputar, la residencia, el equipo sin estrenar, el manual de ortopedia. El hombre sin conocimiento, con su alma vagando, trastornado por el golpe y la pérdida de sangre moscas verdes, flotaba entre bosques finlandeses, escogiendo maderas, envuelto en filamentos borrosos, cepillan-

do, clavando aquí, reclavando allá, acariciando al gato de tres pies que relamía su infortunio, y cuando recobró el sentido ante el serrote de acero, pidió que le dejaran continuar en el limbo, pues el lío del sueño era tal que no podía darse el lujo de despertar así como así, obligado a esconderse la cuarta pata del felino para continuar el juego, con la pesadilla de una pata bailando en el espacio, lanzada desde Cabo Cañaveral, tempestad atravesada por la falta de anestesia, el bisturí para limpiar las uñas, y un pendejo que lo que sabía de cirugía lo había aprendido de su noviecita santa de dedo anular.

¿Ridículo? Qué amable eres: el modelo de la Nena era un saco de calabazas, con esas mangas bombachas ciclónicas, y nuestro duendecillo social pudo anotar también, entre la almibarada concurrencia solapas de velvet, a don Marcel Palafox doble S., experto en constituciones y expropiaciones para damnificados y su encantadora esposa doña Paca G. Arte con doble S, ¿tiene bocio o mastica tabaco?; a Aretha Cova i Pinto, ex reina del Cuauh-témoc con embarazo statu quo, hábleme de perfil o me saca un ojímetro; a los triates Angulo, pícoles el deste, luciendo su habilidad para untarse los mocos en las suelas de los zapatos; a la viuda de la Oh, ¿originalona la bata, eh?, que causó sensación con su pulsera mágica de Bérnago, le falló y tenía un humor vítreo de perros; a herr Titov W. González, jefe de la III zona aduanal repartiendo etiquetas made in México, todos pegados al barril y a la kilométrica manguera. Usted es el responsable, doctor, mi hija iba por la derecha, lo de derechas es el futuro, nunca es tarde para amar, de aquí a la eternidad, sonrisas y lágrimas, apaláncate my friend,

tiene usted que salvarle la pierna, demasiado tarde: el joven Kildare ya la había enviado al Brasil, la quería tener de llavero. Piernas Artificiales, S.A. de bolsillo, de viaje, varios colores con y sin pelos, pida folleto sin compromiso. No necesita franqueo. La pierna.

A los tres días, ¿dónde quedó la piernita?; la otra no se hagan pendejos, en la incubadora, qué pitorreo, Hipócrates. Lloró desconsoladísimo y su mujer le secaba los lagrimones de serrín, los maderos de san Juan. El padre de la Nena, qué peste de hospitales, no fumar, intente sonreír, y una especie de faro electrónico: luz verde (ragazza, chocolates, rosas), luz azul (machín, puros y demás), luz gris (lo sentimos mucho, mongólico perdido, intente sonreír) y así. Pero ¿hicieron lo imposible? Tu- vimos que amputar, don Julio, hemorragia femoral aguda, complicaciones peronefríticas y tibiásticas: un caso de *Scientific News*. Pero es que mi hija es muy susceptible, no se preocupe, paga el Seguro. Lo siento muchísimamente mucho, señor carpintero. Estoy arruinado; nada de eso. Roosevelt con una pierna, mire ya ve señor pájaro carpintero: le ofrezco una justa indemnización, quiero mi pierna; ni en Fátima! ¿Sólo 20 mil? Ni que fuera usted Cruyff. Una pierna es una pierna y todos tenemos dos. No hay derecho: su hija me dejó tarado, se cagó en el paso para de. Cebras. Allí quedé tendido, mister Joaeiulus, pobre de mí, esta vida mejor que se acabe, no es para mí. Llegaron a un acuerdo estira y afloja, y entre las visitas de las enfermeras que portaban camisetas VIVA EL COJO, medias transparentes, afeitan todo, sellaron el pacto fumando una taza de café con leche. Con el muñón naciente, la víctima de Flora Escalona del Río, clic,

tuvo conocimiento, un real conocimiento, de que si la mierda tuviera algún precio los pobres nacerían sin culo, salvo error u omisión.

Confiada en la autoridad que ejercía sobre su padre, la Nena Nenaza archivó el desaguisado y firmó un cheque de varios ceros para cubrir gastos, los pequeños detalles tan vulgarotes, y se olvidó del hombre de la luz roja que, para ahorrarse unos pesos, se fabricó su propia pierna con tan mala suerte que la madera no estaba en su punto y cada primavera el carpintero tenía que podar la pata que echaba brotes, ramas y hasta flores que atraían a las abejitas sin casa, pobrecitas. Cuando le dieron de alta, entre exclamaciones de enfermeras desvergonzadas del girl power, volvió a su hogar tres cuartuchos de dinamita, camas camastros camitas: espera a que se duerma el Jacinto, aquíétate, ya están montando otra vez a mamá, con lo que lavó hoy, ¿que no le habían cortado todo a papá? Seis chavales en cinco años, el coitómetro averiado, qué promiscuidad, todos se huelen todo. El lisiado arrastrando su pena se dejaba caer en cualquier parte, preferentemente en la cama, estaba tan triste que consintió que los niños le manosearan el muñón que funesto era de vivo, muerto será tu muerte, y los pequeños admiraban el espectáculo del papá inexacto, pero no olvidaban que tenían hambre, siempre queriendo comer, qué vicio. ¿Que te pasó, papá? Pues me cortaron el uñero, pero desde la raíz así no saldrá más el desgraciado, y abandonó la carpintería, llena de virutas, de clavos usados, de calendarios pornográficos: Jayne Mamansfield, Marilyn Mamoseo, todas tetudas tatuadas y tatemadas: ¿qué tenía usted puesto cuando la famosa foto del calendario?: la radio.

Pero, recuerda, salió amortajada de El Retiro, con miedo a morir cuando se duerma sola, miedo de respirar incienso del Te Deum anunciado, pavor de permanecer quieta por los siglos, para siempre, hasta que la canícula derrita tumbas y sarcófagos en la condenación del desierto. La extraña sensación de no alcanzar el aire suficiente, la ansiedad de caminar flotando, la incapacidad para escuchar tu voz, tus propios gritos, la desesperación de atravesar paredes, la angustia de viajar sin destino, de no tener mañana, ni presente; de penetrar en la selva de los oscureceres, en la esperanza eterna de la nada: los aros concéntricos, el torbellino. Pero la mortaja tenía que bordarse con los repetidos cabellos de la arena, con la epiléptica música de Zarathustra condenado. Cuando saliste de la cabaña llevabas el pelo suelto, la navaja entre los dientes y la escalera ósea manchada, fruto golpeado por el pasado que revende el mercader de los recuerdos, y.....
afilabas la mezquindad de tu raza, el reflejo de tu homicidio, Pitic,la grande, madre de las ramera y de las abominaciones de la tierra.....
.....y los diez cuernos que viste en la bestia, éstos aborrecerán a la ramera, y la dejarán desolada y desnuda; y devorarán sus carnes quemadas por los escombros humanos del desierto, porque todas las naciones han bebido el vino del furor de su fornicación; y los reyes de la tierra han fornicado con ella, Pitic.

El seminario de Pitic era un complejo espiritual de inmensas proporciones. Construido peso sobre peso para no menos de trescientos aspirantes a pas-

tores de ovejas trasquiladas, parecía un museo en huelga con sus veintidós novatos vocacionales, cinco o seis de los más vale tarde que nunca, y una docena de candidatos escogidos para viajar a Roma y aspirar de cerca a la Cátedra de Pedro, vía KLM. La prepotente fortificación rodeada de huertas de tomates en conserva era, junto con el Campestre de terrazas colgantes y la Universidad de seguidores de Fu Manchú, el orgullo de los pitiqueños: otra vez, entre Malaquías y Ezequiel, pedían para las puertas, para los ladrillitos. Así se construyó el edificio que derrochaba una sobriedad mal disimulada, pues aunque todo se había comprado con limosnas y donativos más o menos populares, los cortinajes de terciopelo francés de la capilla recordaban posturas de María Antonieta y sus caniches. De todas formas, el pueblo que lo seguía sosteniendo por costumbre, igual que la sociedad al matrimonio, sabía que un día no muy lejano el armazón de vidrio y acero subiría al cielo con sus tres pisos y sus espaciosos recibidores, y que de nuevo en la tierra por la irreversible ley de Newton, volvería a plantarse en la ciudad pero ahora convertido en hotel de cuatro estrellas y tres tenedores, cuando menos. Con tan pésimos augurios presionando al símbolo de la austeridad arrepentida, el obispo de Pitic organizaba campaña tras campaña tendientes a reclutar futuros sacerdotes y darle la batalla al gringo color cagalera que estaba terco en la compra del inmueble para presentar coristas de Las Vegas sobre pistas superpuestas. Nunca se supo si la estrategia publicitaria falló por el desequilibrio político de aquel entonces o si la promoción fue planeada por mafiosos siervos de san Ignacio que de marketing ni el plumero, el caso es que hubo de recurrir

al aggiornamento o perecer entre las mallas de piernas al aire y reflectores maquillados: ropas civiles, hermanos, ropas comunes y corrientes, desde la cómoda guayabera hasta el utilitario pantalón vaquero sustituyeron a la ancestral e inhibidora sotana. Las oscuras y mal ventiladas habitaciones que destinadas a la meditación recomendaba el propósito general, fueron cambiadas por iluminadas estancias individuales, con servicios propios e hilo musical permanente donde la sintonía era de Bach, Rolling Stones o Haendel, según la mortificación y la pena de por medio.

A los nueve años, después de haber soportado cómo su madre se marchaba para siempre con una hermanita atravesada en el vientre, el Junior fue internado en el seminario una mañana de septiembre. La primera impresión del nuevo inquilino fue inolvidable, y tardó muchas noches en recuperar la tranquilidad del sueño que huía ante la visión que se repetía cada vigilia: diáconos y subdiáconos, ataviados con impecables albas, ensayaban echados en el suelo, boca abajo y con los brazos probablemente mutilados, una extraña ceremonia. Muy pronto, merced a su reducida imaginación, a su pasividad heroica y al notable complejo de huérfano, nadie me quiere, pasó a ser la mascota de la sacra institución, tal vez por la inequívoca evidencia de su rostro y figura que revivían el pasaje de Jesucristo entre los Doctores. El Junior tenía una hermosa apariencia, casi navideña, que había heredado de su madre, Miriam Balaguer de J. J., una belleza criolla que en sus tiempos enloqueció a cuatrocientos cadetes de West Point y a la defensa del Real Madrid. Sin embargo, el hijo del entonces linotipista no tuvo preferencias ni distinciones: su infancia fue

borrada por un clerical zarpazo preconiliar, pasando de la edad del ensueño al eterno período de la madurez ingenua que gastan todos los seminaristas por muy machos que sean, hasta que fue descubierto por los ojitos hinchados de la hija y heredera de los Escalona del Río que entonces pesaba sólo 74 kilos muy mal distribuidos en su metro y pico de altura, por favor, Nena, no poses la barriga en el reclinatorio. Allí se quedó esperando alguna mirada de misericordia que le dijera, hijo vuelve a casa, con tu madre, a tus juguetes, viendo cómo su padre estrenaba viudez y la fortuna personal de su difunta, con lo que viajaría primero a Europa y después hasta el despacho de una editorial que publicaba obras como rosquillas, un editor más mercader que idealista, que sabía ir al encuentro del lector sin esperar que el lector fuese a su encuentro, y compadeciendo a los de blanco que aún seguían tirados en el suelo poniéndose inmundos y refrotando la nariz contra el cemento santo, pues habían quitado la alfombra ya que la gracia era revolcarse también con humildad.

Tu maestro se llamaba José Miguel Herrera y había estudiado Derecho Canónico y otras gaitas en la Universidad Gregoriana de Roma. El cura, nacido en la deshabitada conjunción de trenes esporádicos, Estación Babícora, la cual abandonó a los cinco años para ingresar directamente al seminario y eximir a su padre de alimentar una boca más, aceptó con gusto el encargo de su superior y se responsabilizó de que el Junior no se quedaría en ladilla de primeros viernes. Simpatizaron a las primeras de cambio, se hicieron buenos amigos. Mientras que el sacerdote vivía nostalgias vaticanas en un otoño interminable, tú coleccionabas tarjetas postales que

enviaba J. J. siempre con besos, siempre extrañándose mucho: la semana próxima, hijo, viajaré a Londres no se te olvide rezar por tu madre, ¿hará falta, páter? Todo ayuda, Junior, hasta un suspiro, y te seguía contando las picarescas anécdotas romanas, aquella monjita filipina que confesaba tirarse peditos dulces, y la solemne inauguración del miadópedo de monseñor Lisandrini, precisamente cuando la Elevación, estaba tan viejito que se hacía pis al menor esfuerzo, y los ejercicios de álgebra elemental los resolvían juntos a la orilla del lago Albano, tan cerca de Castelgandolfo que sentían el eco pontificio del pasado verano junto con el aroma de los bocadillos de formaggio y burro.

Flora Escalona del Río se aficionó tanto a la misa de ocho que tuvo que ponerse rodilleras en la tripa. Te tragaba con los ojitos de piquete en tierra dura, como cuando engullía de una sentada treinta o más chocolates rellenos de lo que sea. El monaguillo está chulísimo, parece Billy the Kid, quién fuera su campanita. Arrancando hojas y hojas del calendario rebajado, una mañana notaste que la pelusa suave y relumbrona que por su situación estratégica tendría que ser un bigote en erupción: camable, eso es; el seminarista ya está camable! Y las cartas de París llegaban ahora muy de tarde en tarde, ya no hacía falta rezar, bastaba con los suspiros. Tu vitaminada admiradora nunca comulgaba; los millonarios lo tenemos ya todo comulgado, y a la hora de las banderillas (el pase de la bandeja, a Dios lo que es de Dios, como te lo había enseñado Fray Ecónomo: con la mirada entornada, como si no estuvieras pidiendo, sino dándoles al César lo que es del César), la Nena se te arrimaba tanto que sus bufidos te despeinaban el flequillo, y eso que te habías puesto

laca. La primera vez que te dirigió la palabra te preguntó si tenías cambio de a mil, ni que fuera la máquina registradora de Judas, panzona asquerosa. Pero un día, después del rosario, cuando apagabas las velas con el cucurucho de hojalata que tan malos pensamientos suscitaba a las beatas vespertinas, se te apareció la del billete de a mil, milagro, que te ayudó con tus obligaciones hasta que la iglesia quedó a oscuras: tu auxiliar se había despachado hasta la luz eterna del Santísimo. Entonces sentiste que te depilaban tu pelusita, y que varios dientes chocaban como carritos locos. Era el primer beso, las primeras llamadas a los muy solicitados infiernos del Señor, y cayeron al suelo, frente al altar de santa Eulalia, patrona de los ahogados, salud de los enfermos, refugio de los pecadores y otras desgracias de última hora.

J. J., con un elegante color violáceo de tuberculoso europeo, y luciendo papada de proxeneta diplomado, regresó a Pitic después de cuatro años de ausencia. Días más tarde, cuando hubo paseado por toda la ciudad su guardarropa de bohemio de de-rechas, fue por su hijo, el recuerdo de Miriam libertadora. Te encontraste con un Junior de portada de revista, aunque una plaga de barros y otros bichos faciales le estropeaban su espléndida adolescencia: tanto darle a la manivela, por culpa de santa Eulalia. Pureza, Junior, pureza. Es que la Flora esa colecciona espinillas, pureza Junior, acuérdate de san José Carpintero, nada de nada con cutis de colegiala y le floreció el cayado. Ésta es la última vez, Junior, desde ahora yo me encargo. Y Flora Escalona del Río parecía chupavelas, pero no se tiraba al ruedo. Apenas había cumplido los 74 kilos, producto nacional bruto.

Hablando como franchute colonizado, J. J. empezó a preparar el terreno allí donde la revolución se había negociado y donde los mercachifles levantaban estatuas a los guerrilleros traicionados. El Campestre ya se había definido como el abrevadero de los que por accidente encontraron la cuadratura del círculo enriqueciéndose sin medida y metiendo la pata en el acomplejante mundo de la sangre azul. Volviste J. J. al periódico que te cogió como tipógrafo a destajo, pero con las etiquetas Bruselas-Londres-París colgadas de tu papada aglutinante, se te subieron los humos, oh, merde: con mi experiencia y con eso de que los viajes ilustran hasta a un camello, no puedo volver a los talleres, señor director, sería como tirar un salmón ahumado a los cerdos, señor director. ¿En qué turno estaba usted antes de esas etiquetas? En el de la tarde, señor. Entonces, amigo, sabrás algo de sociales. Viéndolo bien, señora Pablos, éste podría servirnos; necesitamos un alcahuete de catego, un lameculos profesional, y si asegura que puede averiguar dónde carajos son las encerronas políticas de la oposición, tenga usted por seguro que subirá la publicidad... y la circulación, claro. ¿Sabe redactar? Y lo contrataron porque a las viejas encopetadas de la alba braga les encantaba su color telaraña de Franz Liszt atortugado.

Ya veo, Junior, que la hija de don san Julio te hace tilín. ¿Por qué no la invitas al cine? No, papá, la última vez fue un pedorreo de cantina: se llevó en la bolsa un pollo rostizado, con patatas fritas y cebollas curtidas para parar un camión, y a la mitad del film Tyrone Power estaba como la pechuga, pero le faltaba sal, y el público empezó a meterse conmigo: que si por qué no le daba su pollo fuera del

cine, fuera con la polla, la sala parecía fonda y Marlene lloraba con tanta cebolla, el chupadados fue el acabóse y un tío quiso meterse con la polla fuera, digo con la pinga, por Dios ya no quiero recordar. Y así, Doctora Corazón, comenzó el chantaje, ¿y por qué no la llevas a la ópera?, sería capaz de llevarse un mamut con pimientos, cada quien lleva su cruz, cada cabeza es un mundo, cada uno se arrima al árbol que mejor le cobija, pero la Nena era buenísima conmigo: me compraba nikis deportivos University of Chicago, potingues para los granos, pañuelos con jotas bordadas, tabaco de carita, y me metía billetes limpios, a la gordis no le gustaba ocuparse de los pequeños detalles. Cuando Flo te llevó al Campestre donde sería más fácil seducirte, le perdonaste todos sus eructos, los pollos de flema salada entre besos forajidos, los alientos de sardinas al ajillo, y el pedorreo popular de sus comilonas: la Midas estaba en su punto y te introdujo en imbecilandia aplastando botoncitos a su paso y protestando por el crujido de la alfombra iraquí. Flora, Florecilla, Floretón, pídemme otro scotch tú que las puedes, ya sabes que tu perro si no bebe, no muerde, leitmotiv. Qué atardeceres tan atardecidos, qué tardeadas tan retardonas, qué exaltaciones tan exaltadas: había ganado la batalla el Capitán Campestre. Y allí, frente a las hectáreas y hectáreas de césped, sobre la ciudad de motas blancas y espumosas, bebiendo el néctar de gnomos y tesoros, la Nena te había expropiado la virtud. Fue cuando empezaron a correr escandalizados los Doctores, pues el Niño había resultado una verdadera alhaja con dientes, una Mesalina con pantalones y demás accesorios tan antiestéticos pero imprescindibles.

El padre Herrera lamentó de lejos la partida del Junior, ¿hará falta, páter? y aunque jamás estuvo convencido que el muchacho no tenía madera ni aspiraciones para dedicar el resto de su vida a los designios de la espiritualidad, comprobó que el hondo sentimiento de su soledad podría confundirlo y equivocarlo para siempre, perseguido por las perspectivas que invitaban y rechazaban a un tiempo. Una tarde, antes de que cayera en las kilométricas redes de la tentación, el chico confirmó la inquietud del sacerdote con la invariable y legendaria pregunta que, desde su niñez frustrada, él también se formulaba, ahora con profundas reflexiones, siempre bajo la misma máscara de terror, una aplastante cobardía que lo imposibilitó para vislumbrar otra forma de servir a Dios, sobre casi todas las cosas. El Junior, defendido por su indiferencia en el ambiente de terminantes decisiones, no había conocido el amor, no había disfrutado de su paz. ¿Y tú, José Miguel, lo has encontrado al fin?

¿Quién es Dios, páter? No era, desde luego, una de sus más remotas y amarillentas etapas del recuerdo, aquellos domingos de visitas, cuando los rancheros y los campesinos de la sierra dejaban las alturas cargados de semillas y hierbas medicinales para comerciar en el mercado del pueblo. Entonces aparecía su padre en el seminario, todo borroso por el polvo, dejando la inconfundible peste del estiércol, y tieso como un palo frente a los curas que conocían su vicio. Ocasionalmente también su madre le visitaba, y la veía carcomida y muda por el hambre, por el cotidiano desafío a la miseria en un país

que se desangraba. No; no podía saber quién era Dios, porque de haberlo encontrado en las recónditas mortificaciones de su angustia, le hubiera pedido, con esas y otras oraciones que mañana y tarde repetía automáticamente, que devolviera la vida a la Cuquita, a la hermana que se había arrojado al despeñadero llevándose un hijo entre el secreto de sus catorce años, qué trenzas tan lindas tenía; le hubiera rogado, con esos y otros sacrificios que los religiosos iban inculcándole para fortalecer el cuerpo, que aplacara de una vez por todas las pasiones populares arrastradas por ríos de odio entre la batalla fratricida que ultrajaba la historia, y que se compadeciera de los indios de las reservas federales que morían víctimas de la viruela negra, y que volvieran los tiempos de la sequía para que retornara la preocupación del hombre hacia el hombre, hasta que el pensamiento se te quedó ronco y los ojos apagados de tanto imaginar milagros, ya que el único que podía resucitar a la Cuca, desviar las balas y el filo de los machetes, y curar las llagas de los últimos guerreros de la tarde, estaba descansando y santificando el séptimo día. Cuando murió tu madre, el padre mayor del seminario te concedió permiso para verla, para llorarle, tendida sobre la mesa de la cocina, envuelta en los olores de las tortillas con sal y rodeada de sombras llaneras negras como el humo del techo, pero no encontraste lágrimas. Habías soñado tanto la sequía del pulque para que el alcohol no aumentara las desgracias de tu familia, que tus rogativas fueron escuchadas de rebote por alguien, en algún lugar. Fue cuando decidiste ir en su busca, pero ¿dónde está, páter?

El tiempo, los años, te trajeron otras inquietudes y las preguntas fueron archivándose. Cuando

recibiste las órdenes menores, eras un firme defensor de la iglesia de Cristo, una promesa que con veinte definiciones distintas podías conciliar conciencias y solventar dolores, pero el archivo seguía postergado, ¿hasta cuándo, páter? Un cura de pueblo: mucho corazón y poca teología. Sin embargo y posiblemente para limar el diamante, tu obispo te envió a Roma, tres meses después de cantar tu primera misa en el seminario viejo, un vetusto caserón de adobes y carrizos, con san Anselmo a la entrada: Dios es el Ser más perfecto que se puede imaginar, nada le puede faltar. Pero si no existiera le faltaría una perfección: la existencia. Luego. Antes de tu partida, conociste a María Yocupicio, una hermosa india pitiqueña que se había salvado de la peste por su inocencia. Era cuando no hallabas si quedarte con Pascal o con Tomás de Aquino. La fe en Dios, José Miguel, no revela solamente el razonamiento, es necesaria la mística. Pascal lo había comprendido: para oír a Dios, el hombre debe saber renunciar a todas las seguridades, incluida la de la razón. No a las preguntas, no a las dudas, José Miguel. Y la vida del seminario despertaba cuando hasta a sus umbrales llegaban las meditaciones en voz alta de los novatos vocacionales, muchos de los cuales sabían que cruzando la puerta de san Anselmo estaban cogidos cándida y desesperadamente, y sufrían con bromas amargas la elección de sus padres o el lavado anímico que estaba en vías de perfección: tanta castidad, tanta devoción, tanta abstinencia, pero ¿y si no hay cielo?: qué joda nos arriman, hermano, pues nosotros ni hemos bailado, ni nada que se le parezca. Cuando confesaste por primera vez a María Yocupicio tenías veinticuatro años, y desde los cinco encerrado

pentía de los pecados que cometerían sin duda sus descendientes, hasta la tercera generación. Fue ella la que fundó sin proponérselo el Cordón de las Hijas de santa Eulalia y quien dio al templo, cuidado por tres anacoretas civilizados, un toque de virginitad con ramitos de flores de papel o manojos de péchitas doradas, porque en aquel desértico paraje del mundo un ramo de simples margaritas o un corriente ramillete de petunias naturales hubiera significado la conversión de los colonos que no creían en nada que no fuera resultado del trabajo, de su propio esfuerzo. Así estaba el panorama, y contra las suposiciones de la senil curandera del dispensario, que en el subconsciente tendría algo de novelista barata, María Yocupicio y José Miguel Herrera, curita de Estación Babícora, no se lanzaron en los brazos del sexto mandamiento, ni del segundo, ni del undécimo, por la misma razón de la sequía o del eclipse lunar. Para la india el trato espiritual, primero, y después fraternal con el padre Chemiguel, fue una feliz experiencia de juventud que la inspiró para buscar un hombre de respeto, muy norteño, al que arrastró hasta el altar y con quien formó un hogar, con hijos, deudas y satisfacciones. Para el cura de pueblo, María fue la novia que nunca tuvo, un romance tan singular como lo hubiera sido con la virgen de Lourdes, si se le hubiese aparecido. ¿Y qué más, páter?

Quizá mi primera cita con Dios fue el encuentro con María. Tal vez, desde entonces y sin hacer un solo alto en el camino, cambié bruscamente, dejé que floreciera lo que me restaba de juventud y di rienda suelta a la vida: yo quería a María, gozaba con verla feliz junto al hombre que la protegió del mal hasta más allá de su muerte. Y tal motivación

sí que tenía sentido, era la posibilidad de fertilizar mi corazón estéril. El primer hijo de María fue otra avalancha de alegría: es una pena, lo del varoncito, me habían prometido llamarla Cuquita para darme gusto; no se preocupe padre, tomaremos su pedido para la próxima. Cuando percaté que muchas Marías necesitaban mi cariño y yo el de todas ellas, me enviaron a Roma: tenemos proyectos, padre, y usted está en ellos. Es necesario que profundice sus estudios. Y allá, en la magnificencia de la cristiandad, de vuelta a los libros de texto: me siento bien entre las manos del Señor, y tal vez nunca antes había saboreado la alegría de dejarme caer en el futuro como en las profundidades de su Ser mismo, en el mágico ambiente del paganismo inconcreto, la pregunta de mi infancia, la interrogativa de mi pasado cubierto por capas y capas de virtuosismo exterior, salió a relucir más pesada que nunca, con crudas alusiones: cuanto más pienso, menos puedo imaginar que este reloj funcione sin la existencia de un relojero, sí, páter, ¿pero quién es Dios? Es de fuego su energía y celeste su origen.

¿Por qué es tan difícil contestarte, Junior? ¿Acaso no esperas respuesta? Cuando dejaste el seminario el padre José Miguel sintió que había fracasado contigo. Por eso lamentó tu partida, desde lejos, casi escondiéndose a tu mirada acusadora. Siguió rezando sus oraciones hasta que, una tarde, se acercó a un estanque matizado con peces de colores entre los lirios flotantes. Allí vio su imagen, sus arrugas desconocidas hasta ahora, sus cabellos despeinados y grises, y se sintió otro, un jugador, un aventurero, ¿quién es páter?: me juego el destino sobre su existencia. Puedo ganarlo o perderlo todo. Pero ¿he de perderlo? Un día un hombre y una mu-

jer se encuentran. A menudo surge una centella: el amor. Nada más irracional que este encantador misterio entre dos seres. Nadie podrá jamás resumirlo en una ecuación o en un ordenador. Y sin embargo, el amor existe. Nadie lo ha dudado jamás. Te sentiste seguro, capaz: creo, Junior, que no debo ni puedo perder. Tengo al fin todos los ases en la mano.

CUANDO J. J. UNDERGROUND

firmó la primera columna de una azarosa cadena que sólo se vería interrumpida después de lograr el grado de celestino honorario del club de los 60, María Cristina se subió por las paredes: allí estaba el cuarentón, moviéndose como tarántula en celo, con la piel de oveja alienada y con el yes sir en la boca. Allí estaba, invadiendo sus terrenos y desplazándola con su servilismo congénito, diciéndole Cristinita Keeler, de bromita, con sus aires de Art Buchwald y comiéndole el mandado a ella, que había hecho de la sección rosa un bebedero de patos, y que soportaba por Pulitzer las meteduras de mano de los jóvenes reporteros que un día la pillaron en el WC para ladies cambiándose de caballo, y que ignoraban que ella, María Cristina, el Duende Indiscreto, había escrito y descrito la perra venida al mundo de todos ellos, no sólo desde la clásica nalgada de ex feto, sino desde que mamá bajó los puentes levadizos, cuando aún no se había pensado siquiera en el menú del banquete nupcial. María Cristina, encubridora de alto voltaje y mentirosilla como un condón, había disfrazado tantos partos prematuros que los adjetivos con los que había redactado el venturoso nacimiento habían conseguido clasificarse en la Wall Street, de tal manera que si

la novia, ya impotable, llevaba al altar sus buenos siete meses de embarazo accidental, la tarifa de la noticia se relacionaba directamente con la cifra de la factura de la incubadora, donde el robusto bebé pagaba los platos rotos encerrado en aquel incómodo cacharro que lo hacía sudar como gargajo de resaca.

Entre fintas y oídos sordos del director del diario, la agenda de J. J. engordó tanto las tres primeras semanas que desde entonces y para siempre se enfocó en mover personas a través de fichas en clave. Con estas y otras ventajas que consiguió a base de simpáticas amenazas y a su destructivo mal aliento, muy pronto conoció por fuera y por dentro el teje y maneje de Pitic, sus puntos flacos, su talón de Aquiles. Así, el nuevo columnista dividió a la sociedad pitiqueña en tres grupos: el inventado, creado o mitificado por Cleodomira Botellita Pablos, reducidísimo círculo que iba desde la vulnerabilidad del obispo hasta la neurastenia de la primera dama; el de los nuevos ricos, broncos que compraban pergamino fabricado con madera de su árbol genealógico para usarlo como papel higiénico, y el resto, los que sobran, naturalmente, la perrada, baja social media que aspiraban a la compacta esfera de la alta braga. Con un estilo que imitó la CIA a su tiempo, J. J. conoció los detalles conyugales y extramaritales de los socios del club de los 60, incluidos los de sus esposas, hijos y nietos, anotando en la ficha respectiva cómo y cuándo el doctor R. de la M. se había especializado en abortos a domicilio, que la sirvienta de T. C. P. había sido sorprendida cuanto cohabitaba con la esposa de P. de C. P., todo en family life, y que el jardinero del

club le hacía el favor a Ch. W., que en sus buenos tiempos había sido campeón de judo.

Los lectores, acostumbrados a encontrarse diariamente en las páginas de offset inmediato, recibieron con loas al nuevo columnista que se las había ingeniado para poner el dedo precisamente allí, donde todos lo esperaban. J. J. cogió la onda hasta la tercera semana, lapso justificado tomando en cuenta que había aprendido a leer y a escribir por ósmosis, pero que ahora, en cambio, enseñaba deliciosos modales en reuniones sociales, v.g.: a la hora de rascarse los testículos en un té canasta pro Nicaragua, decía que no se encontraba las llaves perdidas en la entropierna. Con astucia que sorprendió a sus antiguos compañeros de los sótanos tipográficos, fue introduciéndose en los hogares, después en las oficinas de las taquimecanógrafas de fin de semana y, finalmente, hasta la médula dorada de los 60. Su poder estaba afincado en el chantaje indirecto, ya que si por casualidad se encontraba a la señora de P. de C. P., le preguntaba con sonrisitas heladas, ¿qué tal, señora mía, su servicio doméstico?, dicen que está imposible, y con modismos extranjeros intercalados con refranes pareados, la columna de J. J. quitó del panorama matinal al siempre horroroso aspecto de la esposa recién levantada, pues a los pitiqueños madrugadores les encantaba leerse tomando el desayuno que muchas veces se les atragantaba por los pies de fotografías que cotidianamente meaban fuera de la bacinica, asegurando que Veneranda Mézquita había sido bautizada en un desfile de modas, cositas así. El diario matutino de Pitic, fundado en los albores de la revolución por dos periodistas que jamás volvieron a repetirse por su ética profesional, había soportado

todas las predicciones de Nostradamus y las crisis económicas registradas en el manual de Tamames, desde el mercado de africanos hasta el resbaladizo asunto petrolífero pasando por el hotel con puertas de agua. Con zafarranchos sindicales que pasaron a la historia, y con su ideología firme y serena hasta que se inventó el subsidio oficial, la nave de la opinión pública seguía su rumbo hacia el utópico puerto de la libertad de prensa, cuarto poder y otras atrocidades. Había cambiado de dueño infinidad de veces, se había incendiado dos, fue víctima de la baraja y los dados y sufrió algunos atentados entre la vorágine de la revolución, pero sin izquierda ni derecha, ni liberales ni conservadores, su diario informar igualó a la tenacidad de los colonizadores croatas. Su circulación había sido tan precaria que muchas veces la gente encargaba su ejemplar particular, a precio de decálogo encuadrado en miel de abeja, no para saber lo que pasaba en el país vecino, sino más bien para no perder la sacrosanta manía de defecar con olor a tinta, hacer de vientre leyendo la prensa soporífera, origen del papel cagable: al llegar este momento, me siento a considerar, lo caro que está el sustento, y en lo que viene a parar. Por su departamento de redacción habían pasado desde chantajistas del oeste hasta intelectuales refugiados, o tipos que habían descubierto el filón de la haraganería respetada y respetable. De todo, como la columna que lanzó J. J. muchos sexenios después, columna de happening adulterado que inventó las expresiones: matemáticamente exacto, diametralmente opuesto, esfuerzo titánico y escena dantesca; ¡ah!, la popularidad, el estrellato:

VISTAS Y ENTREVISTAS

(Para leerse antes de misa de ocho)

EL JEFE del Ejecutivo, Lic. Jacinto López, emprenderá hoy su vigésimo viaje al extranjero llevando su doctrina, la doctrina de su innegable patriotismo, a países en vías del desengorro. Ya saben ustedes que el presidente López (hay un Nobel en su futuro) ha declarado, desde la más alta tribuna internacional, hasta las profundidades de las barricadas de Sinaloa, que el destino de nuestro país no está en la Reforma Agraria, ni en la Educación, sino en el definitivo desprendimiento de la sombra yanqui... POR ESO busca nuevos clientes para nuestras materias primas, frijoles por porcelanas japonesas, por ejemplo. El supremo jefe viajará acompañado por 40 miembros de su gabinete, varios periodistas personales, observadores de la iniciativa privada, en calidad de coleros, y los mariachis de Tecalitlán... ANTES DE abordar el jet presidencial, *Mártires de Tlatelolco*, el primer mandatario declaró a Jacobo que la muerte de Efraín Lara Calderón pasaría a su historia, sumada a los que cayeron en Corpus Christi y demás... NO DIGA que yo se lo dije pero en la visita que hará el presidente López al Santo Padre, ahora que los confesonarios han pasado a la historia, estarán presentes también distinguidos miembros de la PUP, páca-

telas!... PASANDO a otro género de negocios el ministro de Salubridad me dijo anoche, en cena de manteles largos, que las meretrices mayores de 18 años serán objeto de estudio psicológico, por si nuestro Ejército recurre también al Servicio de Visitadoras que tanto éxito tuvo y tiene en el Perú... Si ven ustedes al Ing. Porfirio (Piro) Rocha hablando solo y con una sonrisa de oreja a oreja, es que tiene toda la razón. Su esposa Alma Rosa de toda la vida dio luz ayer a una encantadora mujercita que será bautizada, ni más ni menos, por mi compadre y obispo Gilberto (Chiltepín) Valenzuela que, por cierto, en su pastoral del domingo apoyó mi punto de vista con respecto al control de la natalidad, ¿una necesidad o un buen pretexto? Como Su Santidad, pues, yo también aconsejo el llamado *ritmo*, plan ajustado por la naturaleza y la santa iglesia... LOS ESTUDIANTES mafufos de la Unison asistirán a un cónclave juvenil organizado por María Sabina y sus secuaces y como dijo el otro, no hay que ir... EL GOBERNADOR del Estado, César A. Barrios, se entrevistó con el jorocón de Recursos Hidráulicos. A su regreso, CAB me informó personalmente que el gobierno federal ve con muy buenos ojos la nueva modificación a la constitución estatal, en el sentido de que vuelva la vigencia de 35 años como edad mínima (y requisitoria) para aspirar a la candidatura oficial para gobernar... EN ESTE día, de Chonas y Chonos, vaya mi abrazo para doña Chonita (¿cómo sigues del hígado, viejita?) Murrieta; para Chon (Ojos que te vieron ir) Álvarez; Chonis Mac Naught;

Chonorio - (tortillas *La Malpapeada*) Pérez y otros. Todos que sean muy requetefelices tomando atole de péchitas envuelto en celofán... VISITA DISTINGUIDA a nuestro edificio de la dulce y encantadoramente guapa Flora Escalona del Río, organizadora de la tardeada del próximo baile Blanco y Negro pro jubilados cetemistas... EFEMÉRIDES: los dimes y diretes de los colegas son de mal gusto (según encuesta realizada en Monterrey), desorientan a la opinión pública y desprestigian el pensamiento liberal periodístico. Por eso a los perritos de la Veracruz no les devuelvo las ofensas, sus insultos supinos, aunque tenga que tragar polvo... DESDE Pasadena, esquina con Los Angeles, Calif., se reportan los lunamieleros Cayo Villaseñor y su Licha de lo mismo, disfrutando de la novedad del... sacramento. Y a falta de espacio no publico hoy fotografías, pero les recuerdo que mañana es Primer Viernes de mes, nunca está de más ir a confesarse. De todos modos, pórtense bien, paguen el rescate de sus secuestrados, consuman lo que el país exporta, no críen cuervos y tengan sus muy BUENOS DÍAS!

Diana que por entonces andaba caliente con la obsesión del what where who when and why, recortando a escondidas espectaculares fotos de las revistas que Sarah recibía del extranjero, para después inventarse los grandes reportajes que dejaban turulatos a los lectores del periódico mural escolar, comprendió las blasfemias de su padre hasta que

hubo ingresado en la Escuela de Periodismo. Cuando por casualidad o por aburrimiento Carlos II leía el diario de Pitic, sus exclamaciones se escuchaban hasta en catalán: en esta ciudad, hostia, todos los niños recién paridos son robustos, qué casualidad, y todas las putas novias tienen que llorar al llegar al sí, sí acepto, claro que quieres, chavala, si no no estarías como la que tiraron al barranco, te estás muriendo... ¿pero qué coño nos importa a nosotros? ¿es que no hay noticias de Oriente Medio? Allí, judía, donde tus paisanos se jodieron defendiendo la Bar Lev. Lo importante es cagarse en Cervantes, macho, y limpiarse con la academia. Recordaba con furia su adolescencia, y con nostalgia al viejo Joan Pla que tenía *La Vanguardia* injertada, un verdadero periodista, aquellos tiempos que ahora revive Diana, con su afán, con sus preguntas. El periodismo, Carlos, te era ingrato desde que tenías uso de razón. Allí tenías a tu padre, varias veces amenazado de muerte, amargado y rencoroso, escribiendo editoriales desorbitados en *La Humanitat*, y un poco más lejos, tenías a Jesucristo, el primer periodista sancionado por su propia iglesia, que escribió un solo artículo pero definitivo sobre el polvo de las losas del Templo de Jerusalén para defender a la mujer adúltera, fue condenado por los santones de la Ley que la juzgaban sin piedad, y te tenías a ti, Carlos, que lo dejaste para no acabar recitando: vivir fuera del presupuesto, es vivir en el error. Sin embargo, hija, vale la pena, si lo intentas con vocación y sacrificio; sin traicionar ni traicionarte. No es fácil ser buen periodista, aunque siempre será una aventura, una pasión, una misión que cumplir. Sentarse en todas las mesas, de todos los credos, de todas las ideologías, sin pasiones sin vergüen-

zas sin miedo. ¿Te acuerdas, Carlos, de las historias que te contaba el viejo Pla? Lo que realmente vale, aunque se trate de monedas de muy pequeño tamaño, es lo que el periódico reparte. Si la acuñación está bien lograda, si el talón es legítimo, entonces contribuye a aumentar el acervo cultural del país, aunque nadie pueda nombrar ni conozca al maestro que acuñó la calderilla. Entonces tenías... ¿once años, Carlos?

Creo que ya había cumplido los trece. Vivíamos en un pequeño piso, en la calle Fontanella, un barrio rodeado de árboles, plazas, jardines. Allí, un invierno de fuertes lluvias, de horribles tempestades que obligaron a cerrar el puerto, nació Nuria y Carlos I faltó a su trabajo por primera vez en su vida, allá en una fábrica de san Adrián: los tiempos no están como para dejar sola a tu madre, y un viento casi huracanado arrancaba árboles y derrumbaba anuncios en las Ramblas. Sin embargo, tu padre irradiaba felicidad, tu madre lloraba viéndolo como si fuera un niño, como si fuera otro dentro de tantos años, mientras que tú robabas sus pitillos para fumártelos con la panda, desafiando el viento: qué, ¿ya reventó tu madre?, cuenta, ¿qué has visto?; bueno no vi casi nada. Vi a Nuria envuelta en una gruesa manta blanca, no, no la vi, porque papá la sostenía en brazos, muy alto, y mamá estaba cansada de llorar. ¿Cómo nacen los chavalines?, cuenta, cuenta. Nuria llegó muy tarde, en silencio. La vecina se había disculpado, tenía que irse a un velatorio. Nuria había llegado húmeda pero resuelta, sin esperar a la comadrona, ¿cómo nacen, eh?, y tus amiguetes fumaban en aquella bajera frente a plaza Cataluña, en la plaza donde no había nadie. El viento resoplaba, cuenta, hombre,

parece que el tabaco te encogió la lengua, y las rodillas con roña se juntaban, te dolían de frío. De pronto pensaste en Nuria y sin soltar prenda saliste disparado a casa donde tu padre alzaba a Nuria hasta el techo, y tú no alcanzabas a verla. Por la escalera bajaban un ataúd. La contrariedad del muerto despertaría a tu hermana Nuria, la de la lluvia.

Mamá estuvo mucho tiempo en cama. Dejaba el lecho únicamente para atender a Nuria, despierta!, acunarla susurrándole suspiros. Mamá padecía de la columna y el médico de la fábrica, que de vez en cuando se detenía en casa cuando Carlos I estaba ausente, movía la cabeza negativamente y sin decir nada o poca cosa, cogía su maletín de cuero y se largaba apresuradamente: mi padre le llamaba esquirolo y otras lindezas, y Nuria no movía nada. Papá y yo comíamos sopa y huevos duros que nos hacía la vecina, para mamá verduras y queso, y para ti, Nuria, un castillo sobre la arena, cerca del mar, correteando tras las olas, aquel verano. Por las noches Carlos I garrapateaba papeles renegando en voz baja que si los cabrones boicoteaban el movimiento, menuda la puta que los parió. Las nubes se habían esfumado y la humedad se acomodó en los colchones de pesadillas: tu padre es rojillo, pícole el fondillo; es como un sol, pero tiene una leche!, y mamá me enseñó a Nuria que ya había bajado del techo: mira, Carlos, ya abre los ojos. Nuria, la de la lluvia.

El incómodo piso, despersonalizado por la intranquilidad de un temperamento hostil, cambió hasta en sus rincones. Primero aparecieron, como si siempre hubiesen estado allí, muñecas de felpa, de terciopelo. Después tiestos con flores, mantelitos

bordados que papá ensuciaba de tabaco y tinta subversiva. La tarde que te fuiste, Nuria, todo eso desapareció: aquí no quiero cortinas ni hostias; papá en aquel tiempo ya no fumaba, qué pena. Mamá se marchó también poco tiempo después y a mí me embarcaron a Italia: Barcelona estaba en manos de anarquistas. ¿El colegio? Lo habías dejado, desde lo de Nuria, y al viejo Pla lo habían asesinado. Joan, ¿qué tengo que saber para ser periodista? Había explotado una bomba, son ocho los muertos, son ocho, Nuria.

Tenías entonces, ¿dieciséis años? O más. Los jóvenes éramos como los viejos, todos asustados por la agitación y el desenfreno. La pasión llegaba al clímax y mamá encorvada con Nuria colgada del pecho, me rogaba con la mirada que no saliera a la calle, que no la dejara. Irás hasta Génova, hijo, allí te espera don Pedro Sabaté, el mismo tío que traficaba con armas y que vivió hasta su destierro con una hermosa gitana en Molins de Rey. Cuando llegué, judía, miraba tanto el mar que los párpados se me inundaron de arena, de la fina arena de Castelldefels donde la marea se tragaba los castillos. En Génova leí que el rey había dejado España, mientras que tu padre seguía arengando a la muchedumbre suicida, el flujo oscuro del odio. Ahora te saluda agitando su pañuelo: no; no era el mismo el que te esperaba en Veracruz haciendo señales desde el muelle. El viejo no los reconocía pero continuaba moviendo su derrota, y tú, judía, depositaste en él la desesperanza: ante sus amenazas huirán; se aterrorizarán al sonido de su voz. Hitler también se había suicidado.

No todo era color de rosa como las páginas de sociales del diario local. La ciudad, creadora de su

loco destino, no podía frenar el desarrollo económico unilateral respaldado por la industria turística, inagotable fuente de divisas y concesiones gracias a la frontera tan elástica con Usa. Con capitales extranjeros y nacionales, camuflados los primeros y vitalizados teatralmente los segundos, con nombres falsos y apellidos alquilados, el cielo diáfano estorbó muy pronto a las embravecidas chimeneas textileras que a falta de estética llenaron la atmósfera de dólares ahumados. Surgían, en baldíos desocupados y casas derrumbadas por el olvido, licorerías y curios shop en donde la gringada podía adquirir desde un tonel de tequila hasta un legítimo sombrero de Pancho Villa con agujeros de balas y todo, pasando por tenderetes de rebozos de bolita, huaraches automáticos, piñatas de cuatro puntas y pulseras, anillos y pendientes de plata labrada, y por las mesitas donde al aire libre se servían antojitos gastronómicos que los extranjeros engullían con cara de héroes, y por donde circulaba la mary jane tamaño familiar. Las calles del centro de la ciudad que se habían pavimentado con brea de tercera clase, parecían pantanos con los rigurosos rayos de sol de julio y agosto, una verdadera lava estancada, de tal manera que las ruedas de los coches muchas veces se quedaban adheridas al vil asfalto, provocando un grave problema de circulación. Se instalaron entonces los estacionómetros, unos aparatos inservibles que medían el parking público cuando les daba en gana, ya que con el calor las monedas se diluían en su maquiavélico mecanismo, y no había nada que hacer. A los lados de la carretera internacional, plagada de anuncios y recomendaciones financieras, los que iban o venían de Usa, según el rumbo de la perrada, podían ad-

mirar docenas de moteles y cabañas estilo colonial, todas con swimming pool, con piano bar, cactus de plástico y camas para lo que sea. Eran unas edificaciones aerodinámicas con clima polar, lugar de infidelidades, centro del cachondeo padre a la luz de una vela, escuchando a la cantante de moda. El clima artificial se hizo tan indispensable como el whisky de las seis de la tarde, ya que los equipos de aire climatizado eran importados avalados por el contrabando y resultaban más económicos que los abanicos de cartón o los negros cleopátricos. Ante el reluciente porvenir, donde todos vendían de todo hasta el momento en que nadie necesitaba nada, las empresas constructoras amenazaron con paralizar las actividades si continuaba el profundo malestar por falta de la mano de obra. Entonces se acordaron de que el desempleo existía y el diario de Pitic, inspirado en su expansión moral, reflejó en la nota roja las estériles actividades de los marginados por una sociedad que celebraba, con rebajas y ofertas, la muerte del guerrillero Lucio Cabañas, asesinado por veinte mil soldados pagados y adiestrados por la CIA, vía Rabasa.

Para que no olvidaran su lacra, para que los lectores de *Vistas y Entrevistas* fueran conscientes de su superioridad humana, el matutino local subvencionó al hampa de brazos caídos, y ante el reportero especializado fueron contando, uno a uno, los motivos de sus raterías, sus violaciones y sus asesinatos, bien por la inmunidad del columnista o por simples delirios publicitarios a lo Papillón. El sensacionalismo y la morbosidad de la sección policíaca, dirigida por un reportero complicado en un escándalo de tipo fiscal, eran literalmente devorados por los lectores de antes de la misa de ocho, que

se comían las uñas y se mordían un huevo comentando los navajazos que había recibido Tomás, el carnicero, para ser despojado de catorce pesos de filetes de ternera, o como Enrique Enricón Enriquez, había perdido su virginidad en una noche por andar husmeando en garitos donde no tendría que husmear nadie que tuviera esposa y televisión. Era obvio que en Pitic también había pobreza, pero ni se notaba, con tanto mármol de Carrara y palmeras de Palm Beach. Cuando la iniciativa privada recurrió a ellos, pues las mansiones estaban a medio terminar, las piscinas sin pintar y los techos sin fraguar, los desarrapados exigieron salario mínimo, seguro social, vacaciones y una horita para cachetear la almohada después del almuerzo. Fue inútil: sus pretensiones cayeron en las arenas movedizas, donde los indios mobiloil hacían canastas de mimbre para vender a los beduinos que cruzaban las dunas en sus descapotables rojos. Entonces el reportero del crimen tuvo que coger un ayudante, ya que se desató en Pitic tal ola de violencia que el presidente Usa ofreció a los marines de la VI Flota que por entonces andaban dándole a la paternidad muy cerca de los altos del Golán.

A Sarah Rostiers Pierloni el periodismo local le divertía tanto que muchas veces prefirió el diario a la televisión, aun cuando la pantalla chica anunciaba el show de Ed Sullivan con los últimos chistes y chismorreos de la Casa Blanca. No es que encontrara en sus páginas la burla que necesitaba para rebatir el desprecio que los pitiqueños sentían por ella y su religión, sino por llano pasatiempo ajeno a la malicia. Sin embargo se horrorizaba de las deidades de la opinión pública que, desde pedestales inalcanzables, partían y repartían virtudes, negaban

o afirmaban la individualidad y los derechos del hombre. A este paso, Carlos, tendré que incluirlos en las oraciones del Yom Kippur, pues a los profesionales de la pluma sólo el arrepentimiento judío podía salvarlos. Antes de que las hordas salvajes asaltaran las paradisíacas terrazas del Campestre, el obispo pronunció una homilía citando cuatro veces Sodoma and Gomorra y las pinches estatuas de sal; el comandante de la policía anunció refuerzos con sicarios del kungfú y el delegado de Salubridad ordenó tener un cordón sanitario para debilitar la epidemia criminal, pero tampoco surtió efecto: las brigadas de Atila empezaron por boicotear burdeles y terminaron secuestrando lo secuestrable, hasta que Cleodomira Botellita Pablos dejó la botella y dijo: denles trabajo y todo lo que pidan, y así no habrá tanto huevón en el mundo. Cuando Julio Escalona del Río leyó en la prensa las declaraciones de su mujer, intentó también ponerse las botas para lograr un aumento en su mensualidad, con la inflación no me alcanza ni para tulipanes, pero no llegó ni al segundo acto: tú, amor, ni a huevón llegas, ya que por entonces te estaban poniendo los cuernos precisamente junto a las estatuas de sal, Julito.

La relegada cronista popis, que vomitaba letras cursivas cuando por su escritorio pasaba casualmente una reseña macabra ilustrada con vísceras burbujeantes, no se resignaba a quedarse en plato de segunda mesa apocada y opacada por J. J. preferido. Con la ayuda de la alcaldesa que en aquellos días andaba como gallina clueca organizando un baile pro penes encogidos por el terrorismo regional, el Duende Indiscreto se apareció hasta en las maquinillas de afeitar de los próstata diners y en

los estuches cheyene de las lindas debutantes de la arboleda. Nunca estuvo María Cristina mejor informada y jamás su influencia fue tan decisiva como entonces: no la habían olvidado, el handicap aminoraba, y feliz de su reencarnación periodística, les dio a sus adjetivos una nueva razón de ser. Con las armas que año tras año había perfeccionado y con el coraje de un kamikaze occidentalizado, María Cristina combatió y venció al enemigo común, dividiéndose los fans de ambos columnistas en imbéciles e himbéciles. J. J. no luchó mucho y había bajado la guardia: entonces andaba como radar humano captando ondas políticas ya que la campaña presidencial estaba en remojo y los tips tenían que ser ahora a nivel ejecutivo. Por haber cerrado la boca cuando recibió la consigna y por haberla abierto en los momentos de demagogia electoral, obtuvo el grado de celestino honorario del club de los 60 y la concesión para explotar una editora en bancarota: lo he conseguido! En cuatrocientas noventa y dos columnas, lo había conseguido! Para festejar su retirada de la sección de sociales, María Cristina se sublimó y escribió una de sus mejores crónicas nupciales que ojos humanos hayan tenido la fortuna de leer:

CHIKIS PFITZNER, BELLA NOVIA
DE PRIMAVERA... 6 columnas

El sol dejaba caer sus rayos verticales, cuando la encantadora Chikis Pfitzner y Pérez sonrió a la nueva vida, a la primavera de su amor y a la alegría de su corazón. Y era precisamente la conjunción de Venus y Saturno, cuan-

do vestida de albo traje descendía, escalón por escalón, hasta donde la esperaba la mano morena y fuerte de su amado.

El impaciente novio, doctor Victoriano Eugenio Alimón, con la mirada perdida de emoción, la esperaba al pie del cañón, salón chipendale de la Fam. Pfitzner y Pérez, una de las estirpes más prominentes y distinguidas de nuestra región pitiqueña.

Las mariposas de Mauricio Babilonia y los pájaros de sietesuelas trinaban enviando su sinfonía de amor en honor de la hermosa Chikis, que lucía esplendoroso vestido de encaje *chantilly*, bordado con lágrimas de la Macarena, diseñado en el establo real de la princesa Ana por el inmortal maestro lord Hamilton (de Boston). La cauda de nueve metros, inspiración de Salvador Dalí, estaba bordada con madréporas naturales a punto de caramelo.

Contemplando extasiados la aparición sublime de la Chikis, sus padres, Ralph Pfitzner y Petra Pérez de Pfitzner, se echaron a llorar antes de entregarla al hombre a quien pronto llamarían hijo, hijo, ya estás en la nómina.

El novio vestía sobrio chaqué y sus manos estaban masculinamente envueltas por guantes blanquísimos. A las once y media de la mañana, cuando los pajaritos entonaban la serenata de Schubert, Chikis y Victoriano Eugenio se posaron ante el altar mayor donde los esperaba el arzobispo coadjutor de Pitic, monseñor Chiltepín Valenzuela.

Los señores Pfitzner y Pérez, padrinos de velación, mientras que los señores Alimón, bla, bla, bla...

CUANDO DIANA

hubo terminado a duras penas el bachillerato, después de haber conocido cómo en 1882 la antigua Villa Hermosillo cambió su nombre por el de Pitic para honrar al teniente coronel Leandro Pitic, auténtico insurgente que con su ejército defendió a los primeros colonizadores del desierto, llegaron las vacaciones grandes, las temperaturas juveniles, las aventuras Ripley: la secretaria de Salubridad y Asistencia recomienda mucha sal en sus alimentos, la muerte por deshidratación se levantaba ya con los primeros calores. Nunca sufrió la ciudad tan voraz incendio terrestre y jamás volvió a repetirse tan apocalíptica crueldad del sol. Sofocantes, pesadas y melancólicas transcurrían las horas veraniegas y cuando los pitiqueños salían de sus madrigueras, ya de noche, el vapor lunar les recordaba que el viento estaba de luto y las perspectivas de lluvia derretidas hasta nuevo aviso: otro amanecer y un nuevo bochorno seco y apagado. Pero no perdían la esperanza y salvo suicidios colectivos en sudor hirviente, éxodo masivo hacia valles y montañas y borracheras de sol de mediodía, los pitiqueños aguantaron vara y le sacaron dinero a la maldición, como siempre: los descendientes de italianos, arrancándose pelos de los sobacos a lo

Domenico Modugno, comerciaron con el hielo revuelto con confituras de azúcar y frutas tropicales: los raspados, unos vasos enormes llenos de hielo triturado que dieron origen a los helados y a la nieve de chorro con chocolate congelado. Otros, los belgas desbelgados, vendían aguas de sandía, melón, papaya y tamarindo, que después perfeccionaron en jugos de piña, de tomate y limonadas de diferentes tipos. Así se refrescaban la barriga y hacían circular la moneda, pues entre las costumbres sagradas, tanto o más que la misa de ocho, se contaba la del culto a la tardecita con un buen vaso de hielo con sabor a fresa, plátano o vainilla. Cuando se anunciaba el cotorreo vespertino cagándose en el calor con letreros: the best ice cream o la meilleure glacé, llegó un señor muy inflado en sus propias ropas que había inventado el aire polar personal, un complicado sistema de mangueritas que ramificadas por todo el cuerpo despedían temperaturas nórdicas con termostato y olor a pino. Los de la alta braga las compraron por docenas y se las ponían cuando por necesidad tenían que dejar sus igloos artificiales, y parecían astronautas toditos hinchados por el vientillo circuito cerrado. La cosa degeneró a causa del motorcito del cacharro, ya que algunos se lo colocaban en la copa del sombrero, otros en las bolsas de mano, pero los más ingenuos se lo metieron en el culo y además de los deshidratados y suicidados por la furia estival, sumáronse los viciosos que murieron por corto circuito anal, produciendo en su fría agonía cubitos de hielo cargados de mierda.

Diana deshojaba el verano con todos sus picarescos incentivos y preparaba la realización de su vocación: Carlos, Sarah, voy a estudiar periodismo,

y tu entusiasmo era sincero, noble, desde que publicabas un periódico manuscrito con noticias del ghetto pitiqueño: cuando sea periodista voy a aniquilar a los off set en la salsa de su servidumbre. Recordaste a 52 grados a la sombra tu vida escolar pavorosa y... ¿periodismo? pero si en la primaria contabas con los dedos para sacar a flote la suma o la resta, jamás aprendiste el desarrollo del más elemental de los quebrados, ni a descifrar el misterio de una flaca división y menos razonar con el planteamiento de una monstruosa raíz cuadrada, qué manera de complicarse la existencia. No llegaste, judía, ni a la tabla del nueve no por falta de trucos pedagógicos sino porque el ciclo escolar no era eterno: ¿tres por nueve?: 27, y ¿nueve por tres?, te digo que ésa no me la sé. Llorabas por tu inutilidad, te perseguían hasta en sueños los maestros que te ordenaban pasar a la pizarra para resolver cuántas manzanas le quedaban a Pepe, si se comió catorce en el camino, le robaron once y le regalaron cinco docenas, tomando en cuenta que Juan se las vendió a dos pesos cada una, más diez centavos de impuestos, por manzana, corazón, y las pesadillas justas y exactas te enseñaron a montar los primeros teatros, a desajustar la realidad, a aumentar tu incapacidad y declararte no retrasada mental, pero sí mensual, amor. Te expansionabas cuando veías calculadoras y sumadoras olivetti, jauja de idiotas, consolador de consuelos, y dirigiendo un periódico mural con fotografías de revistas extranjeras que Sarah recibía cada luna nueva, inventándote unos pies de grabado que se los creía hasta el director: en Arabia Saudita cortarán la cabeza al súbdito que tenga menos de doce mujeres, claro que habrá muchos decapitados, y tus piernas se alargaron tanto

que te decían Cebollona, y los huesos, herencia de una travesía de aguas planetarias por la magia del amor, hicieron su aparición con signos que ignorabas: tetillas reventonas, esternón que las devora; nalguitas adolescentes, pelvis que se las traga; barbilla sacacorchos, y unos ojos tan claros que parecían sonatas en la menor para piano, de Chopin.

Te hartaste al primer semestre, qué burdel santo Dios. El periodista nace no se hace, pero aquí todos vegetan en la mierda de la teoría: yo quiero ser periodista para escribir de lo que ignoro, así me entienden menos. Decepcionada de compañeros y maestros, periodiqueros que habían vendido no sólo su alma, que en última instancia siempre está en venta, sino su propia libertad, su respeto, su yo existo, luego dudo; sufriste, judía inmadura, por la plaga de micos, futuros colegas de ansia total de totalizar las ansias, niñas despersonalizadas y muchachos idiotizados por jesuitas. Sufriste pero supiste callar y seguir en la milonga por no darle preocupaciones a Sarah que por aquella época padecía unos ataques muy parecidos a los suspiros matinales: se acabó el viaje, Carlos, pero recuerda que besé tu mentón frente al Pireo, hasta que una noche se te ocurrió escribir un cuento tan largo que aún no lo terminas porque no sabes dónde y cómo viene el desenlace, surgiendo la pregunta, la inevitable cuestión, ya que el cuento había nacido en una terraza que no existía, que jamás había existido en el Campestre de donde partía la neurosis: ¿por qué escribo? Por indignación, por piedad, por nostalgia; por descubrir, conocer algo que la escritura revela y no el pensamiento; por lograr una bella frase; por volver memorable lo efímero, por la sorpresa de ver surgir un mundo del encadenamiento de sig-

nos convencionales; por liberarme de tensiones, depresiones, inhibiciones, porque es lo único que me gusta hacer.

¿Eres virgen, judía? Pitic no vale la pena, Paco: los campos de algodón se esfumarán, los campesinos desaparecerán. Nuestros hombres, Paco, esos que heredaron la tierra de papel, los dejo por París, los dejo porque ellos mismos se han abandonado en el tremedal de su pobreza, en el remolino de la ignorancia, por la estupidez oficial. Los dejo... aunque si surgiera una sola voz, la voz ronca de la justicia, me quedaría sembrada eternamente en las barricadas de algodón, entre las bayonetas de trigo y maíz, con la fuerza del agua que corre desahogada por los surcos de la tierra, pedazo de corridos, de pasiones, de quimeras. Tierra de los que tienen hambre, de los que saben llorar. Es increíble pero cuando llego a las letras fatales, la pluma retrocede: una prohibición implacable me cierra el paso. Mi virginidad es de tierra.

¿Virgen? El editor trató de suprimir la interrogación, buena defensa, te quería seducir: yo te he dado el premio, pero yo no tengo nada que me seduzcan no soy artículo seducible, viejo verde, le gustan esqueléticas, con cara de buzón, la carne para el cocido, de esas que hacen miau en el espasmo con el hocico sangrando. En aquella ocasión tuviste suerte, judía. Defendiste lo tuyo no por honra sino por asco: te coges solo o te la revuelcas con la izquierda, desgraciado! Eres una hermosa muchacha, Diana, una bonita y lista muchacha, de modo que esperaré, te juro que volverás porque la novela es un fraude y me necesitarás. ¿De verdad, J. J.? Pues contra todas las opiniones, seré una gran escritora: me juego los ovarios, mi orgullo, y el pre-

mio no me lo ha regalado nadie, es parte del sueño: J. J. vio cómo se alejaba, se le iba, y pensó que jamás la poseería por un misterio que no lograba descifrar. Antes de preparar el cheque Ciudad Pitic, y con esto se larga a Francia donde otros gozarán de sus huesos, decidió echarle una ojeada a la novela galardonada, sin olvidar que la consigna de los 60 había sido terminante: el premio para la sobrina de don Julio que, querámoslo o no, es una Pablos. Diana se alejaba sin poder avanzar, como si sus palabras fuesen anclas en el fondo de una sábana vacía, la verdad estaba descorriéndose y Paco no aparecía por ninguna parte.

Sesión de los juevísimos jueves del club de los 60, caballeros de Colón. Cena de negocios donde se maneja la política local combinada con la ruta de la iniciativa privada, con la camaradería y los efectos del alcohol: a mi secretaria le baja el día 28: cuánta mosca hay esta mañana, señorita Silva, y los viejos pitopáusicos manipulaban desde allí las honras ajenas, la bancarrota premeditaba, la fuga de impuestos, despabila, amor, y a la hora de elegir gobernantes eran llamados al cónclave del partido: nuestra buena lana nos cuesta montar el teatro, y el doctor Cervantes engaña a su mujer con la vieja del teniente Sauza, y la Elsa tiene nuevas chavalas Piccadilly Circus, por los precios. Allí se recibían informaciones socioeconómicas de la banca nacional e internacional, y los jueves primeros de cada mes, cuando los visitaba monseñor Valenzuela, discutían acaloradamente las obras de Pitic, entre maquetas de moralidad dudosa, donde la zona de la mendicidad estaba pintada de rojo, con piojos y sarna; y de azul los puntos álgidos donde se habían cometido los últimos estupros, violaciones,

asesinatos y otros desagradables asuntos, ¿un poco más de champán, monseñor?: y es que hacen falta tantas cosas, hijitos; el seminario necesita aire acondicionado para la conversión del alma, y cuando el viejo desaparecía llevándose el donativo del mes, salían a relucir las tarjetas, algunas tan manoseadas que pasaron a la división de las fotostáticas. Eran las fichas confeccionadas por J. J. editor, toda una organización al servicio de la patria, un verdadero alarde de elegancia y discreción, no como en el Reino Unido de lores maricones y, para colmo, imprudentes.

CAMPESTRE

Información exclusiva para socios del club de los 60
(TOP SECRET!) Ficha: 34/cz7.

Nombre de guerra: Manuela Clara Bustillo,
(a) Claris.

Edad declarada: ni menos de 23 ni más de 45 años.

Profesión u oficio: Public Relations.

OBSERVACIONES: Muy confanzuda: date prisa, vejete, o se te cierra la tienda, aunque prefiero a los viejos chochos como you, así tengo tiempo de hacerme la manicura. Muy descarada pero tiene grandes ventajas: rosquetera, mamflora, perdigona, con perrito; a lo princeton, con kilimanjaro, untado con nebraska y golfo de california.

Horas disponibles: según oferta.

Lugar: El Retiro.

Especialidades y técnicas (ver detalles al reverso).

Tarifas: de 800 a 2 000 pesos (depende).

Anexo fotografía. Teléfono en la gerencia. Revisión médica.

En aquella cena tuvieron que hacerse de la vista gorda: Dianita, Julio, merece el premio, y la votación fue unánime. Pitic tiene una nueva artista, qué aburrimiento, como si los judíos agradecieran lo que uno hace por ellos. En dos minutos se leyó el orden del día, la cena se está enfriando, ¿sabías que el partido expulsó al Lic. Peralta? Te lo dije: no se puede descuidar uno porque te pasa el watergate a navaja, y los dueños de la ciudad, los amos del Campestre, se guardaban su ficha, no se admiten reclamaciones ni devoluciones, s.v.p.

Diana Pablos Rostiers nula en física y química, sobresaliente en *Platero y Yo*, la prosa que te embelesó desde el mundo de tus primeras letras, la adolescente superdotada: su corazón es un laúd suspendido; apenas lo tocan suena, la hija de los siete mares, de las siete llamas, cayó en su propia trampa: tu superioridad, judía, es aborrecible. Hija única de hebrea y catalán nacida exclusivamente para inventar, morir, alterar y reencarnar la hipocresía, fue capturada por la red, su propia red de represiones. Diana. Pablos. Rostiers. Escritora, privilegiada, callada, femenina, astuta, con la cruz de su juventud traumatizada: aquí no queremos judíos, bastarda, había sido alcanzada por la palabra, ser viviente y destructor, que como las personas defienden su abolengo y su honradez: aprended a hablar del pueblo, no del pueblo vano que congregáis en torno a vuestras palabras vacías, sino del que se forma en la sencillez de la vida. Te condenaron ellas, las palabras; te condenaron a vivir en el ocaso, y sabías que ni David, quien obsesivamente gritaba a Dios para desmentir tercamente el triunfo de la muerte, acudiría en tu auxilio. Ninguna complacencia para los muertos, encarnar la re-

beldía de la vida contra la muerte que nos parece inevitable. ¿No es fidelidad de la vida tomar un desierto árido y convertirlo en vergel? ¿Acaso Te alaban los muertos? Inscríbenos en el libro de la vida. Todo era inútil, estabas enterrada, estrangulada por la palabra que traicionaste.

Lo ganaste a pulso. Hasta las calumnias. Te lo advertí siempre: escribe, no distorsiones las ideas, y delirabas condenada creyendo que Sarah y Carlos formaban parte de la perrada que te perseguía: la pira, la hoguera. Llevabas huesos valorados por mis huesos, y el hijo no llevará sobre mí la iniquidad del padre, ni el padre la del hijo, mientras el herrero forjaba los clavos y el carpintero tallaba la cruz. Pitic, convertido en el estercolero más grande del universo, pedía venganza; la blasfemia carnal estaba al aire como los moscardones de agosto. Pitic, donde habías repartido intimidades a discreción; no habías dejado sobre el desierto ninguna explicación sensata por tu odio mitológico, y habías deseado tanto encender la mecha, que nunca pensaste, antes de que te arrojaran la primera piedra, que el deseo es una pregunta cuya respuesta no existe. Pero tengo esperanzas, judía, de que no faltarán labios y corazones que añadan a las palabras rituales una oración. Le pedirán a Dios, no por generosidad, sino por amor a los muertos, que borre y perdone tu ultraje a la Palabra. Será cuando las mujeres y los hombres de Pitic, que aún duermen con la pesadilla de tu genocidio, dejarán de ser venganzas inútiles para convertirse en semillas de vida, la vida que les robaste, judía. Una y otra vez serán el eterno grito, el ensordecedor alarido hebreo: Jayim, ¡viva la vida!, y dejarás de ser perseguida. Imposible: el Muro de las Lamentacio-

nes aquí no existe. Ibas camino al Gólgota, caminabas hacia el castigo descalza y envuelta en una enorme túnica blanca, como una vieja y cansada nostalgia que te sacrificaba, que te clavaría la lanza llegada la hora sexta.

CARLOS I CUBIERTO

de arrugas separadas por la rigidez de la calvicie, encontró la muerte mientras meditaba en ella. Sucedió esperadamente, en forma magnánima, ya que el viejo tuvo la oportunidad de blasfemar agónicamente dos días, los suficientes para que el exiliado entregara su alma a los republicanos sueños del consumo. México se quedó contigo, con el resto de tus años, con la enfermedad silenciosa y con la nostalgia catalana palpitando en tu existencia. Se fue al vacío tal y como vino de la incógnita: leal a sus ideales, sincero de corazón. Se fue mastichando descabellados proyectos inspirados en quimeras de última hora: con razón perdimos la guerra; con tanto mariconcete discutiendo al mismo tiempo, no podíamos ganar! Su cuerpo fue sepultado en el Panteón Francés no por lujo sino por el capricho moribundo que se aburguesó al final. Carlos II y Sarah llegaron tarde al funeral republicano, corbatas negras, torcidas. México se quedó contigo, con tu pellejo, y el epitafio voló hasta la otra orilla, dio con el resplandor del Mediterráneo y se detuvo en Castelldefels, en los castillos de Nuria, tu hija. La otra sustancia, la sin nombre, se quedó entre el filo de la tierra y el borde del mar, mientras que los restos mortales continuaban soportando el olor

a difunto y el macabro perfume de cuatro o cinco coronas que inexplicablemente te enviaron algunos catalanes y vascos renegados, aguardando la putrefacción y de ninguna forma sentencias de justos a la derecha y pecadores a la izquierda, ya que Carlos Pablos I cuidó muy bien de su herencia física y espiritual entregándose exclusivamente a la tierra, y a Dios que le vaya bien.

La resaca de la ausencia de aquella ciudad que los vio alejarse atraídos por los espejismos del desierto, amortiguó el dolor de ver aquel cuerpo crispado, ennegrecido y con los ojos cerrados de rabia. El regreso a la ciudad de México provocó añoranzas fermentadas y, después de observar las flores desconocidas que cubrían la losa transparente, la pareja volvió a navegar en las aguas del ruido de aquel primero de mayo: el cuervo con tanta pluma / no se pudo mantener / yo que ni huaraches traigo / tengo querida y mujer. Realizaron el peregrinar abstracto y sentimental, una motivación casi extraterrestre y vertiginosa que superó a la del pasado. En Pitic, la ciudad defecada por el chisme, habían fertilizado su unión con la sabiduría del corazón, y si la imbecilidad pitiqueña los hubiera regresado al puerto de desembarco, entrarían nuevamente al camarote de luz roja, al alta mar, húmeda la espalda, romana infancia. Volviste, Sarah, a revisar tu vida como sonámbula en pena y tu juventud se tornó intocable, estoica, esquelética y fragante, respirando sobre la superficie del presente. Del ¿recuerdas? Entera y completa, desafiando la sombra del muerto, retando a la fuerza centrífuga de tu sangre, entre aquellos laberintos legendarios, ciudadelas sepultadas por civilizaciones de hormigón, donde los dioses te acechan queriendo

aniquilar tu pensamiento, donde trasgos, con cuchillos de obsidiana, pretendían decapitar tus visiones, fantasmas de indios embriagados, aparecidos en pleno mediodía. Desenfundaste el enigma a la intemperie y las fuerzas chocaron produciendo un requiebro sísmico de ternura que te ayudó a aceptar el pasado de las amarillentas hojas del calendario: en la confusión de fechas traspuestas por los besos y las mismas miradas desnudas y suplicantes.

Fue al cuarto mes de embarazo cuando tu figura embelleció tanto que Carlos besaba tu cepillo de dientes: de todas las aguas, me quedo con las de Madagascar y vomitaste a escondidas cuando la trotamunda nave hundía su vientre en el mar, su nervio ansioso en la carne abierta. Pálida y seráfica, esperando la unión de la razón y la razón del deseo y el deseo del éxtasis y el éxtasis del placer de la unión esperada, con el estómago revuelto y el hígado bufando líquidos verdosos en ayunas, medio cadáver de tanto contar las cosas que caían sin tocar el suelo, sin moverse de aquel diminuto camarote de botella pirata, Carlos fumaba dedos encendidos tratando de calmar el toc toc de su corazón lácteo y el silbido de los labios secos. Las puntas de los senos desenmarcaron el malestar de virgen que se hundía y él sintió la carne muda frente al olor de gaviotas asustadas. Las rodillas ligeras aprisionaron la cintura masculina y sin poderse ver los rostros por el vaivén de las retinas, desdoblaron el secreto juntos y se comunicaron por el hueco de los poros: perdóname pero tengo el estómago revuelto. La señora de Carlos II seguía vomitando a mares.

Cero cartas cero recados. Nada de díganle esto

o. aquello a mi hijo que vive en Pitic. Años antes, vestido con lino en el muelle veracruzano, se lo había dicho todo: Carlos, ésta es una mujer y lo demás pamplinas: gracias, padre. El anciano, que exageró su edad para despistar a la ancianidad misma, dejó solamente y a la torera, algunos libros dedicados por León Felipe, cuando un poeta español no muere en España, viejos manuales de anarquismo y varios calmantes para la soledad. Se extinguió demandando y exigiendo, en una confusa letanía viciosa, en un mundo construido por sueños infantiles, por niños eternos, ya que estaba convencido de que esa edad era la más peligrosa para corromper el alma a niños temporales. Diana se parece a. Padre, la niña ya tiene ocho años, cómo transcurre el tiempo, y en la costa los rapaces se bañaban con camisones largos en aquel verano de Nuria mascarada, el presidente Azaña había entregado el equipo, y las leandras lo mandaban decir todo a Victoria Kent, que lo que's a mí, no ha nacido quién.

Se despidieron para siempre y lo dejaron, bajo un sol impertinente, reposando en el distinguido camposanto, donde el destierro organizaba concursos de causas perdidas para fastidiar a los enterrados. Quizá ahora soñaba con la paz que lo llevó a la tumba, con esa tranquilidad de la meditación que no tenía caso, pues la mortaja de Carlos I se había tejido con fibras de retórica y dialéctica: no sólo merecíamos perder la guerra, sino el desquite eterno! Y enfriado por tiempos viscosos en el espacio clandestino de vísperas tardías, el cuerpo quedó entre rosas patas arriba y lirios boca abajo, destruyendo la sublimidad requerida, y si Carlos I hubiese podido sentir el florilegio que subía

al cielo en vapores de catorce olores distintos, hubiera vuelto a morir de rabia al comprobar que el desperdicio de la belleza es humano y las ofrendas florales la última putada al difunto.

Melancólica recorriste con la mirada los callejones de cipreses que dibujaban confidencias. En la ciudad de mármoles, donde la nada es la verdadera puerta del desemboque, el paso irreductible del silencio, los nombres y las fechas se pegaban al RIP, que buena falta les hace. Los cementerios mexicanos, pensaste con anzuelos imaginarios que se incrustaban entre cal y piedra, parecen hormigueros invernales; cuevas de escarabajos fúnebres, ratas mortuorias, un tropel de murciélagos telúricos acongojados por la incomodidad del viaje ahora, pague después. Pueblo de porcelanas opacas y desinfladas: Herman Göring, muerte en la horca, Joachim von Ribbentrop, muerte en la horca, y alargaste tus pasos para correr tras el viento que se llevaba tus cabellos. Dejaste a Carlos I frente a su hijo, en una soledad encajada en otra más profunda, y recordaste un poema de Maragall que no conocías entero, ya que te faltaba dar vuelta a la página y regresar a la horca, a los ahorcados, a su sitio.

Fue una estancia embriagadora ganada por la nostalgia. Los días en la capital fueron acortándose para que pudieras empaquetarlos, judía. Volvieron a Chapultepec, bosque de nevados preservativos dominicales, donde Diana vio por tu ombligo el primer chimpancé, no te vayas a sugerir, cariño. Al Zócalo donde continuaban (y continúan) las si-

glas impresas en mantas blancas: CTM, PAN, IP-PRI, y donde Carlos II te explicó lo de los templos aztecas: donde dice tome pepsi-cola, sacrificaban a las doncellas antes de que nosotros llegásemos. A pesar por Xochimilco con chalupas mondadientes tapizadas de flores con refranes vernáculos: con pen-dejos ni a bañarse, porque hasta el jabón se pier-de, miles y miles de rosas silvestres; por san Juan de Letrán, donde casi se matan por vendernos un diccionario de segunda mano, un tumbaburros que no nos sirvió de nada, nos chingaron. Después, cuando Diana ingresó al parvulario con su jerga estrambólica de chichicuaranéjaro, nos acordamos de la revoltura lingüística: de ahora en adelante, Sarah, hablaremos lo que el país produce, practicando el inglés sólo en las traducciones pagadas y el italiano para hacernos el amor, subir y bajar, súbito, subir y bajar, prego.

Diana vivió sus primeros años en la Colonia de los Doctores: que si el primer diente para el ratoncito pinche, un peso. Entonces trabajabas como redactor en *El Universal* y para ayudarte a comer con manteca vendías publicidad: el tiempo es oro y lo estamos malgastando, ahorre economizando, tonto el que lo lea y guerra a la falluca. También escribías aquella columna dedicada a la colonia española: don Jordi Puig Roura, renombrado músico catalán, grabará en México La Santa Espina, de Enric Morera, para festejar el aniversario de la República Española, pero lo dejaste pitando, eran muchas las presiones, el fuego latente. Estabas tan cansado de rastrear tu pluma, de luchar a diario por la verdad, que cuando apareció tu prima Cleodomira, dejaste que te bajara el cielo y las estrellas. Aquella prima fantasma que heredó tantos millones que se había

comprado desierto y medio con indios on the rocks y cactus reversibles, que se había conseguido un medio marido en las termópilas de Nueva York y que había ordenado construir un club para nuevos ricos, esos que comen en vajillas de acero inolvidable. Cleodomira Escalona del Río, con sifón, hija del tío que escogió Usa para su destierro y de tu tía que le decían la verbenera, por las castañas que se colocaba en la fiesta de san Juan. Cleodomira que te ofreció un empleo cuando no sabía aquello de adoro tu sábado.

De todas formas Pitic valía la pena. Y con cuatro maletas y mil y pico de pesos ahorrados por Sarah malabarista, recorrieron en un tren pestilente pero propiedad de la nación, casi tres mil kilómetros y cinco mil estaciones: quesadillas, tacos de carne, quesadillas. Próxima parada, el infierno: ni tanto, pero sí. Mayo terminaba y con él ladraba la canícula, temperaturas introvertidas que los gringos aprovechaban para masturbarse. La esquina más caliente del mundo, allá donde se juntan las orillas de Hades, estaba clavada a la tierra por flechas que cruzaban el cielo incendiándolo todo a su paso, mientras las lagartijas del polvo tendían su modorra pusilánime. Cuando llegaron a Pitic, pueblo drogado por las ínfulas de los infulosos carrier, lo primero que se les ocurrió fue morir de vergüenza. La tal Cleo, dipsómana consumada y convaleciente de cuatro ataques sucesivos de furor uterino, había descubierto la herencia del Pueblo Elegido, y los mandó por donde vinieron los reyes magos, al oriente de la mierda. Irse por ese camino era lo de menos, si no hubieran escuchado otras lindezas y el llanto de Diana, tan ronco, que vomitaba polvo. Se perdieron cogiéndose de los rayos de sol para no caerse,

y después de las mil tantas pudieron alquilar dos habitaciones, y pusieron en una de las ventanitas: se enseña inglés, baratito, pero no sirvió de nada, las letras se hicieron sopa.

La muerte del viejo Carlos I fue, hasta cierto punto, alentadora. En las grandes avenidas donde se inventaron las flores de papel sanitario, hemos vuelto al principio, al génesis esperanzador, cuando Diana era una niña, cuando nos pertenecía en la Colonia de los Doctores. Evocación maternal en la capital que te vio crecer: aquí el que chinga menos, es el que chinga a su madre. Como soñar con el derecho de voto: todos sabemos que existe, pero nadie sabe dónde está, o correr púber por las calles de Trastévere: me llamo Sarah, nunca fui como te amo. Volver al punto de partida con Diana en brazos, en Veracruz: no es lo mismo la cómoda de tu hermana que acomódame a tu hermana; niña medita-bunda desde el chupete, cargada de tradiciones: Kol Nidre, todos los votos, plegaria en arameo antes del servicio nocturno del Yom Kippur para cancelar, para cancelar... y abrazar a Carlos como entonces: vendí media página de publicidad, y se emborracharon con tequila cantando lo que sabían: O Messico, coppa di giada, ricolma di tenere gemme. Cancelar... En el Panteón Francés el aire subía. Unas mujeres arrodilladas en cojines bordados rezaban el rosario frente a la tumba de sus ex seres ex queridos: se prohíbe aparcar. La pareja volvió medita-bunda al mundo de los ruidos y al itinerario de ¿se te había olvidado, Carlos? ¿te acuerdas, Sarah?; como si jugaran a las adivinanzas, a las mentirijillas. Cancelar... En aquella necrópolis donde bigotito recortado yacía entre miles y miles de bigotitos recortados, el bueno de don Carlos primer

tomo, que escribió en *La Humanitat*, visca Catalunya, cuando la mierda estaba a tres reales el kilo. Carlos Pablos, padre de Nuria, que correteaba perseguida por el mar, vestido largo, pelo sobre la arena, que confundió el significado del sufrimiento, que devastó su cuerpo a golpes pasionales y que se burló de la libertad para considerar el libertinaje, descansaba ahora y para siempre, mientras no se demuestre lo contrario, difamando con su sensibilidad mortuoria lo poco que tenía que perder, y anunciando desde la caverna de la putrefacción a fuego lento la perdición de su nieta Diana, pelo verde, que se ahogaría también por las aguas de Nuria, y porque Nuria estaba haciendo y rehaciendo castillos en la arena, casi llegando al abismo, y porque Nuria desnuda suplicaba a las olas que iban y venían. Que iban y venían como solteronas empedernidas de canario y gato, entre castillos, castillos y castillos... para cancelar votos religiosos prematuros o los votos emitidos por coacción en la época de las persecuciones religiosas, Nuria suplicante, cancelar, cancelarnos.

Tienes que acudir a la cita; a la. Tienes que correr el riesgo, el. La coacción, virtud del chantaje, el análisis de venganza: yo no soy artículo seducible. Aquella vez lo aplastaste enviándolo al ridículo de su impotencia, burlándote de su flagelada masculinidad enferma: adelantos en los burdeles, pero ahora, Diana, estás en su poder. Los papeles se habían trocado, felicitaciones, darling, y las palabras se voltearon inmovilizándote, cara de buzón: tenías el cheque detenido, el cobro obstaculizado.

que te sostenía; era la decadencia de la mentira, Diana-Israel. Eran incapaces de hablar. La pequeña Diana se marcha. La pequeña Diana, cara de buzón, y quiere decir ¡shalom! Carlos-Sarah. No hay para, hija. Creciste obstinada creyendo el juego de la vida, cajitas chinas. Indomable. Inventando amigos que nunca tuviste: Paco, quiero llorar; disfrazada de persecución. Herencia hebrea que calculó, que midió con la misma vara pero que no utilizó el mismo procedimiento para. No hay para, hija. La culpa es del amasijo de tierras, de octaedros capilares, de sequías prolongantes, de oráculos dispares. Desde que naciste, desde que entraste por aquel bosquecillo, piernas de cedro.

¿Qué tiempo hace en París? En Singapur llueve todo el año: cerdo. Deliberadamente lo recordaste y por primera vez sentiste el tibio escalofrío del semen por tus venas, eyaculación en centígrados que te bañó de pies a cabeza; líquido vagabundeando sin el permiso de tus muslos espoleados, esperma que sorprendió al productor: cámara, acción: *splendor in the grass*, ya estará Elia Kazan. Leche inundando tu ombligo inexperto en inundaciones ombligáceas. De Orly parten autobuses cada tres minutos de tres en tres cada tres. Minutos esperando, el pantano que no habías cruzado. Cerraré la compuerta, te olvidaré, J. J., engañaré el hecho con la fábula y enloqueceré al mito. Pero te dejo por Francia, te abandono porque soy heraldo de la historia y en ambos casos obedezco a mi naturaleza dionisiaca, que no puede separar las acciones negativas de la afirmación. Soy amoralista y por lo tanto destructora esencial. La reservación, gracias. Estudiabas el mapa de la ciudad metáfora, París; y por la noche buscaste un film francés en un cine de barriada. Sentada con los

ojos hacia adentro, para seguir leyendo lo que pensabas y ver cómo reaccionaban tus órganos genitales, fornicaste con un desconocido que primero te acarició la mano cerrada, uñas clavadas, para terminar ensanchándote la blusa que encerraban dos puntas paralelas a los cuernos de la luna. Te abandonaste por indolencia, por desgano, hasta que la película de Buñuel terminó dentro de un paraguas cerrado, en el Gólgota mecanizado, sonido estereofónico: tú no eres Cristo. Eres un hijo de puta.

Carlos II, cobijando su reuma, se dirigió a la habitación compartida. Entonces, solitaria como en un espejismo, Sarah habló reconociéndote en la penumbra del amanecer, hija natural, del conciliábulo de huesos triturados, hija ilegítima: aquí se termina el círculo, la ronda de secretos: no madre, no tengo derecho. Bebías agua en Trinità de Monti, falda sucia, blusa sin botones. Morías: *ritta e flessibile spiga, resto in attesa, pur consapevole che dopo matura serò*. Te levantaste para besarla, pero ella estaba huyendo sin moverse, huyendo en brazos de su madre, sin saber aún lo que significaban los nombres de Simón y Asher y, deslumbrada por el estremecimiento que despertó a Carlos que soñaba en catalán, rezó: es posible que encontremos el Talmud. Es posible, si confiamos en Dios.

Tranquila marcaste los seis números. Preguntaste por ella. De parte de su prima. Medio minuto, conectar la extensión, para que la Nena, ramificadísima, dejara la esponja por el teléfono que le había alcanzado la doncella: ¿permite, señorita Flora? Perdona, encanto, estoy en el baño. ¿A las? Como siempre,

chao linda. Burbujas elizabeth arden y colgaste con la misma tranquilidad. El hipopótamo se baña, menos mal, hundan al Bismarck, a veces vomitabas y es que no puedo parar de sudar cuando. La Nena siempre te quiso a su manera y con sus millones podía darse el lujo de burlar a la naturaleza. Se deleitaba acariciándote el cuerpo de palo, hueles a prima, y paulatinamente te fue seduciendo, perdieron la inocencia cuando yo soy la mamá, tú el papá, ¡hágamos patria! Así jugaban en la ciudad bulliciosa de nuevas fortunas, de zonas residenciales carnavalescas y paradojas sociales como pobres pero honrados, cuando la gorda te despreció públicamente: jodida y además judía, pues a ti entonces no te gustaba tanto: ¿quieres un orgasmo, dos, quince? Sudaba y te explicaba lo de unas hermosas flores de dos sexos en uno, como los caracoles y los bacilos de Koch y lo de ciertos parásitos que habitan las cabelleras de los indios Tam Tam. La Nena, liberalísima nació en Usa, se te descaró cínicamente en aquel baile de disfraces pro tuberculosos: ella de Peter Pan y tú, Diana, de Zanahoria.

Entraste a la alta braga por la puerta grande del brazo de Peter Pan. Sin darte cuenta. De rémora, si quieres, y cuando quisiste retroceder, ya te habían echado polvos de hada para que volaras, pensando en algo encantador, a la isla de las Sirenas. Tiíto Julio te abrazó con sinceridad: al fin veo a una con clase en esta recua, y Carlos II dijo que jamás se había inmiscuido en tu vida y que ahora no empezaría a hacerlo. Horas desperdiciadas criticando prejuizando; horas vacías de calumnias, sexo, cigarrillos, alcohol y libertinaje, para volver a lo mismo con los gerundios, tumbadas al sol, dorándose la piel de sardinas aristocráticas, anchoas andróginas,

vellos nivea. Días monótonos, piscina, canasta uruguay, tenis, hípica y ritmos de moda para mantener el lóbulo de la oreja caliente, febril actividad interrumpida por las charlas cuaresmales con su excelencia, sólo para señoritas del Campestre, y además ingenuo. Paseos, picnics, excursiones, todo pagado por Flo conquistadora. Exhibiciones de modas exposiciones de pintura primeros auxilios cursillos prematrimoniales, si supieras, amor, con todo eso y más llenando páginas enteras de la sección de sociales, escribe María Cristina: hola amiga, con nombres melódicos, raros, y si alguna rica de última hora se llama Dorotea, el Duendecillo la rebautizaba como Doris, me encanta.

Zanahoria y Peter Pan en el centro de la marejada se casaban todas las noches temerosas de la competencia y se divorciaban cansadas cuando salía el sol. Tú de Zanahoria, pelo verde: comprendo. Ella de Peter Pan, qué alegría. Cambió mi vida, Paco; me hundía en el fango del cuerpo y por eso te abandoné, como a J. J., como a los campesinos desplanchados. Cuando la Nena te regaló los primeros quinientos pesos, te dio asco pero luego se te quitó. La odiabas a tal grado que la envenenabas poco a poco con tu sexo sobre la lagartija lujuriosa, sapo lujurioso. Cómprate un bikini, Diana, serás la sensación en la piscina, a las seis, no faltes, y salió reluciente del baño lámpara maravillosa azulejos rosas pomos de porcelana, para secarse sus perfumados kilos con una carga de algodón de burbujas atómicas, mientras se miraba en un juego de espejos amañados para simios y mongólicos con vitamina B-12, además.

No pienso volver a la universidad, Carlos. ¿Qué harás entonces? Eso es lo que quiero que me digas, padre. Lo siento, Diana, pero si el periodismo no te

satisface... Carlos se salió por la tangente en su política personal de no intervención. Decide tú, Diana; es tu vida. Pero es que si no fueran tan imbéciles: ¿eso es periodismo, Carlos? Sarah no ponía ni quitaba, pero te reprochaba en silencio tu actitud hipócrita, vil explotadora del apellido Pablos. Sospechaba que no podías con el peso de tus acciones que no disimulabas, para qué, y estaba a punto de provocarte confidencias cuando te anunciaron que habías ganado el premio. Entonces tu conducta fue insoportable: una inaudita vanidad desplegó sus misterios en tu advenediza alma, mientras que tu madre se preguntaba ¿fallé? ¿hemos fallado? Nadie falló, Sarah, y tu esternón de madre advertía el dominio de sombras sobre la languidez de Diana drogada por la fama que aún no había conquistado. Se nos fue hace mucho tiempo, Carlos; ahora lo entiendo. Un vacío, una incomunicación, el complejo de culpabilidad, y se borró su juventud; Sarah quisiera estudiar en París; su pubertad ingenua, perpleja; mother un muchacho me acarició la mano, ¿qué hago?; su niñez de fuentes, de cancioncillas Joan petit quan balla, de capullo tras la flor, sí, fábula de fuentes; su sueño de gestación remolcado por el amor, la protección maravillosa y la necesidad sagrada, alimentándose con tu sangre, durmiendo en tu sangre, creciendo en tu sangre, poco a poco, hasta que vio el chimpancé por el ombligo. Te pertenecía, te perteneció pero jamás te pertenecerá: me gustaría ser periodista, Carlos, o escritora, y redactabas crónicas de asaltabancos, cuentos de ultratumba, con una imaginación enferma, alojada en tu débil cerebro, con la esperanza de que tus personajes se suicidaran, toda muerte es un suicidio, para continuar cazando musarañas. Y por las noches las pesadillas se confundían con la realidad, Sarah,

es horrible, me mataron ellos, los perros con túnicas y sables, y resucitabas cada mañana con el amargo sabor de boca, con la cabeza pesada de tanto volar en sueños, con alas que crecían para escapar de la perrada, con inmensas alas de hielo caliente del desierto que se partían con los pedruscos que te lanzaban los enanos. Eran piedras de oro que yo guardaba en mi vientre, hasta que bañada en quimeras despertabas otra vez dentro del mismo ensueño con la lengua paralizada de tanto gritar y la espalda encorvada por el peso de las alas gigantescas. Escribías perseguida remontada en sueños y tu doble corazón trabajaba a todo ritmo bañado con sangre usada por el cerebro cansado, por el hígado maltrecho que no podía controlar las cataratas amargas, por los pulmones que eructaban monóxido carbónico y el páncreas que exprimía el azúcar de la sangre, y la sangre volvía al cerebro, al pecho, a los brazos: el Dedo escribe, después de escribir, sigue avanzando. Ni toda tu piedad e inteligencia conseguirán que borre media línea, ni con todas tus lágrimas borrarás una palabra. Te devoras, pelo verde.

Volví a Paco con una extraña sensación: ellas me negaron. E iniciaste el cuento de la pasada noche, un cuento tan largo que no alcanzaron todas las paredes para plantear su estigma, ni el cielo para fundir su llanto, y profanaste tus huesos de escalera para protagonizar la historia, pues la que morías eras tú y a la que enterraban era Flo y sus lonjas enciclopédicas: Faulkner, madrugada descriptiva; Camus, mundo sin nada futuro; Unamuno, tantálico, renegado; Cortázar, caja de pandora, cuando el lector llegue al fin de esta historia Diana morirá conmigo. Trabajaste alucinada meses enteros maldiciendo el orgasmo vocacional, construyendo la nave

en la que se salvaría Pitic gracias a tu propia salvación. Desapareció el Campestre con sus monstruos y panoramas y la ciudad se empobreció desde la terraza. Imposible: esto no lo edita ni el Magnificat, y J. J. preparó un detallado informe para el presidente de los 60. Todas las precauciones, don Julio, salen sobrando. ¿Tanto significa? Lo que importa no es lo que dice sino lo que quiere decir, mientras que Diana nihilista de pueblo, paseaba por los parques públicos pensando y rehaciendo capítulos. Aquí se sentaron A y S, se besaron, se recostaron y engendraron a la pequeña L. Paseabas y alargabas el atardecer para volver a la mecánica de las influencias, horas y horas, destruyendo el argumento que te había soñado dentro de otro. Mentías, robabas a la historia de Israel, confundías a Henry Ford con Rudolf Hess, el caso era rodar por épocas y tiempos aprovechando todo lo sexual de la asexuada Piedra Angular. Lo sentimos, señorita Diana: tenemos órdenes de, para socios e hijos, de. ¿Ves?, el Campestre se te había esfumado en las narices, seguías en plan de bastarda pública, y con su desaparición llegó la noticia del premio: hemos criado a una sanguijuela, don Julio. Ya tenías preparado el final, cuando a la Nena se le ocurrió presentarse en sociedad: hubo que traer el Campestre nuevamente, con sus pistas, sus campos de golf, de me reservo el derecho de, que ya flotaba en otros países de rancios abolengos, legítimos y nobles, rodeado por la misma arboleda y perfumado con olores campiranos de vinos napoleónicos. Los quince años de Flora Escalona del Río, la tarántula tragabuzones que te quemó los pezones, todo en verso, en El Retiro: ésta es la última vez, Flo; búscate otro juguetito. En El Retiro, aquella tarde, con tu varita mágica.

Por favor, Sarah, sigue contando. Sarah recordó aquella travesía enorme, no puedes burlarte, parri-cida. Los recuerdos romanos, la guerra de albaricoques, las cizañas científicas de los campos de concentración: los nazis vulgarizaron a Nietzsche, lo deformaron, hicieron un falso uso de él. Tu imaginación trabajaba al rojo vivo: seiscientos hornos crematorios en una semana, ¿de verdad, mother? Y la amargura de una mujer y una raza que fue parte del placer de la aniquilación: cuando Tito hubo arrasado Jerusalén, los judíos siguieron mirando hacia Sión. Descastada, ofendida desde Job y sus millones de hijos, más que glóbulos blancos y rojos de Jehová, quitando el sello de las siete puertas, retando a Dios: impresionante. No, hija, no lo es. Lloraste, lo siento, toda la travesía estuviste pidiendo perdón hasta que llegamos a Veracruz donde el viejo dijo a Carlos II: dale un tónico o algo, está, ¿estará?, y no nos dejaban fumar en la borda ni tener las luces encendidas hasta las tantas. Te diseñábamos cuando el barco escabullía minas abandonadas en un armisticio de espuma. Fue cuando descubriste, espía, la unión simbólica en aquel piso de la vía Appia y en cuanto al ayuno, contigo tengo bastante.

Los pezones caían de dolor. Señor Escalona del Río: su hija es lesbiana, ¿podría curarla? Entre las letras recortadas del periódico de su propiedad fuiste esclava de un pensamiento: destruirla, aniquilarla, asesinarla desde sus cimientos, en su vicio congénito, en toda mujer hay un cromosoma de Hermafrodita. Matar a Flora, ¿podría curarse? que sobraba en el mundo y parte de la luna, lo que te suponía un final Edgar Allan Poe que te quitaba el sueño. Pero ¿acaso crees en los anónimos? No, Nena, son letras tan sádicamente recortadas, quizá quisieron decir libiana,

con b larga, con tantas patas tipográficas, no hay que preocuparse de nada, dentro de cuatro días te presentamos en sociedad, aramos dijo la mosca, y el Campestre ya en la tierra extendió sus alfombras orientales, no escupir, y la moqueta de senectud. ¿Está todo preparado, Julio? Quiero una diadema de esmeraldas; aquí está el cheque; quiero un modisto macho que no me ande con putadas y una peluquera que entienda. Sí, Flora, debe ser un error de imprenta. Encárgate también del Te Deum, nada de homillas ramplonas, en tal caso una encíclica, y en el club deja a mamá en paz y a los periodistas estos huesos: cuatro tibias, seis peronés, ocho kilos de costillas y un esternón para la foto dominical.

Los pezones marcados, ergo, crimen Dostoievski. ¿Qué tiempo hará en París? Ahogarla envenenarla mutilarla descularla, sacarle los pedos sus gases licuados sus yemas podridas. No puedo permitir la autopsia, no lo autorizo: su madre está borracha, llorando su subida al cielo en dos tomos. La autopsia es una infamia, doctor, pero. Las monjitas que la educaron, entretenidísimas con los preparativos rumbo a la gloria, enviando almas al infinito del Señor Escalona del Río, la autopsia dice que la ley dice que la ley dice que: es necesaria autop. Al diablo con el Señor, el de las monjas esas, y el médico por poco tuvo su impeachment televisado a toda la nación. ¿Te das cuenta, Paco? ¿Es la locura, Paco? Arrepentimiento y oración pueden disolver el odio. Porque los astros marchan a ciegas y el castigo es tuyo, de tu invención, ¿es posible, Paco? Y todo fluye, nada permanece, como nadie se mete dos veces en el mismo río, ¿escuchas, Paco?, y conocer es lo mismo que. ¿Conocer la mentira Paco=Diana? o ¿Diana=Paco unificados en la cumbre de un solo

sexo? Perdona el desvarío pero cuando me emborracho pierdo calidad, me contradigo con ridiculeces y la cabeza se hunde, me hunde. Qué cosas digo, Paco. Lo hacen los literatos, ¿puedes? Deja de contestar con preguntas, judía, que ya tienes el corazón gangrenado, canceroso, raza de arruinados, estirpe de tronados que tutean a Dios y éste se esconde en los faldones de su bondad: marica! Recobra tu personalidad falseada y vuelca el néctar de Escocia para que puedas dejar la terraza que te detiene, Diana quiero llorar.

Y juntos, figuras y funeral, personajes y recepción, traje de noche y brazaletes negros, marcharon por tu pensamiento sin mácula, pues la desvirgada era otra mentira. Con risas y con llantos, happy birthday y sorry, porque Diana Pablos Rostiers había alterado el orden y el caos estaba en su apogeo: mejor, así las cosas caerán por su propio peso y Flora cayó de narices con las patas hacia arriba, jamón serrano, y sonriendo y filmando sus propios movimientos, cautelosa y premeditada por el ritmo de la música de huesos musicales, deseó a su prima un feliz y eterno descanso de su alma, ya que la suya, partida y compartida por Paco emancipado, se alejaba conforme se iba acercando a la festejada. Huía del presente, de la acción instantánea, con una velocidad cartilaginosa y repulsiva. Escapaste a otra dimensión, a otras latitudes menos mortificadas por los siglos, antes del polvo, mucho antes de que se cumpliera la tragicomedia del octavo día, anticipándose al futurismo y al enfrentamiento con el pasado, porque el vuelo a París 234 estaba a punto de pasajeros favor de.

MUCHO ANTES de que llegaras, judía, a la ciudad fundada por la brutal firma de la posesión, cuando las plagas azotaban los cimientos de una nueva estirpe y las caravanas cruzaban el desierto en busca de melancolía granulada, cuando la canícula fue domada por la invasión de desconocidos color de corcho, corazón de tenedor, mucho antes de eso, judía, los indios cold cream estaban partidos y divididos por el espectro del olvido. Pitic era entonces una aldea casi salvaje en las perdidas nevaduras de la arena. Resguardada por el vacío de una frontera ilimitada, la ciudad de futuros mercaderes de amapola y algodón estaba marginada a la desaparición con la llegada del verano. Al llegar mayo, el bochorno se adhería a las paredes, a las rocas, al fuego del ambiente. El ganado que a duras penas había sobrevivido a la agonía invernal de polvo congelado, se encerraba en su pellejo acolchado de piojos y garrapatas bizcas y esperaba con ansia el cuchillo grasiento del matancero que significaba la inmortalidad en un hot dog con mostaza y ketchup.

Los pocos indios que quedaban cuando Pitic apareció en el mapa trazado por cartógrafos de Valladolid, vivían de los desperdicios que dejaban las caravanas de papel higiénico. Deshonrando a su leyenda

y burlándose de los historiadores pagados por el estado, los yaquis de Sonora simbolizaban la destrucción de una raza y el fracasado esfuerzo de la agonía. Los que creyeron que con dos o tres lluvias cambiaría el panorama, escogieron las mejores parcelas, las cercaron y levantaron viviendas similares a las que habían abandonado por los mitificados paisajes de audacia y aventura. No eran siete ni nueve años los de sequía sino que a veces llovía cada repartición agraria. El agua alcanzó valores tan elevados que hacer gárgaras fue el mejor pasaporte al paraíso. Sin embargo, y gracias a los ritos indígenas de coyote y medio, cuando llegaron los primeros italianos ataviados con sandalias y anillos hasta en el aliento de marisco napolitano, llovió ocho veces en un lustro, reverdecieron los prados un millímetro y los montes se elevaron al cielo de telarañas al vapor. Fue cuando los yugoslavos que habían dejado las cordilleras dináricas de su Jugoslavia, levantaron una empalizada, cavaron hasta perder la idiosincrasia, amurallaron el socavón con troncos arrancados por el sol, consultaron libros de Caronte y fueron acumulando agua de las lluvias milagrosas en un pozo tridimensional con fondo de concreto impermeable, paredes de argamasa ósea y compuertas de caoba importada. El pantano artificial o la laguna Náinari, como la llamaban los indios, fue el primer oasis del desierto que ridiculizó a la sequía de dinosaurios y el hasta aquí a los que especulaban con gárgaras, baños de María y oraciones a la muy argentina virgen de la Cueva. El abrevadero de Pitic, entonces un villorrio de contrabandistas y trata de criollas, atrajo a otros advenedizos y a nuevos alquimistas del polvo. Entonces las nubes se estacionaban dos o tres veces al año y descargaban en el ojo

perdido de la hierba su aparatoso aparato genital y su pundonoroso arco de maravillas.

Los primeros Escalona Río, el *del* vino una generación después, se instalaron en Pitic cuando la mesa estaba servida, qué suerte. Venían cansados del feudalismo y no procedían exactamente de ninguna parte aunque su aire libanés los delataba, aunque nadie supiera con qué se comía el Líbano, si se untaba o se fumaba. Lo cierto es que tenían ese aire y no otro, y venían fatigados del derecho de pernada, de reformas fiscales y del artículo mortis. Tus tata-rabuelos, Julio, estaban arruinados por el racismo que les perseguía desde oriente, pasando por el meridiano de Greenwich y los Trópicos de Miller. Su patrimonio, amasado con la venta y reventa de pantuflas de Damasco, había sido reducido a dos hijos varones, una adolescente extravagante y temperamental, utensilios de fierro para matar el tiempo y callosas manos rematadas peligrosamente en uñas que podían descuartizar un venado al vuelo. La hija se llamaba Ornella y tenía las pestañas de caracol en celo. En cuanto a los de sexo fuerte, Julio, la genealogía podía callar: la verdad es que fueron los fundadores de la vagancia, los creadores de la haraganería y los pioneros del huevonismo echado. El mayor raptó a una india yaqui en cuanto cogió confiancita y se volvió inmundo para siempre, no por el cruce de sangre, sino por el desprestigio, y el segundo empezó robando calabazas de los huertos franciscanos y terminó ahorcado por cuatrero, dejando la simiente de la Ola Verde, un grupo de sicarios que, siglos después, asesinaron a mansalva a estudiantes que lucharon contra la imposición del partido único. Ornella tenía trece años cuando supo que en Pitic pararían definitivamente y que de nuevo

tendría que bailar ante extraños rancheros sentados en sus propias piernas, para que su padre recogiera algunas monedas o algún pedazo de pan. En la ciudad que emergía cada amanecer, no sólo recogieron alimentos y reales de plata, sino hospitalidad y trabajo. Fue Claudio Néstor Escalona Río el hombre que con su violín trasnochado y lleno de verrugas enseñó a los aficionados de oídas a tocar instrumentos de cuerda con un lirismo encantador. Fue la primera banda de música, la misma que reforzaría después Juventino Rosas con sus vales embriagadores. Así y para siempre, los libaneses o su equivalente echaron raíces interpretando mazurcas de moda y fabricando pantuflas que nadie compraba por calientes.

Ornella se adaptó al desierto en cuanto se vio libre del estúpido machismo de sus hermanos. Se identificó con los mares de arena, con el lago de agua arcillosa y con los ríos de polvo. Siguió bailando melódicas sinfonías de lagartijas y culebras, y su corazón estalló con la primera tormenta de la temporada. Ornella Escalona Río, tu bisabuela, Julio, la misma que derrumbó alambradas, la misma que catequizó a indígenas caros y la única que murió de placer en aquellos días de creación total. Ornella amante de los rayos abriños, seductora de los vientos, protectora del rocío de medianoche y dueña de las futuras lluvias, sucumbió al mal de amores cuando conoció, durante la fiesta del veinticuatro de junio, el mero día de san Juan, a Luka, el yugoslavo.

Era el día señalado por la tradición para estrenar ropas y renovar sentimientos. Los indios lucían nuevos paleacates en el cuello y sus mujeres enaguas de carranclán colorado o tafeta verde sandía. Los

rancheros organizaban carreras de caballos y las apuestas a zainos y a morunos subían junto con la elegancia de las sillas de montar labradas con plata y cobre de Cananea. San Juan siempre traía lluvia en su lánguido atardecer y, cuando la naturaleza fallaba, la fiesta terminaba a machetazo limpio en la cantina *Aquí Me Quedo* o *Las Quince Letras*, las primeras borrachadurías de la balbuciente población. Los pitiqueños, que por amor a la contraria conquistaron palmo a palmo el tremendo coronado de espinas, celebraban también con trabajo el santo del patrón, y por los caminos, empedrados y fatigosos, circulaban carretas tiradas por burros blancos que llevaban camotes, mazorcas sacos de pinole o cebada fresca, todo para vender o permutar, a según dijo el coyote. Entre los caballos que no arrancaban por mulas, entre si me quedo o no en las quince letras para después darle en la madre a mi suegra, Ornella conoció a Luka cuando el yugoslavo cambiaba clavos por panocha güera, y no te hagas el güey que no entiendes, porque luego me la meterás doblada.

Fueron los procreadores de la estirpe. Su pasión, Julio, estuvo condicionada por la dispersión humana que se tragó al país. Era la revolución y Pitic la puerta del movimiento. Luka por defender la tierra de sus padres, el embalse de sus arquitectónicos ensueños, el arraigo al polvo y su predio de calor, fue fusilado por una banda de malhechores dizque peleaban por una reforma agraria, ni que fuera queso. Ornella con tres motas de vida y casi adivinando su procedencia de cristal en bola, volvió a bailar en la soledad del lecho, mientras sus hijas se enroscaban en los plenilunios y los plenilunios en las piernas inocentes. Era abril. Al llegar mayo, Ornella se vistió de arrullo machacado y con los

dientes apretados y los muslos boquiabiertos, se fue hundiendo lentamente en el pantano que empezaba a secarse por la epidemia revolucionaria. Dejó tres hijas. La primogénita fue madre a los catorce años y murió de vómito a los treinta, cuando tú, Julio, corrías por los montes cazando nimiedades.

La ciudad era como un pavo real desmelenado. Sus praderas artificiales se exhibían en revistas bilingües de divulgación experimental y las variedades de trigo y otras gramíneas se hinchaban de récords prodigiosos. El desierto se ensanchó tanto en su violento poderío que los nombres y apellidos extranjeros fueron suavizándose por aquello de las expropiaciones, *¡pus pa qué paliamos en la revolución!* De Ornella se pasó a Hortensia, después a Tencha y por último a Teté. Los croatas Hérman a Hermes, luego a Hernández terminando en Hérdez en escabeche, y los imposibles comerciantes de pantuflas, es lo único que sabemos hacer, se engalanaron con el *del*, porque pasar del Escalona al Río estaba cabrón. La alta braga cruzaba sus albores pulsando vanidades y echando polvos al desierto de moteles iluminados por neones multicolores, y el Campestre se proyectaba rodeado de drive-ins con camareras vestidas de conejito que atendían las llamadas de los descapotables pink. El boulevard que cruzaba a la ciudad de burdel a burdel deodorizaba el ambiente con sus camellones versallescos, y los peditos VIPs que directamente venían del aeropuerto olían a palo, al mismo palo, que pretendía atesorar riquezas para comprar las viejas moralidades que desconocían. Los nuevos ricos, los hombres de barro nalga parada, inventaban preocupaciones para preocuparse con la preocupación del despreocupado: ne-

cesitamos un club para nuestros hijos támpax. Y lo construyeron con los favores de una exiliada española que le gustaba tieso. Pitic, fundada en año bisiesto por hombres que se petrificaron con las tolvaderas, había encontrado su destino de ciudad aprisionada entre cristales del convencionalismo de aldea. Luka, el yugoslavo, y Ornella, la de pestañas caracoleadas, jamás se imaginaron la jaula de tambores y cornetas que encerraría y encerró a los micos de oro que se masturbaban con guantes de gamuza y a las cotorras de orgasmo educado en Suiza que engendraban lombrices y lombricentas para piano y orquesta.

Cuando Cleodomira Pablos fue electa presidente de la Liga Internacional de Jesús del Gran Poder para la erradicación del gusano rosado, las cosechas de trigo ahogaban el mercado nacional. Se producían hasta once toneladas del rubio cereal por hectárea y los silos norteños declaraban su insuficiencia ante el diluvio granulado. Hasta entonces, nadie supo jamás a ciencia cierta el día en que los ojos dejaron de rebuscar en el cielo las nubes porfiadas y vacilantes, pues de buenas a primeras el agua salió del fondo de la tierra y se encauzó con sistemas de riego de dúctil y asombrosa imaginación, como si estuviera acostumbrada a correr, descubrirse y sumergirse en la tierra cada vez menos arcillosa. El manto acuífero estuvo tan solicitado que el desierto se fue encogiendo como feto hasta quedar convertido en un paraje donde la colonia de ofidios oficiales preparaba las elecciones de garrote. Un nuevo martilleo de medianoche, de mediodía, se integró a la sinfonía de ruidos agrícolas, tractores resoplo-

nes y sembradoras mecánicas: eran las bombas hidráulicas que sacaban y resacaban la plata líquida que hinchaba y engordaba a la semilla hasta los dientes. Un emporio verde surgió en la esquina más caliente, un edén donde crecían hasta las cáscaras de plátano y las corcholatas de coca-cola, un fértil paraje que ramificaba su riqueza contra los mismos principios de la naturaleza y donde más de cuatro familias empedernidas, de pioneros pasaron a conquistadores, de conquistadores a latifundistas y... allí se quedaron. Eran los hombres que habían vendido los ideales revolucionarios para conseguir una firma federal, una concesión, un favor sellado y lacrado por el poder.

La Pablos, huérfana por la terquedad del cáncer, se dio a los negocios antes que a la ginebra, cuando las reglas del juego quedaron establecidas. La fabulosa herencia de su padre, mister Peter Pablos, de Sabadell arlequinado, cayó en manos hábiles y la fortuna quedó asegurada con cinco años de castidad y abstinencia: María Magdalena vuelve a las andadas. Cleodomira Botellita Pablos, mujer contradictoria por la estupidez ajena, ideó el Campestre para corromper a un arquitecto sixtino y, de paso, darle una justa escenografía a la presentación en sociedad de su hija Flora, longaniza de pronóstico reservado. Era un soberbio edificio de tres pares de narices españolas, rodeado por una hermosa arboleda de nalgas cubanas, dos piscinas iluminadas y varias canchas deportivas, desde el *put* fenomenal de Juan Lucas, darling, hasta el no *put* de pecho, pechito. Su interior, decorado por Mimí Blanch do Riveiro y puntos suspensivos, un artista liberalote y medio portugués que se perdió en las flores del mal, tenía el aire de la ortodoxia ornamental y el refinado

gustillo del supositorio dieciochesco. Las pinturas de sus salones, rubricadas por copistas famosos, delataban el surrealismo del pederasta salazarista y la plasticidad del embadurne compungido. Era el monumento a la high life y la guillotina de los pizcadores de algodón que sudaban a cuarenta y cinco revoluciones por minuto, imaginando un menú desquiciante, un banquete de dos yemas que se preparaba y se servía en la fortaleza del cinismo: carnes de aves guripas envueltas en hojas de mamey, peces asados con olor a dedo rociados con puré de manzana, estofados de ternera con mayonesa peruana, langostas rosadas por langostos, ensaladas de hierbas submarinas, ojos de cerdo rellenos de alcachofa, patas de cangrejo en almíbar, salsas de champiñón, rape y merluza para los combinados de orquídea, y vinos de todos los ríos conocidos y por conocer, desde los que se cultivan en el coño del Ebro hasta los legítimos caldos de Burdeos.

El club Campestre, jorobado por una gran terraza con previsiones meteorológicas, era el símbolo de la exageración, el fraude humano de un impresionante círculo de antropófagos borrachos de irrealidad y drogados por jeroglíficos profanados. Sus socios, insensibles al derrumbe moral que se veía venir, no sólo ignoraban la proximidad de la peste espiritual, sino que patrocinaban nuevas aberraciones cohabitando sin descanso para superpoblar de machos y machas la región del algodón manchado, a tal grado que condenaron a los Rockefeller que desde su isla de Manhattan pretendían esterilizar al mundo para combatir la pobreza. A la inauguración del elefante blanco, construido para añejar los pecados de omisión, asistieron sementales de toda la comarca, lobas del otro lado, cachorros de la selva negra,

ardillas de rímel y colorete, estatuas sin brazos y con torso marciano, caricaturas extranjeras con interruptores faciales y caciques del polvo con sonrisas ensayadas: don Fausto del Corral, amigo íntimo del señor gobernador, secuestrado seis veces; doña Lourdes Vallejo de Vallejo, organizadora del baile Blanco y Negro, dueña de una cadena de supermercados a nombre del pueblo; al doctor Audiberto Gutiérrez Camay, diputado por Baja California, con sus queridas en el portafolio y sus almorranas en el presupuesto; al licenciado Rogelio Escandón, alcalde de transición, especialista en adquirir coaccionando los ejidos de los no elegidos, coyotes del derecho fiscal, protagonistas de monopolios y devaluaciones, agiotistas titulados en san Garabato, Cuc., protectores de periodistas, la radio y la TV; coyotes en toda su gama de colores, dizque compadres del señor Presidente, del cetemista que inventó a los mártires de Chicago, padre del niño abusado: ¿y tú, cómo te llamas? Pepito. ¿Pepito, qué más? Pepito chinga tu madre. Asistieron también inversionistas Usa, de la France, de Holland, del Japan, todos con teléfonos controlados desde Tlatelolco. Y el filósofo de los Balcanes, Tanates Triates (aplausos) que pronunció su speech: extendamos nuestras fronteras a todos los rincones del mundo (salvas reglamentarias) a ver si de una vez nos subdesarrollamos integralmente (madres dedicadas al coloso del norte), a ver de qué color es el verde! Fue cuando Botellita te presentó a los jefes del dogma político Yo Soy el Partido, con tu relojote de oro macizo, no amor, eso es de Beethoven, mucho antes de tu llegada judía.

Ornella presintió... yo sé que me necesitaba... la laguna de Luka... con el dolor de verlo morir de vergüenza... sensitiva... Te llamabas Ornella y te entregaste al yugoslavo de las llanuras pamonias... con las pestañas en celo... los indios incrédulos: jamones rellenos de huevos de jirafa... tus hermanos mala sangre... Te llamabas Ornella y separaste las piernas... Cuando el polvo y el río se juntan... con el violín libanés... Y te subiste a su pecho... Es un cuate del Presidente... Cómo apestan los condenados... Luka boca arriba... Te llamabas Ornella... Parecía un engaño... En la sinfonía de lagartijas y comadreas... el pubis de amazona... Emborrachándose en *Las Quince Letras*... y Pitic también abría sus puertas... Luka te recibió incrédulo... Eran los primeros colonizadores... Patos a la naranja mecánica... La muy puta se fue de viaje... Las conejitas servían coca-cola... Y alargaste el placer hasta el silencio... Te llamabas Ornella... aprisionada en la jaula de tambores... Del Campestre... y las lluvias artificiales... Te penetró hasta el llanto... Evasión de impuestos... Una herencia cojonuda... Con pinturas de dedos amontonados... Indios corn-flakes... sangraste de arriba... No sabían rezar los desgraciados... Gallos pasados por agua... El coyotaje de las secretarías de estado... Unos italianos que vendían mierda a los estreñidos... Del Campestre diplomático... Ornella... has muerto... cuando la laguna se llenaba de barro... hasta el ombligo... hasta el cuello... Es Luka, el yugoslavo que te hunde... Definitivamente huele a pescado fresco.

Volviste a la poética paciencia de las Escrituras, a las imágenes casi olvidadas por el torvo destino del desierto. Retornaste a la visión milenaria, a la violencia de tu ascendencia melancolizada por el resplandor de la profecía: y sus hijos, y los hijos de sus hijos, para calmar la angustia del corazón; a la destrucción del tabernáculo profanado por la hija de tus huesos complacientes; a la aniquilación definitiva y sellada por la discípula de otros huesos ajenos a los tuyos; a la afirmación demente: Dios asesinado, y sentiste que las capas de siempre, manzanilla e incendio, incendio y desolación, volvían al ghetto de la misma historia; que volvían a la muerte amoral e incapacitada por la negligencia retorcida de su misterio. El absurdo de la contundencia te reveló la más horrorosa y conflictiva clave del pasado, respuesta volcada y aceptada por otros huesos de herencia recargada. Te señaló la perniciosa fe del desarraigo y la finalidad de repetidos sacrificios rumbo al tradicional abismo: Dios y el homicidio, y Diana bajo la basura de su espacio, sepultada aún por exorcismos y conjeturas, sostenía la lanza ensangrentada con la diestra emponzoñada. Era imposible permanecer aletargada por el anuncio del advenimiento. Era imposible y nefasto al mismo tiempo, porque Sarah Rostiers Pierloni predijo y vio con los ojos del espíritu la tragedia completa del exterminio: la misión hebraica de desmentir terca-mente el triunfo de la muerte, la autotraición. Fue cuando, después de mucho tiempo, preparaste tu alma para el séptimo mes judío, Tishri. Se acercaban los diez días de arrepentimiento, solemnidad y sufrimiento.

La congoja concreta, carnal y presente, aguijoneaba tu pensamiento. Llegaba la hora en que, congregados en sinagogas desde Jerusalén hasta Sydney, el pueblo judío pediría perdón a Dios por haber mal usado, en el fondo y cumbre de la vida, el libre albedrío otorgado: fuera de Ti no tenemos quien nos absuelva y nos perdone. El día más tremendo del año llegaría con la luna nueva en tanto que Diana naufragaba dormida en la falsedad de otra muerte, simplificando el arrepentimiento y la expiación: hija de muertos masacrados en Dachau, hija de cadáveres mutilados por los cosacos de Chmielnitzki, hija de las víctimas de la escuela de Maalot, hija de la Gran Peste y del Mar de Sangre. El novilunio se detendría veinticuatro horas sobre el misterio de Dios y el destino del hombre sobre la tierra, y vinculabas las ardientes raíces de la esperanza con la fosforescencia de la imaginación. La festividad del perdón, el Yom Kippur, avivó tu lastre desidente y se presentó con el huracán de sangre fascinado, cuando negaste por amor el ritual de la abstinencia, la inmersión en las aguas, el mikva de la purificación conyugal que ordena el Talmud: estábamos llegando a las islas Malvinas y a la indiferencia total en aquel cruzamiento de nervios, de espaldas vencidas, de rodillas flageladas, de alientos, de calamares, de caballitos trotando, de ombligos reunidos en el pasto azul. Tenía que haber cumplido, Carlos, es una tradición mosaica, y el viaje se alargaba tragando sacos de sal estrellada: *Plou, plou, Montserrat, que la llebre ve pel prat; aigua de pluja, digna de neu, bastonades pels jueus*, también una tradición simbólica catalana, amor, matar judíos en semana santa, y el barco navegaba dividiendo plegarias y éxtasis, retribuciones y deudores de sentencias bíblicas, desde

la proa que blasfemaba por el descuartizamiento rítmico, un soldar de huesos de impureza religiosa, hasta que Diana agria y lubricante entró alocada en la ovulación, y leyó el mensaje que el Antiguo Testamento encerraba en las paredes vaginales de su futura madre. Hasta entonces perduró el sortilegio y mientras intentabas describir a Dios con la ternura de mujer, olvidabas pedirle la inscripción en el Libro de la Vida. Amor desnudo de opulencias, rapsodia de tuétanos, fuerza y belleza de piernas amarradas, pasión de cuatro amaneceres, rima de piel, de pieles, nuestras pieles... Sobre la superficie acuosa... midiendo las esperas... con el sudor paralizado... del tacto... piel, pieles, soneto de nuestras pieles.

Dentro de mí en el momento de la ofrenda. Desde allí escuchabas, con la cabeza colgada hacia abajo, con los dedos unidos por la membrana genérica, con los ojos ciegos e inyectados de violáceo, con las piernas encogidas hasta el mentón aún unido al cuello, comunicándote por un cordón así de largo, un poco más ancho: feto por antonomasia, feto encastillado, feto intrínseco, fe...to, habitándome, nadando en mi sustancia interpretada, colgando como fruto maduro, porque: éste es mi Dios, yo le alabaré; es el Dios de mis padres, yo le exaltaré, en el crucial momento de la entrega, lo que dejé por darte vida, por dispararte al cosmos, por proyectarte al paraíso de tus padres, encaminándote al goce y al derroche y no a la Mansión de Abraham, pero con certeza de privilegio, de la bendición de los tres mil años, de los nómadas de Mesopotamia, cuando Egipto enviaba deidades a Roma; con las fosas nasales obstruidas, con los talones inexactos, las orejas planchadas a los parietales y el mismo cordón enrollándose cuando tosías, vibrando al estornudar;

embrión roto pero unido embrión muerto pero vivo embrión solo pero acompañado en la material paz del individualismo. Desde allí escuchabas: sal de tu tierra, de tu parentela, de la casa de tu padre, hacia la tierra que yo te indicaré. Yo te haré un gran pueblo, y te bendecirán todas las semillas de la tierra; tienes el cráneo entre sus piernas, su pecho mirando a sus costillas, cinco, siete; su cuerpo balbucea y no entiendes, otras veces te asusta, casi te hace daño, te sorprende y al final baño de semen tibio, para que no te enfríes. Maternidad llevada en vilo, gestación tripulada por calidoscopios, luceros de rubíes que empedraban la fuente de tus senos petrificados, bizantinos, lanzados para honrar las gestas de Josué, flor de su flor, hasta las tres primeras preguntas del Rollo Sagrado: ¿compraste y vendiste de buena fe?, ¿destinaste una hora a la meditación?, ¿formaste una familia?, respuestas que derrumbaron a Hécate de su pedestal y que le arrancaron los ojos y las extremidades. Estabas con ella y ella sintigo en el atardecer de los estados, en la médula curiosa de tus extravagantes posturas, adorando el proyecto de tu sombra, tus pasos recortados, tus suspiros de girasol, tus bacilos en exilio, tus poros cerrados, tu lengua hacia la izquierda, con ella y contigo, entre células embrionarias de mareos, vómitos y fresas en nata, hay que afligir el alma.

Que si la luna, que si la tramontana, el caso era sugestionarse para arreciar la cosecha, vientre abierto al sol, para separar membranas, cortar, desunir. Era tu ansiedad de madre transportada por la concepción de huesos insignes huesos llamativos huesos rotativos huesos de huesos hasta el polvo, esquina con la arcilla, frente al barro eóleo de tu cuerpo recostado recibiendo las primeras lágrimas

de hebrea dividida, y llenar el hueco de tus brazos, para arrullar el estímulo de orgasmos venideros: y levantar tu sexo en señal de triunfo. Allí estaba Diana con la cabeza colgada boca abajo, con un corazón tan pequeño que ya latía, y lo dejé todo separado por un cordón que posiblemente jamás me perdonaría el recuerdo de su niñez: judíaaa, judíaaa desgraciadaaaa! Tu imagen inmediata fue de caballos jineteados por hombres gordos y barbudos, botas de piel que todo lo aplastaban, manos empuñando fuego: judíaaa... corrías... hasta el río... pero los seguías escuchando: eran ecos de otros siglos, frases acuñadas por el odio; huías de sus vestiduras negras, de aquellas barbas babosas, de sus alientos lúbricos... y sentías también los gritos de las doncellas, el alarido final del rabino, el derrumbe de una madre y el estallido de fetos. Aquellas carnicerías de fanatismo, dioses y tesoros, pestes, tifus y lepra de persecución y exterminio. Desde siempre, Sarah, hasta el último toque del carnero. Allí estaba Diana, absorbiéndolo todo entre paredes íntimas enrojecidas por los ladridos de pelvis.

Que si caminas muy poco, que si el mal de ojo, lo curioso fue cómo te transformabas, cómo emergías, tu ramificación hermosa, ¿quieres tocar, Carlos? Ya llora, por lo que se queda afuera, y no resistías el placer de bañarla con tu alegría: Carlos patrocinador, inventor, fértil, dulce, de dos en dos. Carlos siempre, de cartílagos erectos y exactos, adiestrados. Carlos hasta el final, catalán cazador cazado, buscador buscado, republicano capitulado. Carlos en la mesa, en el olor a otoño de su tabaco, en la tibieza de sus calcetines invernales. Carlos a lo largo ancho y de perfil. Carlos de mentón partido, encima para absorberlo, dormido entre mis axilas, con mis ca-

bellos entre los labios quietos. Carlos yo tú él... Carlos nosotros, vosotros y ellos gracias, Carlos, ¿quieres tocar?

Y mientras avanzabas en la lectura de las Escrituras y el ceño de tu frente se estrechaba, pensaste que el destino de tu pueblo, el país bastardo, hasta la Festividad del Arrepentimiento, que preparabas con devoción inesperada, con las huellas viejas de una fe adolescente. Imaginaste el sueño hecho realidad de sesenta generaciones de desterrados: el año próximo en Jerusalén, y también lloraste sobre las páginas de Der Judenstaat, la independencia del estado de Israel. Naciste cansada, Diana, con la estrella de David en tu pensamiento, con el fervor que dejé en aguas del mar de Galilea, con la herencia sionista corriendo por las venas comunicadas a mis venas. Naciste comprometida y severa con el Dedo que te identificaba. Con traumas represiones y culpas de delitos narrados en salmos y cantos de los muertos. Te traje al mundo con el tuyo encima y te levanté un altar donde tú quemabas corderos. Consumida desde el vientre, implacable desde la generación ultramarina, Diana Pablos Rostiers se mantuvo fiel a su religión negándola y siguió las enseñanzas de Moisés con paradojas narcotizantes, y cuidó de su destino como brújula desquiciada y de su pasado como Artemisa de su belleza, como si su cuerpo mantuviera su independencia fetal y sus manos la impavidez del vacío. Sin dejar rastro, in-nombrable.

Aquella tarde en El Retiro, Flora 2001 te esperaba con los enervantes acordes de Also Sprach Zara-

thustra, enrollada en sábanas marcadas por los siete minutos, mapamundis amarillentos del quinto pino; residuos capilares sintéticos, como la cabellera pintada a gajos verdes y azules de Cruela, la bruja que perseguía a los pequeños dálmatas de las narices frías, postura chaise longue y olorosa a vapores cetáceos marginados. Recitabas la frase igual que un dramaturgo sin melena, y las palabras no hicieron el efecto deseado, quizá la música persa que inundaba la habitación con letreritos No Fume en la Cama: esto se acabó, Flora, búscate otra Zanahoria (telón y tomates podridos). Sintiendo en tu poder el cheque del premio, desconectaste la necesidad de tu pecado, y el vicio venció a la timidez lesbiana de accesos prohibidos, con copia por triplicado para el alcahuete tesorero del club de los 60: el editor se reserva el derecho de agregar o suprimir párrafos de la obra, o capítulos enteros si considera justo y necesario, independientemente del criterio o la autorización del autor, y los offset publicaron una notita escondida entre anuncios orgiásticos de *Combata la Calvicie* y *la Impotencia ya Tiene Cura en 45 Lecciones*: la Pablos R. o cuando los pollos mamen, ha cobrado el premio y se dispone a viajar a París para proseguir en la capital francesa estudios de vampirismo, pero no te deseaban bon voyage, nadie te decía adiós. La ciudad espiaba tus movimientos, tu deambular por las calles que te desconocían, por los parques que te volteaban la cara. 14.68, el canto del gallo que san Pedro capó por chivato; la negación y el origen de la traición a las letras que habías adiestrado para revelar los pecados propios y ajenos: hastiado estoy de holocaustos, de carneros y de sebo de animales gordos; no quiero sangre ni bueyes, ni ovejas, ni machos cabríos. Los sanedritas querían

tu cabeza, colgada de un madero: Jesús cae de la cruz e inventa la hostia, con los senos al aire libre, con el sexo al viento, para que los demonios salieran de tu cuerpo y emprendieran la fuga a otros pantanos, a otras cloacas, montados en sus veloces escobas voladoras. El pueblo no te dejaría partir, no conseguirías escapar, judía; la represalia te alcanzará estés donde estés, aun refugiada en los escombros de Quneitra, pues la ciudad había visto su imagen reflejada en el argumento de la novela desdoblada, unidimensional, coito en un estadio de fútbol, con un gran falo colgado a la cruz, y los gentiles adorándola, lamiéndola desesperados: hora 15.01, el Sanedrín dicta sentencia, el escarnio y la flagelación llegan a tu cuerpo carcomido por la lujuria de mil abriles: el manto estaba al pie del sexo enorme y sobre él, los policías se jugaban tu pellejo.

La hiciste relinchar por última vez, amazona de Buckingham Palace, y esta ocasión, Flora, es gratis, cortesía de la casa, por los servicios prestados, vuelva usted por favor y no se admiten propinas: así que, Flora, búscate otro osito de peluche, porque yo, cagándome en las golondrinas viajeras, yo no volveré. La talidomídica Escalona del Río y sus pollitos no sólo se burló del discursito y de la alusión becqueriana, sino que en una extraña parábola de carnes, en una catarata de grasas y nervios desbocados, aplastó su cigarrillo encendido contra uno de tus rosetones pectorales que andaban de mano en mano últimamente. Zarathustra adormilado por diosas del Nirvana, sacudió el lastre de los siglos ante el grito de carne chamuscada, un lejano quejido ahogado por los perritos dálmatas que tenían frío: la que planta, querida, soy yo. Entonces te sentiste transportada a la dimensión del sueño acostumbrado,

a huir de la persecución sempiterna de la plebe enfurecida que te quería cribar el alma. El reloj solar marcaba las 15.25, la hora tercia, cuando dejaste la túnica en el suelo, el cuchillo toledano, medalluna plateada y reluciente. Y mientras afilabas el arma, pensabas en sus sodomitas nalgas que cortarías por cada estrella para hacer albóndigas romanas y alimentar a los leones del circo: yo, como dicen por allí, me lavo hasta los codos, y Poncio Pelotas al saltar la valla se deja el apellido. El Sanedrín te declaró culpable, y con la gelatinosa tripa de la víctima había suficiente chicharrón para cubrir el Gólgota, with love. Habías dejado de afilar el arma; el acero estaba listo para penetrar en sus glúteos en Todd-AO y en su ciclónico vientre de monserga humana.

En la fiebre ocasionada por la falta de arrepentimiento, la confusión de tu pesadilla se había estancado: todo el que cuelga de un madero es hijo del mal, y te encontrabas fatigada de recorrer los mismos sucesos que habías visto desde la trinchera de tu concepción. Sólo cuando la verdad alcanzó tu orgullo, pediste clemencia a los fantasmas de tus sueños que evidentemente pertenecían a maldiciones apocalípticas. Recordaste que su muerte había sido ocasionada por disminución sanguínea coronaria, consecuencia del colapso ortostático mortal. Pero el nazareno estaba anémico, casi tísico, fue fácil ajusticiarlo; la Nena necesitaría remaches galvanizados y los cañones de Navarone. Afilando la seda de la venganza, preferiste descuartizarla en crucigramas de gentilicios, y a la fritanga asistieron los caníbales de rompe y rasga, hijos del Espíritu de la Probeta: Vilma y Pipo planeando flagrante erocidio en Dallas; Janet y su Chita brindando re-

presentaciones en *nadsat* con fondo musical de la novena de Ludwig van; Alcira y Pomira, las sisters tirolesas, asegurando que la monstruación tendría que acabar inopinadamente en la Era de los Monstruos, y por descontado, los Mediosmundo que la regaron todita discutiendo en inglés chicano si debían o no canonizar al presidente Allende, compañero boy scout el pueblo te defiende, asesinado por los herederos de la ITT con flebitis, ya andaban recolectando firmas para enviarlas al Santo Oficio aprovechando el Año Santo, todos despotricando sobre la vida y milagros de los fichajes judíos dos puntos y seguido: Theodor Herzl, Chaplin (el papá de la Gerarda de Saura); Abba Eban, Pancho Kafka (julio de 1917: mi primera hemotisis va dedicada a Felice Bauer); Beto Einstein, Boris Pasternak (Julie Christie puede ser Lara, con vestido de velvet rojo); Juan Luis Vives, Topol y Jerry Lewis (dos idiotas para siete hermanas); Heine, Teresa, la médico de la balsa *Acali* (o la inescapabilidad de la verga... náutica); Golda, Buster Keaton, Marx, Freud, Rubinstein, Rilke, Gorki, la General Motors y los miembros del YMCA, qué paliza, y el dólar burgués, hijos de la Diáspora y del establishment: la historia de la Pasión de Cristo se ha convertido a lo largo de los siglos en la historia de la Pasión del Judaísmo. Y el vía crucis del Señor en la vía dolorosa del pueblo de Israel, siempre fuera de juego; los que pudieron escapar del Führer: Adolfo Hitler, nacido analmente en Barunau del Inn el 20 de abril de 1889, examen de dibujo, suspenso, posiblemente hibernado en la Casa de la Moneda de la Junta, qué casualidad. Allí estaban rejuntados leyendo las predicciones de la Cábala, el Judío Errante, Si te dicen que caí y el Parche de Dayan, como descifrando el

retroceso del cangrejo, el rosario de la aurora y el no a Constantino. Y vestidos a la usanza, con trajes gatsby y zapatos de charol, asistieron al sepelio llevando las mujeres un cirio encendido y los hombres una mancha en la solapa.

El féretro, colocado como pirámide cairota, cincelado por tu daga subyugante, tenía más de un centenar de huecos, huequitos y huecazos, donde fueron colocadas una a una las albóndigas de Nena Nenita Nena. El padre Chemiguel Herrera, que creía ir a un bautizo por las jaranas populares, echaba agüitas de cobre santo al cuasi armario Pi 14.16: *quae quasi saxum Tantalum semper impendent*, el viento trajo el naufragio, *quid quisque vitet, nunquam homini*, las calderas habían explotado en el cuarto de máquinas, *requiem aeternam dona eis, Domine*, los judíos se purificaban, las ratas abandonaban el barco. Eran oleadas de líquido crismático que ahuyentaba a buitres sepulcrales, pues había sonado la hora sexta, 15.33 y las tinieblas oscurecían la tragedia del viernes santo. Las ratas descansaban en el fondo del mar congelado, y el Titanic las aplastaba por si resultaban inmortales, *de profundis clamavi, Domine*.

Aunque debilitada por las escenas demenciales que brotaban de páginas y más páginas malditas, tuviste la fuerza luzbeliana de decapitarla, crujido culminante de tu paroxismo. Entonces también se apagó la luz natural del Campestre, y los campos de golf cerraron su verdor, y las basuras florecieron. Fue cuando comenzó la persecución. Los sanedritas, pitiqueños ciegos por la arena negra del desierto que les habías arrojado a los ojos con tu literatura, querían colgarte y quemarte por los siglos de los siglos, y Jehová anunció que cortarían la cola de

Israel en un mismo día. Montando y desmontando la carnicería novelesca, el populacho te había condenado perdonando a Barrabás. Era la maldición de Flora. La creación y destrucción de un pueblo; eran miles de Floras en carnes galaxiales, eran las cadenas que ataban a la ciudad envenenada por tu pluma, era, en verdad, en verdad os digo, el cuchillito de palo, el calvario Dino de Laurentis. Diana Pablos Rostiers, conectada al antisemitismo moderno (repercusión de la tesis cristiana de que los judíos fueron los verdugos de Jesús), estaba unida en línea recta a las cámaras de gas de Auschwitz, vasos comunicantes de tu imaginación, mi reino no es de este mundo, y ese testimonio mesiánico fue su perdición. No; nooo: yo escribía para liberarme de una obsesión insoportable, no conseguí mi objeto sino que lo aumenté. Participé del... ¿deicidio? Cristo podría haberse salvado: disminución sanguínea coronaria, tanto tiempo colgado, como vulgar chorizo de bodega. El dictamen del médico forense te sacó de duras reflexiones. Estabas sentada ante el Sanedrín Mayor, ante la puta damisela que con una venda en los ojos sostenía en la diestra una balanza de pagos. Sí, Su Señoría, eran más o menos, así así, a ojo de buen cubero, unas setenta y cuatro puñaladas, todas traperísimas, a rajatabla, perdone los detalles señor Escalona del Río, cuánto lo siento, pues siéntese, ¿y la cabeza?, estaba rapada, Su Excelencia, como bola de billar, como una calva, como... Rehuías de la mirada y masticabas chicle: es para que no me revienten los oídos, ¿saben? Estabas volando a más de veinticinco mil metros de altura, tragabas gordo con las hienas en acecho. La habías dejado tendida en el lecho, tan desnuda como la habías encontrado, la peluca en el suelo, una teta

en la mesilla de noche y los dedos gordos de sus patas en las ingles de Zarathustra. Qué choricero, qué barbaridad, cuánta mortadela desperdiciada, todo bajo la dirección de Barba Azul y sus cowboys. 15.34, la hora nona había llegado y el grito del Hombre devolvió al sol la ternura de descansar un poco, ¿hacía falta, páter?

Maquillaron su rostro con mantequilla de cabra montañesa, y no faltó quien opinara que una transfusión de bombones, de esos que idiotizaban en vida a la difunta que en gloria esté, no vendría mal para ver si desaparecía la papada que la hacía más vieja. El embalsamador de embalsamadonia, un pillo que había aprendido el oficio por correspondencia, había unido tendones y nervios a la trompa talega con el resultado de que la Nena tenía tres orificios nasales y los callos en el mentón y la mugre del ombligo en la muela del juicio que dicho sea de paso estaba cariada. Pero Botellita Pablos no tuvo tiempo de saber si era su Nena o Evita Perón pues cuando tuvo que identificar el cadáver pensó que su hija, después de tanto tratamiento de belleza, tenía el enorme parecido a un OVNI, y dijo yes con los ojos cerrados. La señora Escalona del Río se desmayó ante la masa sideral que habían traído en sacos de plástico de El Retiro y Julio ex padre ex putativo, con cara de Ku Klux Klan, organizó a la perrada para perseguir y capturar a la homicida. Vinieron corresponsales de Usa, escribieron crónicas rojísimas como la de Sharon Tate, sólo que miss *Escalouna of River* pesaba más de 96 kilos mexicanos, unos cuarenta y dos soldados pasados por licuadora en Camboya y remitidos al Pentágono en talegas de cuero air mail, para que se hagan un ligero cálculo, pero no les dejaron fotografiar el cadavérico aerolito

ya que la exclusiva era de los offset pitiqueños que ya andaban comerciándola con la cadena del magnate Hearst. El embalsamador, para cubrir gastos extras, como treinta y seis kilogramos de pegamil y nueve rollos de tela adhesiva que sirvieron para unir carnes del este, carnes del oeste, soltó la lengua y declaró al *Washington Post* que la asesina por fuerza tendría que ser una experta en trasplantes quirúrgicos: ¿saben ustedes lo que hizo con el chocho?, what, mister, who is the *chouchou*?, pero el infeliz truhán no se pudo explicar, necesitaba intérpretes especiales, diapositivas, era terrible, de verdad.

Habías pasado del sueño encerrado en otro cuando Sarah te despertó. Déjame, madre, déjame llegar a la terraza, desde donde mirabas cómo se abrían las compuertas para dar ¿libertad? al agua, el líquido que las gramíneas recogían en su seno para robustecer los gorgojos de la harina, el pan nuestro, y Jesús vendió las aceitunas del huerto e ingresó al MCE. Los campesinos, con los pantalones de mezclilla arremangados hasta las rodillas, quitaban con la pala el barro duro del último regadío. Atentos a la carrera hidráulica que poco a poco anegaba el campo de mazorcas, espigas y motas blancas, los hombres fumaban y entre broma y broma se picaban el culo con las palas embadurnadas. Eran hombres de compuerta. Hombres que habían olvidado la tierra de sus padres, la tentación de Usa tragaperras y el hambre de cuarenta días. Es la sombra del Campestre, Paco; es el nefasto atractivo a la mediocridad. Y posiblemente, judía, tenías razón: muchos de ellos, con los ojos volteados por la desolación veraniega, aseguraban que trabajar cerquita de los Campestres era casi como haber alcanzado el purga-

torio. Llegaban hasta sus chozas de carrizo, construidas en círculo cuyo centro era la casa de adobes del capataz o amo, olores sobrenaturales que despertaban en ellos el sentimiento del servilismo confundido: los patroncitos están gozando lo suyo. Ahora comerán prójimo con jerez, pobrecitos. *Son re güenas reatas los jefitos, lástima que haigan perdido la virtud del extreñimento.* Y cuando se loncharon a la hija del don y de la doña abrieron las compuertas y las dejaron abiertas tres días: una cosa es una cosa y otra cosa es otra. La Nenaapestaba que daba asco.

Pero antes subiría al cielo, donde por fortuna era esperada por seis rubiales de la NASA con escafandra plutoniana y oxígeno de Matusalén, mientras que la ley del Talión equivocaba capítulos y la cagaba toda, ni Joyce en ruso, nadie se aclaraba. Madre, déjame llegar a la terraza, unos en las puertas del realismo, otros en el pórtico de la ficción; el pum del boom, frases de nouvelle, eructos anímicos. Página 52: ¿qué es esa chorrada de la monjita filipina que se tiraba peditos dulces? ¿qué significa tal atrocidad, tamaña insensatez? El fiscal, libro en mano, citaba otros casos y los sanedritas del jurado sudaban hielo: no es posible, Su Señoría, esto es, no es esto, cómo le diría yo, y escuchabas como obispo Chiltepín crecía en cuerpo y espíritu en el Te Deum, incienso made in Gaspar, otro sacrilegio, y en otra parte dice la autora que el don, ya saben, si se tiraba a la doña era por dinero, por cochino interés, no names, please, porque la maldad se encendió como fuego; cardos y espinas devorará; y se encenderá en el espeso bosque donde serán alzados como remolinos de humo. Habías descrito la novela con la cándida inocencia del demente, gritando a Dios que tu esfuerzo había sido involuntario,

que tu inspiración era el miedo y que el terror no dejaba alternativa: nacerá de padre catalán y de madre hebrea un Medio Humano para llegar al abismo, hasta el límite de la racionalidad del hombre, donde alfa es el cachondeo padre y omega el desmadre institucional. Unos convertidos en sal y otros en salmuera viste cómo los pitiqueños se eternizaban y cómo la tierra tragaba regresión: el seminario, que resultó de plástico, como la esposa de míster Graham, eyaculación IBM; la catedral de Pitic, vencida por el napalm de ánimas de Comala y el Campestre que, con sus moquetas doradas y archivos de putillas profesionales, se fue a pique de un tirón llevándose la putrefacción de sus socios, de los hombres-títeres que adoraban el oro del becerro. Los sacerdotes dijeron, tomando las piezas de plata: no es lícito echarlas en el tesoro de las ofrendas, porque es precio de sangre. Y arrojando las piezas de plata en el templo, salió y fue y se ahorcó (saeta de 80 segundos).

Te llegó hasta el banquillo el soplo de tierra mojada, húmeda; el intrincado final de Pitic y sus filisteos. Pero no era eso lo que te preocupaba ya que estabas segura de que algún personaje de tu novela sobreviviría para volver a fundar, en el coxis del desierto, otra ciudad, otro Campestre. Lo que temías, judía, que te levantaran una estatua para dinamitarla, pues pisotean en el polvo de la tierra las cabezas de los desvalidos y tuercen el camino de los humildes; que tu obra cayera en manos de seudorrevolucionarios, del Che de la literatura, del premio *Rómulo Gallegos* en libras esterlinas para el autor plañidero. Era el fenómeno de tu energía adormecida, la creación saturada de tropiezos, el aborto del arte equivocado, el privilegio que tienen los grandes hom-

bres para tener grandes defectos, lo que te hacía temblar, la novelística rosa de la revolución cubana, boliviana, peruana, chilena, mexicana, escritores honoris causa del capitalismo. Y en el aquelarre de tu fuga, nadie te dijo adiós, ni cuando te aferraste a la escalerilla air france donde una azafata te ofreció un buitre, recuerdo del sepelio. La masa enlutada continuaba su acoso, por favor, despejen la pista, y gritaban: ¡la pira, la hoguera! Corrías desafortada, con ansias de comadreja enervada, contra el tiempo y por entre las butacas que extendían sus cinturones de seguridad para ahorcarte en la inmensa cabina supersónica. El herrero forjaba los clavos, las madres se escondían y los sacerdotes bebían sus dudas: ¿y si de verdad es el Bueno?, despejen la pista, ¿y si se trata del verdadero Mesías? El carpintero tallaba la madera y las madres volvían a refugiarse, ¿y si fuera acaso el Hijo de Dios? Joderos, joderos para siempre en el nombre del cielo, porque el que se equivoca pierde, el que empata desempata, y aquí nos limpiamos con el más vale tarde que nunca. La embravecida perrada olfateaba tus huellas; eran individuos arrastrados por la neurosis colectiva estilo Berkeley. Muchos se autoprovocaban la muerte en el carnaval de la pista número ocho donde el Gran Sanedrín se retorció poseso del vudú. ¿Y... si... fuera... inocente? Joderos, joderos y así sea, porque la historia del Gólgota en el aeropuerto de Pitic se parodiaba, porque pudiera ser que la judía tuviera razón y el mundo deliraba. Pero Diana ya nada tenía que arriesgar, mientras que el herrero continuara forjando clavos y el carpintero siguiera tallando el leño de la redención:

JESCHUA NAZORAJA MALKA DIJEHUDAJE

TUS PERSONAJES
agonizaban. Contra el poder de la palabra impresa, la úlcera devoraba los tejidos, el envoltorio del espasmo. Los jugos gástricos expulsados con el flujo de la sangre, estaban emboscados en grutas de perforaciones y tumores, mientras que las víctimas del sadismo trataban inútilmente de transmutar la existencia que les correspondía. Entre estertores de madrugada que iban machacando tu lengua lentamente, llegaban los espectros de tus figuraciones, momias efímeras que llamaban a tu sombra, zombies polvorosos que, destruyendo la maternidad de tu ingenio dudoso, ahora laceraban tus entrañas, sus propias entrañas cadavéricas. Era el cáncer del alma que tanto habías rebuscado con obesas metáforas y adjetivos vacíos e inútiles. Eran llagas que ya te habían devorado, no para pretender la inmortalidad que les estaba negada como a fedayines, sino para intentar abrirse paso en el remolino de acusaciones y pasar inadvertidamente a la zona anónima del olvido. El ciclo se había roto y los aros concéntricos predecían el infinito, el terror del rebote eterno contra la existencia. Yo estaba atrapada. Yo... estaba... yo no estaba. Era la otra. ¿Dormías? Nunca pudiste descifrarlos. La tara milenaria te había

seducido desde el principio, ya que estaba escrito que de entre las espinas nacerán lágrimas, y la única (y falsa) esperanza que tenías era que Sarah pudiese llorar: Elí, Elí, ¿lama sabactaní? pero ella también había emigrado (tardíamente) junto con las palomas voladoras de tu padre. Cuando se levantó el murmullo y el taconeo se hizo irresistible, estabas a punto de alcanzar el fin de la escalerilla, vuelo 234 favor de; dejando el pasado en su pasado y el perrerío con sus bozales puestos y sus collares controlados; utilizar la puerta número 12. ¿Cuáles eran sus relaciones con la señorita Escalona del Río?, ¿cuáles eran exactamente? Los detalles son innecesarios, suprimir desde tortillera hija de perra, no tiene caso tal vulgaridad, se admite la petición del fiscal, y la sala se llenaba de humo, los leones habían olfateado la carne: no sé, quizá, entonces ella me dijo, la compré hace un mes, no la odiaba pero ella, es toledana, a las siete en punto, pareces de palo prima, ella me daba dinero, como siempre, pelo verde! Tu cuerpo pertenecía a las respuestas pero tus huesos estaban cansados de sostenerte, de viajar sin viajes, de cortar trozos pestilenciales para las fieras neronianas, pues al mismo tiempo que subías peldaños, la escalerilla los multiplicaba y los altavoces repetían tu nombre en retahílas y versos lapidarios, se exigía tu presencia para medirte el aceite y llevarte volando a las adoquinadas calles de puentes y museos cuyo monumental epitafio también desaparecía por los altavoces: *pour les autres je ne suis tout au plus qu'un peut-être*, y volabas pero no conseguías llegar a la puerta de la nave a punto de despegar, y observabas que abajo cientos y miles de hormiguitas luchaban por cogerte, por romper los retazos de túnica que te habían dejado. Cuando el Sanedrín en pleno te

maldijo con acento siciliano, supiste que estabas ramificada, que de nada serviría llorar o reír, pues diversas Dianas tenían su propia autonomía y muchas judías saltaban de tiempo en tiempo, universalmente, integración verdadera de tu obra que inicia la desintegración del yo, del tú, de Pitic.

En el vendaval de aforismo, flotando en la hemorragia de tus desafueros, Paco se mantenía vivo para alimentarte con profecías idolátricas, con versiones de la pasión y muerte, según Cecil B. de Mille. Eran revelaciones de los primeros signos, la respuesta de la carne entre dos religiones que nunca se fundieron: Elí, Elí, *why hast thou forsaken me?* Silencio o hago desalojar la sala, para acercarte o alejarte del último peldaño. El Lugar de las Calaveras, después de las tinieblas, donde podía renacer el amor. ¿Podemos esperar, Paco? ¿Podemos esperar sólo tres días, Paco? Con la ayuda de los suspiros Sarah lloró al fin para que no esperases, ¿notaba usted, señora Pablos, alguna anormalidad en Diana desde...? lágrimas sepultadas, ¿alguna enfermedad mental en la familia? llanto guardado, de expiación; ¿engendada en alta mar? Era la temida confrontación de las aguas, de dos credos, de corrientes paralelas pero separadas, de altares antagónicos. Era la parte de otra culpa, unidos en el libertinaje sexual de un amor sobrehumano, partiendo de una espalda vacilante, con la tempestad de huesos perseguidos y alcanzados; unidos en el dolor de todos los destierros, bajo el mismo y desolado techo, uno sobre el otro, con las mismas temperaturas rojas, y en el fondo, más allá del fondo de la historia que los había reunido, dos países, dos lenguas, dos tragedias. Tu espalda un poco encorvada, tus labios caídos, las ojeras, y la duda de Diana que exigía la resurrección

de los muertos, había que afligir el alma: al séptimo mes, el día primero del mes tendréis fiesta solemne, anunciada a son de trompeta. No haréis entonces ningún trabajo servil, y ofreceréis a Yavé sacrificios de combustión... Pero ¿Él también es el Dios de Diana? ¿Quién es tu Dios, hija mía? ¿A quién temes, de quién esperas? Dios existe pero tiene accesos de locura: esos accesos son nuestra existencia. Paco desviaba las respuestas pero no tenía que esforzarse mucho. De todas formas, judía, no hubieras comprendido. Nadabas.

Nadabas dentro de un blusón blanquísimo, sin botones y desprovisto de esas costuras de donde cuelgan hilos, largas hebras que podían enrollarse en tu garganta. Era una bata ancha, olorosa a lejía, de vagas dimensiones, que parecía. Con tu cuerpo de vela dentro de ella, podías extasiarte sensualmente, contemplar el ocaso, cazar madrêporas y poseer secretos. Su tela vaporosa encerraba la carne mancillada por... era otro desvarío: tu carne estaba limpia, habías esperado el tercer día.....

.....y Sarah había encendido la Menorah, y Carlos te había besado en las mejillas. Ahora todos hablaban con los ojos; los susurros, antes alaridos, pasaban de largo. Una pavorosa tranquilidad te había llegado cuando Paco abandonó el esfuerzo de transportar, transportarte. Buscarías amapolas, volverías a recortar fotografías, cantarías para Sarah el Havah Nagilah, tropezarías con tu niñez de fuentes, y notaste que estabas descalza, a ese lugar ibas o te llevaban descalza y con aquella extravagante indumentaria. Aquel sitio, tienen que firmar estos documentos, el avión aterrizaba en Orly, hasta que cumpla la mayoría de edad, no hay derechos de autor, y tú no habías bajado del

jet. Te habías quedado en tierra, sin zapatos, muy lejos de los siete mares, de las costas de Jauja y del hipódromo de caballitos de mar. Pero no importaba; tenías tanto sueño.....

.....que dormías a intervalos, soñando sueños en los que nada podía ser soñado, porque eran sueños viejos y cansados que habían sucumbido al sortilegio del descanso. Además, Diana, no los necesitabas. Diariamente los tenías de visita, muchas veces te molestaban pisándote los pies desnudos, y se burlaban de tu grotesca vestimenta. Pero los habías perdonado porque te contaban los últimos chismes de un país lejano, donde había braguetas tácitas, obispos niquelados, ositos de peluche, marabunta de sílfides y sátiros, niñas planas y a régimen, parejas tridentinas, alta braga, lenguas viperinas, música burdelera y rascuacha, alientos de dinosaurios congelados, jorobas algodonceas, mostaza de la corriente y otras, muchas otras excentricidades, como un club para proxenetas que apoyaban al candidato del partido único, un periódico de técnica moderna pero de calidad humana prostituida, un seminario próximo a convertirse en prostíbulo o *prostibulas* (por las distinciones pontificias conseguidas en el siglo XVIII), un desierto lleno de cabrones, un calor de la chingada y arenas donde los padres de la terquedad sembraban y recogían sus frutos y su trabajo.....

..... y te orinabas de risa con los Ecos de Sociedad, con la columna de J. J. y las homilias contestatarias del obispo en cuestión, porque el humor era lo único que no habías perdido en aquel mar de tela que guardaba tu desnudez, el cuerpo de ¿recuerdas cuando te decían Cebollona? y entonces volvías a dormir.....

.....para recordar, era preciso re-
vivir recuerdos, encontrar el eslabón para enlazar
el tiempo, para atar nostalgias desparramadas, ya
que ignorabas dónde y cómo te encontrabas, si ibas
o venías investida por aquella tela vaporosa, si era
tu voz o la robada la que recitaba salmos y versícu-
los del Antiguo o Viejo Testamento; saber de quién
era la sangre que sudabas constantemente, deshu-
manizar a Paco posible resultado del desvío lite-
rario, y...

Apareció la otra, junto al río. Fue cuando lanzas-
te aquel grito, un viejo y conocido grito revolvente
que estremeció la estructura del Boeing 727, escala
en Bruselas, porque la judía había escapado de los
sanedritas y tú, Diana, híbrida y sin rostro rezabas
su penitencia. La reconociste a orillas del Sena, cru-
zando el Pont au Change, retratada en postales, es-
culpida en catedrales y basílicas palaciegas, clavada
en los adoquines de barrios bohemios, en las botellas
de vino del clochard, sucios, vulgares, y estabas hor-
rorizada contemplando sus ojos apagados, su boca
partida y su cabeza trasquilada; cinco o nueve me-
chones colgaban como peces muertos en la red, sus
huesos, tus huesos, la habían abandonado: Bergen-
Belsen, esperabas turno, tu cuerpo había sido usado
en las aberraciones sin nombre del nazismo. Enton-
ces te ataste una piedra a la cintura y te arrojaste
desde el puente a las aguas negras, sumirme, sumir-
nos, a las turbias aguas del Sena: Paco, llévame
contigo! Era tu, nuestro, lesbianismo el que desa-
parecía, la última pesadilla.....

.....y cuando se cerró la
pesada verja de hierro, un viento cálido te internó
en un extenso campo de cruces habladoras, donde
crecían los girasoles más humildes del mundo, y

donde el polvo llevaba y traía charlas de la otra
orilla. Era el cementerio de Pitic, el camposanto de
contrastes y escándalos donde las probabilidades
de resurrección eran nulas a pesar del arrepen-
timiento. En tumbas de varias clases, unas a la som-
bra de orientales mausoleos con centauros griegos
y dragones de cartón, otras con montículos de pie-
dritas ovaladas y arena de colores en donde crecían
hierbajos venenosos y veladoras oscuras; en tumbas
iluminadas por lámparas de Arlington, mecheros de
Bunsen, luceros de Bengala, llamas del Sacramento
y el faro de Vigo; entre montes de abetos canadien-
ses y coronas de *tocho morocho*, en fila india, uno por
uno para que no se atoren, descansaban (dentro de lo
que cabe) las más o menos personalidades insigne
y benefactoras de Pitic, restos y arrestos de saban-
dijas ciudadanas que habían sido fulminadas junto
con el siglo, a saber:

NECROLÓGICAS

Doña Cleodomira Pablos Escalona del Río, la Le-
yenda, que dormía el sueño irreconciliable de los
que confundieron el lío del ojo de la aguja con el
camello, en un monumental obelisco de 42 grados
etilicos, desde donde vigilaba las entradas y sa-
lidas de la bodega del próximo Campestre, que de
ninguna forma sería otro criadero de ladillas, sino
la dignificación del alcoholismo científico: el pro-
greso no es más que el paganismo de los imbécil-
es, pues en mi cripta pueden leer, pendejos, cómo
dejé al mundo, en completo estado de abstinencia,
pura como el aceite de oliva, y con la esperanza
de volver a España. En efecto, la Pablos había

muerto de stress en Nueva York esperando el barco, pero el cónsul hispano se desentendió de su última voluntad, y envió el fiambre al ombligo del desierto: España no está para estos trotes, dijo, y dio carpetazo.

Miss María Flora Escalona del Río Pablos, la Nena, que a última hora recuperó la virginidad ambidextra gracias a gestiones de Kissinger, roncaba en olor de chocolates rellenos de carroña en un gigantesco sepulcro, con servicios sanitarios y sauna, todo construido en tres años con más de setenta arquitectos, suceso que quiso filmar la Paramount con Liza Minnelli como la Nena Nena. Nena, pero Liza no pudo inflarse lo bastante, y además sólo el Vesubio en efervescencia podía reproducir sus pedos magistrales. Pero allí estaba, más tiesa que el hambre que pasaba, contentándose con el calor de los gusanos y con la esperanza de adelgazar lo suficiente para lucir el bikini de su sudario.

Julio Escalona del Río, empaquetado en cedro libanés, dentro de una tumba toda de pedacitos de tazas y platos, pues se había enterado por un médium para difuntos de que en Barcelona un señor se había hecho famoso empleando el mismo material en parques y catedrales, con tan mala pata que los cascotes que usó Juliázo Julio para su penúltima morada se destiñeron con la primera canícula de mayo, y más bien la tumba del presidente del club de los 60 parecía un WC resquebrajado por el arbitrario uso del enterrador municipal.

Vestidos de zíngaros reposaban Ornella y Luka, entre la magia musical que traía y llevaba el violinista del tejado. Luka, que se había acostumbrado

a la dictadura y al desarraigo de la sangre, amaba a Ornella con la misma ternura con que arrancó al desierto la primera espiga. Ornella, bailando entre el caracol de sus pestañas, correspondía al amante con el atractivo de su misterio. Ráfagas libanesas, rayos yugoslavos; terrones de tierra con voces y silbidos, suave aire de soneto epidérmico, cantó el romance, ocultó su sed: Ornella y Luka no pudieron cambiar porque murieron sabiamente a tiempo, mi piel, tu piel.

Sin cruces ni estrellas de David, enlazados hasta por la muerte, Sarah Rostiers Pierloni, varsoviana de ghetto trasplantado, y Carlos Pablos II, catalán de origen que perdió su patria por la putada de los republicanos, navegaban en aguas de los lagos Amargos, consolándose con sus dioses respectivos: el Uno, unidos por una tierra de pasión y guerra, donde sirios, egipcios y jordanos intentaban llevarse la historia a los dominios de Ramsés III, profanar Jerusalén, esclavizar al Pueblo Elegido; y al mismo tiempo postrados ante una virgen morena, guardada por el fulgor de Montserrat: con nuestra fe, se funden nuestras religiones, y lo cumplieron hasta su reencarnación. Tus padres habían muerto, Diana, cuando te llevaban en volandas al juicio, apedreados por los filisteos, arrojados por los sanedritas: adiós padre, adiós mother, y Sarah colocó la mezuzá en la puerta de la muerte, y recordó otra vez su infancia: escucha Israel, el Eterno nuestro Dios es el Eterno Uno, e ibas a tocar la mezuzá de retazos talmúdicos, cuando Diana se arrojó al abismo y Paco mitigador desaparecía tragando agua del Jordán, encogiéndose como feto adulto, enroscado como embrión envejecido.

Y la perrada: J. J. editor, empolvado con los

perfumes del Cantar de los Cantares, pensando en el gineceo que organizaría en el valle de Josafat; Junior, su hijo, que murió en la raya, con el pene en funciones, por lo que hubo de enterrarlo en una tumba en forma de T invertida; la hija de don Prude Bergas, envuelta en cartas del príncipe Carlos; doña Rosita, la del bisoné, con la sartén del purgatorio; Richard Thomé con acento en la e, en catafalco Ober-tura 1812; reverendo Chemiguel Herrera con hábito de Helder Cámara; el carpintero con su big ben incansable; las hermanitas tirolesas inseminando comejenes con miel de abeja; los triates Angulo en insondable danza macabra; los Mediosmundos descubriendo el travelling de Salvador Allende, y la Alta Braga empaquetando gerovital para los que sufren hambre y sed de justicia, todos quejándose de la incomodidad, aburriéndose como marido y mujer, esperando las vacaciones, añorando la primavera, valorando las pagas extraordinarias pendientes, cagándose en los pisotones del dos de noviembre, contando los días, los meses, los años y los siglos de los mismos, hasta que el fuego anunciado por los offsets babilónicos derritiera el camposanto y lo convirtiera en materia intangible de la nada, pues estaba escrito, o tendrían que escribirlo, que los muertos y los invitados a los dos días apestan; que los malos olores se volatizan en el nihilismo de bola, y que la eternidad es el cuento tártaro reservado a los pendejos de espíritu.

Saliste de los cañaverales de mármol, de las encrucijadas de granito, pensando que tanto RIP te daría hipo, y nadie estaba quieto bajo la piel de la

tierra ya que los muertos no estaban cadáveres como suponía la naturaleza, sino guardados, como en conserva, esperando la caída de las hojas y que los llamasen pendejos oficialmente. Extrañada por la ausencia de Nuria y sus castillos, intentaste hablar con Carlos II a través de la simbiología de tu novela, pero aunque las ánimas podían comunicarse entre sí, les estaba vedado el verbo exterior: avanzar hacia la muerte; no retroceder hacia el vientre; salir de las arenas movedizas, del flujo estancado. Es el invierno de la vida, y el drama consistía en alcanzar un espacio firme para que la vida pudiese avanzar de nuevo. Pero ese espacio firme sólo puede procurarse sobre los cadáveres de quienes están descoscos de morir, y notaste también la falta de María Cristina que por snobismo pasó del suicidio a la incineración. Te alejaste flotando entre las gasas que arrastraba tu alma, cazando mariposas, persiguiendo secretitos, hasta que tus pasos se detuvieron (para voltear el reloj de arena) frente a un grotesco armarzón de leños cortados con los dientes, donde varios primates ferales trasladaban, en una especie de rampas, arcilla cruda mezclada con paja primitiva, y lo hacían empleando todo tipo de acrobacias increíbles ya que sus extremidades superiores barrían el suelo y no les era fácil dominar el equilibrio. Dentro de una ordenada anarquía y vigilados por el Triángulo Visor, al ojo del amo engorda el caballo, colocaban piedra sobre piedra usando sus manos, sus pechos desnudos, sus nalgas peladas y sus órganos reproductores (o reproducidos) ya que las herramientas aún estaban en el limbo, las polcas en pañales y la rueda en vías de sindicalización. El nuevo Campestre de la edad de piedra, concebido durante cinco terremotos ininterrumpidos, y que sería dedicado, si lo permitía

el buen tiempo, à la *recherche de l'absolu*, era una portentosa caverna de descomunales medidas y horribles trazados, cuyo frontispicio se columpiaba en la tela de una araña gigante, y con un tabernáculo por donde desfilaban, en sacrificio a divinis, cerdos y doncellas, en ese orden. Era el extravío material, pues la intelligentsia no se había inventado y la razón llegaría hasta que naciera la locura.

Entonces se te ocurrió que tal vez con una terraza podría aliviarse la aberración arquitectónica, el brutal génesis de la improvisación: y tenía entonces toda la tierra una sola lengua y unas mismas palabras, quizá la terraza llegaría al cielo, al universo; y aconteció que cuando salieron al oriente hallaron una llanura en la tierra de Sinar, un creador divino que lo resolvería todo, desde el desaguisado del pecado original, el huevo o la gallina, hasta el acabóse del dominio yanqui. Viste el Dedo escribiendo con lumbre sobre los tapetes de la atmósfera, y recordaste los signos reveladores que conforme iban descifrándose narraban la marcha del hombre sobre la faz de la tierra. Y dijeron: edifiquemos una torre para repartirnos el pastel celeste.....

.....y se indigestaron, alka seltzer. Al dejar constancia de su temeridad, te diste cuenta de que no eran primates precisamente, sino lobos humanos que se perfeccionaban expiando pecados veniales, arrepintiéndose a lo navarro, y pagando su osadía a precios navideños. Volviste al pasado para completar los detalles, y te encontraste con la terraza terminada, oliendo los campos de algodón recién regados, contando los aullidos de los coyotes nocturnos del desierto. Las campanas del seminario tocaban un responso de Casals y los seminaristas, con su corte de pelo circular, volaban como

palomos al palomar en vísperas santas, indiscutiblemente santas. Las fábricas cerraban el rezongar de sus hornos, de sus motores que hilaban y deshilaban motas de algodón. Las relampagueantes luces de neón se encendían y los descapotables rojos o amarillos circulaban por el boulevard de Pitic, mentándose la madre cartesianamente en señal de amistad. Retornaste a la visión de la moqueta dorada, donde se iniciaba la red del cuento, el mito de un conjunto óseo que sabe cerrar los ojos a tiempo, y entonces dijo: hagamos al hombre a nuestra imagen, conforme a nuestra semejanza, y señoree en los peces del mar, en el vuelo de las aves, en las bestias, porque en la terraza a donde *Fuiste al Campestre a compadecerte de los nouveaux riches y a sumirte en la amargura de tronados, raza de arruinados, pero te salvó la muchacha del ghetto pitiqueño*, estabas padeciendo la discriminación que engendró el premio literario, y los primates que habías vaticinado (o revivido en tu recorrido en aros concéntricos) eran las criaturas que quisieron alcanzar a Dios; el mismo pueblo perseguido y masacrado milenio tras milenio; la raza capaz de suicidarse colectivamente para probar su desgracia. Aceptaste al fin que no era Hitler solamente quien estuvo dispuesto a aniquilarlos, aniquilarte, sino el propio Pueblo de Israel que inventó el antisemitismo, la Diáspora y la Ilustración para divinizar sus lamentos, para justificar las Cuarenta y Nueve Puertas, el Muro de las Lamentaciones, los Siete Sellos, la guerra del Yom Kipur y la matanza olímpica de Munich, pues decididamente estaban señalados, y si no asesinaron a Jesús con más alevosía y ventaja fue porque dudaban de la voz de los profetas y de los primeros padres. Bebías tristemente whisky rebajado, el caso era tener

las manos ocupadas, y sentiste que la última página de tu narración era un símbolo del hombre que fuiste, mientras la escribías y que, para redactar esa narración, tuviste que ser aquel hombre y que, para ser aquel hombre, tuviste que redactar la narración, y así hasta el infinito, presintiendo que tu cabeza se refugiaba en el tórax, avestruz; con la vergüenza en cuerpo presente y ansiando que tus párpados se cerraran para olvidar. Al despertar, te encontraste llena de vida, ¡jayim!, poseída por una fuerza maravillosa, disfrutando de la radiante mañana de mirages adquiridos y... reducida a polvo. Era el jardín del kibbutz pitiqueño, un edén de ruiditos diurnos, de insectos faraónicos, donde las sabras rubias araban la tierra con metralletas automáticas, donde los rones extendían la semilla de centeno entre trincheras y fosos minados, con el néctar matutino de ayuno y expiación. Era el mágico ambiente que habías forjado en tu obra, la hechicera tarea de tu vida, el destino de Israel como rémora humana, pues imaginar era hermoso, casi tanto como tus sueños, hasta que apareciera Peter Pan para llevarte en sus brazos al país del Nunca Jamás. No podías cambiar, judía. Eras la misma de siempre.